AVENTURAS DE UN NIÑO IRLANDÉS

AVENTURAS

DE UN NIÑO

IRLANDÉS

OBRA ESCRITA EN FRANCÉS

POR

JULIO VERNE

EDICIÓN ILUSTRADA CON GRABADOS

SEGUNDO CUADERNO

MADRID
SAENZ DE JUBERA, HERMANOS, EDITORES
10—CAMPOMANES—10
1894

ES PROPIEDAD DE LOS EDITORES

MADRID—TIPOGRAFÍA FRANCO-ESPAÑOLA, BAILÉN, 26

AVENTURAS DE UN NIÑO IRLANDÉS

CUADERNO SEGUNDO

I

Y aun no tenía nueve años.

Pasado aquel gran día, la granja volvió á los trabajos del campo.

Seguramente Pat no notó que había venido en busca de descanso. Con tal ardor ayudaba á su padre y hermanos. Estos marinos son verdaderamente rudos trabajando hasta fuera de su oficio.

Pat llegó en lo más fuerte de la siega que fue seguida de la recolección de legumbres. El trabajaba como un gaviero de mesana, expresión de la que se servía y que fue preciso explicar á *Hormiguita*. Siempre había que explicarle el por qué de las cosas. No se alejaba de Pat que había hecho amistades con él, una amistad de marinero por su aprendiz. Cuando la jornada se había acabado, cuando todo el mundo estaba á la mesa para comer; ¡qué alegría sentía *Hormiguita* al oir referir al marinero sus viajes, los incidentes en que había tomado parte, las tempestades que había pasado á bordo del *Guardián*, las hermosas y rápidas travesías de los navíos!... ¡Lo que sobre todo le interesaba era los ricos cargamentos conducidos por cuenta de la casa Marcuard y el embarque de las mercancías cargadas con destino á Europa! Sin duda alguna la parte comercial de estas cosas era la que más conmovía su espíritu práctico. En su pensamiento, el armador era antes que el capitán.

—Entonces—preguntaba á Pat—¿esto es lo que se llama el comercio?

—Sí; se embarcan los productos que se fabrican en un país y se les vende en otro donde no se fabrican.

—¿Más caros que se han comprado?

—Naturalmente... para ganar. Después se importan los productos de otras comarcas para revenderlos.

—¿Siempre á más precio, Pat?

—Siempre... ¡Cuando es posible!...

Pat fue preguntado cien veces sobre este asunto durante su estancia en la granja de Kerwan. Por desgracia, y con gran disgusto de todos, llegó el momento de abandonar la granja y volver á Liverpool.

El 30 de Septiembre fue el día de despedida. Pat iba á separarse de todos los que amaba. ¿Cuánto tiempo pasaría sin que le volviesen á ver?... No se sabía. Pero prometió escribir con frecuencia. ¡Con qué emoción le abrazaron todos!... La abuela lloraba. ¿La encontraría al regreso ante el hogar, hilando en medio de sus hijos?...

Aunque era muy vieja, al menos, la dejaba en buen estado de salud, como á toda la familia. Además, el año había sido favorable para los labradores del condado. No había nada que temer para el invierno que ya se dejaba sentir. Pat dijo á su hermano mayor:

—Te querría ver menos inquieto, Murdock. Con energía y voluntad todo se consigue.

—Sí... Pat... Pero ya ves... trabajar en una tierra que no es de uno, que jamás lo será... y estar á merced de una mala cosecha... ¡para esto, ni la energía ni la voluntad sirven de nada.

Pat no supo qué responderle, y sin embargo, en el momento en que le dió el último apretón de manos.

—Ten confianza—murmuró.

El marinero fue conducido en coche hasta Tralèe. Iba acompañado de su padre, de sus hermanos y de *Hormiguita*. El tren le llevó hacia Dublin, desde donde el paquebot debía transportarle á Liverpool.

En la granja hubo gran faena durante las semanas que siguieron. Arrancada la cosecha y después, llegado el momento oportuno, Martín recorrió los mercados á fin de venderla, no conservando más que el grano necesario para la siembra.

Estas ventas interesaban en el más alto grado á *Hormiguita*. Por lo que el labrador le llevaba consigo.

Que no se acuse á este niño de ocho años de mostrarse apegado al interés... No... él era así y su instinto le llevaba al comercio. Por otra parte, se contentaba con el guijarro que Martín Mac Carthy le entregaba todas las noches, conforme á lo convenido, y se felicitaba de ver aumentar su tesoro.

Conviene observar además que el deseo del lucro es innato en la raza irlandesa. Gustan de ganar dinero, con tal que sea honradamente. Y cuando el labrador terminaba un buen negocio en el mercado de Tralèe ó en los pueblos vecinos, *Hormiguita* mostrábase tan contento como si redundara en provecho suyo.

Transcurrieron Octubre, Noviembre y Diciembre en buenas condiciones.

Hacía ya tiempo que los trabajos habían concluído, cuando el cobrador de las granjas llegó, la víspera de Nochebuena. El dinero estaba presto, y una vez cambiado por un recibo en regla, aquel sobraba en la granja. No queriendo ver marchar este dinero tan penosamente arrancado del suelo, Murdock se apresuró á salir cuando vió llegar al cobrador. Sentía siempre inquietud por el porvenir. Felizmente el invierno estaba seguro, y las reservas permitirían comenzar las labores sin gastos suplementarios.

Con el nuevo año siguieron los fríos excesivos. No se salía de la granja. Verdad es que en el interior no faltaba trabajo ¿No era preciso dedicarse á la alimentación y al cuidado de las bestias? *Hormiguita* estaba encargado especialmente del corral. Los pollos y polluelos estaban tan bien tratados como registrados. En sus ocios no olvidaba que tenía una ahijada ¡Qué alegría esperimentaba al tener á Jenny en sus brazos, en provocar su sonrisa sonriéndole, en cantarle canciones, en mecerla para dormirla cuando su madre estaba ocupada! Un padrino casi es un padre, y miraba á la niña como á una hija. Con este motivo formaba proyectos ambiciosos para el porvenir. Ella no tendría más maestro que él. La enseñaría primero á hablar, después á leer y á escribir, á ser "ama de su casa„ más tarde.

Hormiguita había aprovechado las lecciones de Martin y de sus hijos, sobre todo las que le daba Murdock. Había pues adelantado mucho desde que dejó á Grip, aquel pobre Grip que ocupaba siempre su pensamiento, y cuyo recuerdo jamás debía borrarse.

Sin gran retardo reapareció la primavera, después de un invierno bastante rudo. El joven pastor, acompañado de su amigo Birk, volvió á su trabajo habitual. Bajo su guarda los carneros y cabras volvieron á los prados, á una milla en torno de la Granja. Deseaba que su edad le permitiese tomar parte en los trabajos del campo, que exigían un vigor que á despecho suyo, le faltaba aun. Algunas veces hablaba de esto con la abuela que le respondía meneando la cabeza:

—Paciencia. Ello llegará.

—¿Pero entretanto, no podría sembrar un poco?

—¿Te daría eso placer?

—Si, abuela. Cuando veo á Murdock y á Sim lanzar el grano, balanceando sus brazos, y andando á paso regular, tengo grandes deseos de imitarles. ¡Es un trabajo tan hermoso y tan interesante! Pensar que ese grano va á germinar en la tierra, convirtiéndose en espiga larga... larga! ¿Cómo sucede eso?

—Yo no se nada, hijo mío, pero Dios lo sabe y es suficiente.

De esta conversación resultó que algunos días después se vió á *Hormiguita* lanzar la avena en una porción preparada por el arado, con una precisión perfecta, lo que le valió los plácemes de Martin Mac Carthy.

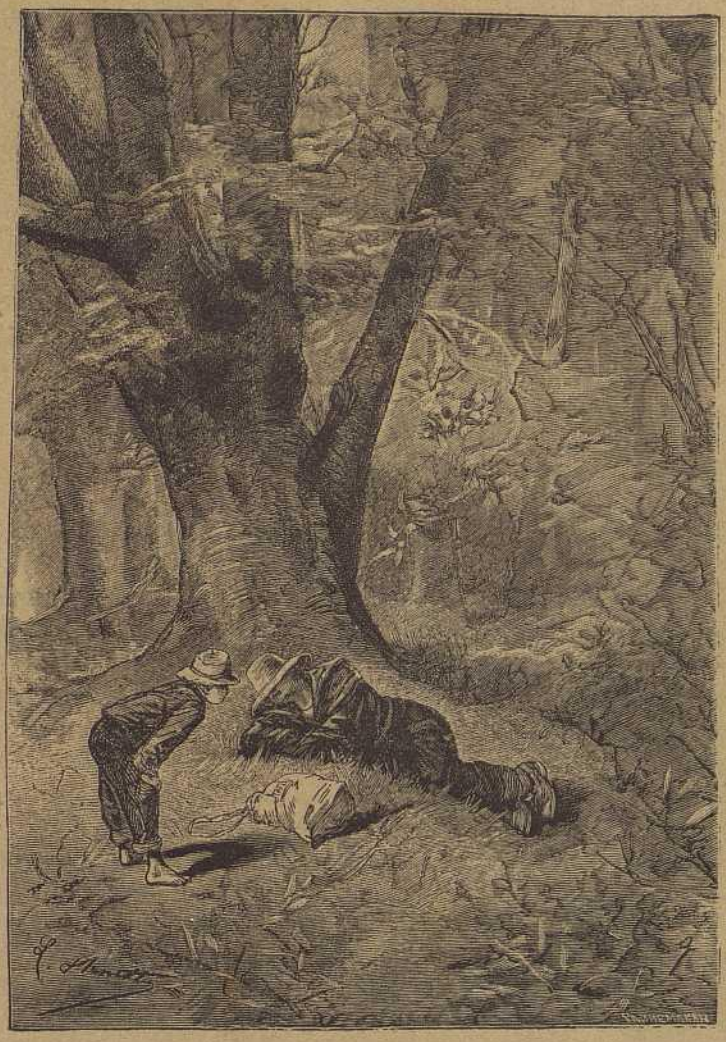
Así, cuando las hierbecillas empezaron á brotar, ¡qué obstinación puso en defender su futura cosecha contra los cuervos, levantándose al alba para perseguirles á pedradas! No olvidemos decir que al nacer Jenny, él había plantado un pequeño abeto en el patio con la idea de que crecieran juntos el arbusto y la niña.

Y no dejaba de costarle trabajo librar á este arbolillo de los pájaros malditos. Decididamente, *Hormiguita* y los representantes de esa gente devastadora jamás serían buenos amigos.

Aquel verano de 1880, se trabajó rudamente en los campos del O. de Irlanda. Por desgracia las circunstancias climatológicas mostráronse poco favorables para el rendimiento del suelo. Sin embargo, el hambre no era de temer, porque la cosecha de patatas prometía ser abundante aunque tardía; trigo apenas hubo; y en cuanto al centeno, cebada y avena, se tenía que conocer que iban á ser insuficientes para las necesidades del país. Sin duda subiría el precio de estos cereales. ¿Mas en qué aprovecharía el alza á los labradores, si nada podían vender teniendo que conservar lo poco que recolectaran, para la próxima siembra? Así es que los que tenían ahorros se verían en la necesidad de sacrificarlos para pagar los impuestos, y para el pago de las granjas hasta el último shilling desaparecería.

La consecuencia de todo esto fue que el movimiento nacional tendió á acentuarse en los condados. Cosa que llega siempre que una nube de miseria se eleva en el horizonte de la campiña irlandesa. Sonaron las recriminaciones mezcladas á los desesperados gritos de los partidarios de la liga agraria. Fueron proferidas terribles amenazas contra los propiefarios del suelo, fuesen ó no extranjeros, y no se olvide que los landlords escoceses ó ingleses eran considerados como tales. Aquel año, en Junio, en Westport las gentes amenazadas por el hambre acababan de gritar: "Hundid de un puñetazo las granjas„ y la frase general que se repetía en los campos era "¡la tierra para los campesinos!„

Algunas escenas de desorden estallaron en los territorios del Donegal, del Sligo, del Galway. El Kerry no estuvo exento de lo mismo. Con gran susto veían la abuela, Mar-



Sobre el saco había unas señas.

tina y Kitty que á menudo Murdock abandonaba la granja, ya de noche y que no reaparecía hasta el siguiente día, fatigado por largas jornadas, y más sombrío que nunca. Volvía de esos meetings organizados por los principales colonos, donde se predicaba la rebelión, el levantamiento contra los lords, la huelga universal que obligaría á los propietarios á dejar sus tierras en baldío.

Y lo que aumentaba los temores de la familia con motivo de Murdock, era que el lord lugarteniente por Irlanda, decidido á las medidas más enérgicas, hacía vigilar muy de cerca á los nacionales por sus brigadas de policía.

Martin y Sim, experimentando los mismos sentimientos que Murdock no decían nada cuando éste volvía después de una prolongada ausencia. Pero las mujeres suplicábanle que obrase con prudencia, y que midiese sus palabras y actos. Querían arrancarle la promesa de no asociarse á las rebeliones en favor del *home-rule*, que no podían producir más que una catástrofe. Murdock se enfurecía entonces y hablaba y se espresaba como si estuviera en un meeting.

—¡La miseria después de una vida de trabajo! ¡La miseria sin fin!—repetía.

Y mientras Martina y Kitty temblaban á la idea que pudieran oirle desde fuera, en el caso de que algún agente rondase la granja. Martín y Sim inclinaban la cabeza.

Hormiguita asistía á estas tristes escenas, muy conmovido.

Después de haber pasado por tantas prue-

Pat había contado su historia.

bas, ¿no había, pues, llegado al término de sus miserias el día en que fue recogido en Kerwan? ¿El porvenir le reservaba otras más duras aún? Tenía entonces ocho años y medio. Bien constituído para su edad, habiendo tenido la fortuna de escapar á las enfermedades de la infancia, ni los sufrimientos, ni los malos tratos, ni la falta de cuidados, habian podido debilitar su organismo.

Se dice de las calderas de vapor que están probadas á tantas atmósferas, cuando se las ha sometido á las presiones correspondientes. Pues bien; *Hormiguita* había estado probado—esta es la palabra—al máximum de resistencia. Se veía en sus anchos hombros, en su pecho ya alto, en sus miembros delgados, pero nerviosos y de fuertes músculos. Su cabello se obscurecía y le llevaba cortado en vez de aquellos bucles que miss Ana Waston hacía caer sobre su frente. Sus ojos de un azul obscuro, de pupila resplandeciente, atestiguaban una extraordinaria viveza. Su boca ligeramente apretada, su barbilla fuerte, indicaban la decisión y la energía de su carácter. Esto era lo que más particularmente había atraído la atención de su nueva familia. Los labradores serios y reflexivos son buenos observadores; y no se les había escapado que aquel jovencillo se hacía notar por sus instintos de orden y de aplicación, y ciertamente se educaría si encontraba ocasión de ejercitar sus aptitudes naturales.

Los periodos destinados para los trabajos de recolección presentaron condiciones

peores que el año anterior. Hubo un déficit bastante considerable, como se había previsto, en lo que concernía á los granos. El personal de la granja bastó para el trabajo. Sin embargo, la cosecha de patatas fue buena. Era el alimento asegurado en parte para la mala estación. ¿Pero esta vez, de dónde se sacaría el dinero necesario para los pagos de arriendo y de impuestos?

Volvió el invierno muy precoz. Desde las primeras semanas de Septiembre empezaron los grandes fríos. Después cayó la nieve en abundancia. Fue preciso volver las bestias al establo. La costra blanca era tan espesa, tan resistente, que ni los carneros ni las cabras hubieran podido pastar. De aquí el temor muy fundado de que los forrajes fueran insuficientes hasta la vuelta de la primavera. Los más prudentes, ó al menos los que tenían medios para ello, y Martín fue de este numero, tomaron precauciones, comprándolos; pero lo hicieron á precios elevados, por lo raro de la mercancía, y tal vez hubiera valido más deshacerse de aquellos animales cuyo sostenimiento sería difícil en un largo invierno.

Es una circunstancia muy enfadosa esos fríos que hielan la tierra en muchos pies de profundidad, sobre todo cuando es ligera y silícea como en Irlanda y retiene mal el poco abono que se le ha podido echar. Cuando el invierno se prolonga con una tenacidad que desarma al cultivador, es de temer que la congelación se prolongue más allá de los límites vulgares. ¿Qué puede el arado contra la dureza del terreno? ¡Y si la siembra no se ha hecho á tiempo, la miseria está en perspectiva! Mas no es dado al hombre modificar los azares climatológicos de una estación. Queda reducido á cruzarse de brazos, muchas de las reservas se consumen de día en día, y los brazos cruzados no son los que trabajan.

Al fin de Noviembre empeoró la situación. Á las nieves sucedió una temperatura de las más rigorosas. El termómetro llegó á diez y nueve grados bajo cero.

La granja, cubierta de una caperuza dura, parecía á esas cabañas groenlandesas perdidas en la inmensidad de los paises polares. En verdad, aquella inmensa costra de nieve conservaba en el interior el calor de los hogares, y no se sufría mucho por el exceso de frío. Pero fuera, en medio de aquella atmósfera en calma cuyas moléculas parecían estar heladas, era imposible aventurarse sin tomar ciertas precauciones.

En esta época Martín y Murdock se vieron obligados á vender algunas bestias para pagar el arriendo de la fincas: vendieron un gran número de carneros. Era preciso no retrasarse para encontrar dinero entre los mercaderes de Tralèe.

Era el 15 de Diciembre. Como el carricoche no hubiera podido rodar más que muy difícilmente por aquel terreno helado, el labrador y su hijo tomaron la resolución de hacer el viaje á pie. No dejaba de ser tarea muy penosa recorrer veinticuatro millas con una temperatura de 20 grados bajo cero. Probablemente su ausencia duraría dos ó tres días.

Al alba partieron, no sin que en la granja quedaran inquietos.

Aunque el tiempo era muy seco, espesas nubes que se esparcían hacia el Oeste amenazaban modificarle próximamente.

Habiendo Martín y Murdock partido el 15, no se debía esperarles hasta el 17.

Hasta la tarde, el estado atmosférico no cambió de una manera visible. El termómetro bajó aún uno ó dos grados.

La brisa se levantó al medio día, y esto fue otro motivo de ansiedad; pues el valle del Cashen se conmueve con extraordinaria violencia con los vientos del mar.

Durante la noche del 16 al 17, la tempestad se desencadenó furiosamente, acompañada de espesos turbiones de nieve. A diez pasos de la granja nada se hubiera visto bajo el espeso manto. ¿Se habrían Martín y Murdock puesto ya en camino después de terminar sus negocios en Tralèe? Se ignoraba. Lo cierto fue que el 18 por la noche aun no habían regresado.

La noche fue huracanada. Se comprenderá cuál sería la angustia de la abuela, de Martina, de Kitty, de Sim y de *Hormiguita*. ¿Tal vez el labrador y su hijo andarían perdidos entre remolinos de nieve? ¿Tal vez habían caído á algunas millas de la granja, moribundos de hambre y de frío?

Al día siguiente, hacia las diez de la mañana, el horizonte se aclaró algo y disminuyó la borrasca. Por consecuencia de un salto del viento hacia el Norte, las nieves acumuladas se solidificaron en un instante. Sim declaró que iba á ir en busca de su padre y de su hermano, acompañado de Birk. Su resolución fue aprobada con la

condición de que permitiera que le acompañasen Martina y Kitty.

Á pesar de su deseo, *Hormiguita* tuvo que permanecer en la casa con la abuela y la niña.

Convínose además, en que la exploración se limitaría á unas dos ó tres millas, y que en el caso de que Sim juzgara conveniente ir más lejos, Martina y Kitty regresarían antes de la noche.

Un cuarto de hora después, la abuela y *Hormiguita* estaban solos. Jenny dormía en la alcoba de Murdock y Kitty, contigua á la sala. Una especie de cesta suspendida por dos cordones á una de las vigas del techo, según la costumbre irlandesa, servía á la niña de cuna.

El sillón de la abuela estaba ante el hogar, de cuyo fuego de césped y leña cuidaba *Hormiguita*. De vez en cuando, éste se levantaba é iba á ver si su ahijada se despertaba, inquietándose al menor movimiento que hacía, presto á darla un poco de leche templada, ó á volverla á dormir, meciendo dulcemente su cuna.

La abuela, atormentada por la inquietud, prestaba oido á todos los ruidos de afuera, que eran chirridos de la nieve que se endurecía sobre el tejado, y de las maderas que crujían con el peso.

—¿No oyes nada, *Hormiguita?*—decía.

—No, abuela.

Y después de haber arañado los vidrios escarchados, procuraba arrojar una mirada por la ventana que daba al patio, todo blanco.

Hacia las doce y media la niña lanzó un grito. *Hormiguita* se acercó á ella, y como no hubiera abierto los ojos, se limitó á mecerla durante unos instantes, con lo que fue suficiente para que la niña volviera á dormirse.

Se disponía á volver junto á la abuela, á quien no quería dejar sola, cuando se oyó ruido fuera. Escuchó con más atención. Era como si arañasen en el establo contiguo al cuarto de Murdock. Pero estando separado por un grueso muro, no se preocupó del ruido. Algunas ratas sin duda, que corrían bajo la cama. Además, la ventana estaba cerrada y no había nada que temer.

Hormiguita, después de haber cerrado la puerta que separaba los dos cuartos, se apresuró á volver.

—¿Y Jenny?—preguntó la abuela.

—Ha vuelto á dormirse.

—Entonces quédate á mi lado, hijo mío.

—Sí, abuela.

Los dos, inclinados ante el hogar, bien encendido, volvieron á hablar de Martín y de Murdock, después de Martina, de Kitty y de Sim, que habían ido en busca de los primeros.

¡Con tal que no les hubiera pasado ninguna desgracia!... Se producían á veces tan terribles catástrofes, en esas tempestades de nieve! ¡Bah! ¡Los hombres enérgicos y vigorosos saben defenderse! Cuando regresaran, encontrarían un buen fuego en el hogar, un grok caliente en la mesa. *Hormiguita* no tendría que hacer más que arrojar una buena brazada de leña en el hogar.

Hacía dos horas que Martina y los demás habían partido, y nada anunciaba su próxima vuelta.

—¿Queréis que vaya á la puerta del patio y desde allí avance algo para ver á más distancia del camino?—dijo el niño.

—No, no. No es preciso que la casa quede sola; y sola estaría no quedando más que yo para guardarla.

Volvieron á hablar, pero bien pronto la fatiga y la inquietud se reunieron, y la vieja empezó á adormecerse.

Hormiguita, siguiendo su costumbre, la colocó una almohada tras la cabeza, procurando evitar todo ruido que podría despertarla y se acercó á la ventana.

Después de haber quitado el hielo de uno de los cristales, miró.

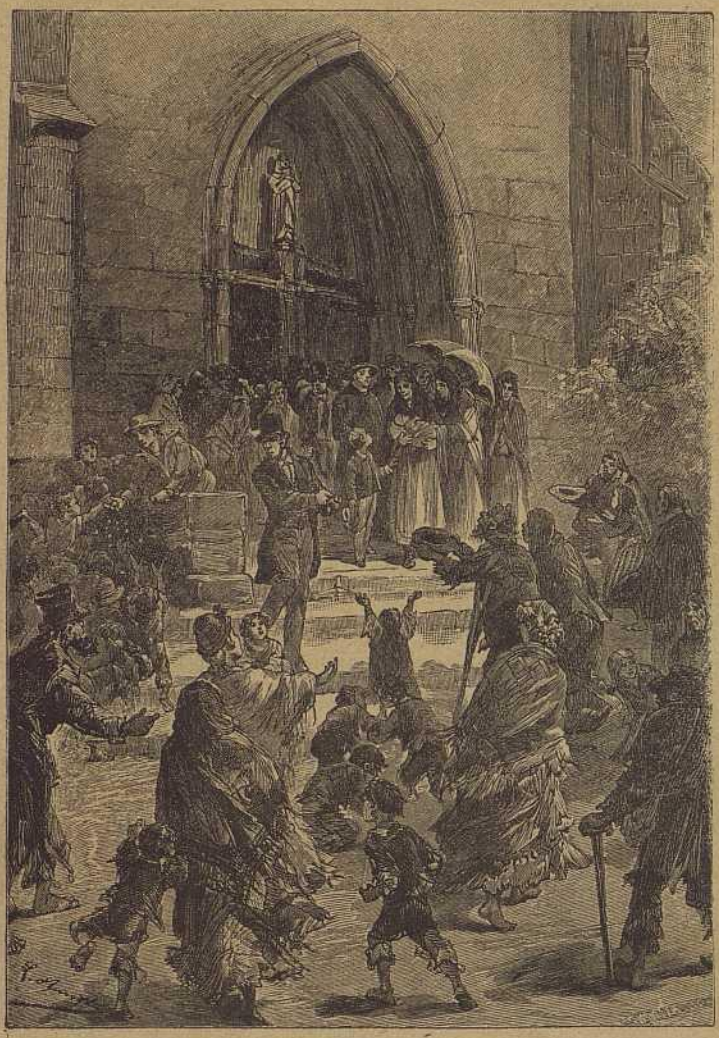
Fuera, todo estaba blanco, silencioso, como en un cementerio.

Toda vez que la abuela dormía, y puesto que Jenny reposaba en el cuarto de al lado, ¿qué inconveniente había en llegar hasta el camino?—Esta curiosidad, ó más bien este deseo de ver si alguien venía, era muy escusable.

Hormiguita abrió, pues, la puerta de la sala y la volvió á cerrar dulcemente. Hundiéndose hasta la rodilla en la nieve, llegó al patio.

En el camino, blanco, nadie. Ningún ruido en la dirección del O. Martina, Kitty y Sim no estaban cerca, pues los ladridos de Birk se hubiesen oido desde lejos por esos fríos intensos que llevan la voz á grandes distancias.

El niño avanzó hasta el medio del piso bajo de la casa.



¡Cuántos pobres había en el pórtico!

En este momento, un nuevo rechinamiento atrajo su atención; no venía del camino, sino del patio junto á los establos. Parecía venir acompañado de un aullido sofocado. *Hormignita* inmóvil escuchaba. El corazón del niño latía fuertemente. Pero se acercó con valor á la pared de los establos, y después de rodear el ángulo de este lado, se adelantó á pasos sordos y con precaución.

El ruido venía siempre del interior, tras el ángulo ocupado por la habitación de Murdock y de Kitty.

Hormiguita presintiendo una desgracia se arrastró á lo largo del muro.

Apenas pasó el ángulo, dejó escapar un grito.

En aquel sitio, la paja había sido separada. En mitad de la pared se descubría un ancho agujero, abierto sobre el cuarto en que Jenny dormía.

¿Quién había abierto esta brecha? ¿Era un animal? Sin vacilar *Hormiguita* penetró en el cuarto.

En aquel momento, un animal de grandes proporciones escapaba, y al huir, derribó al joven.

Era un lobo, uno de esos vigorosos lobos que rondan por bandadas en los campos irlandeses durante los largos inviernos.

Después de haber abierto la brecha, habíase introducido en el cuarto y arrancado la cuna de Jenny, cuyos cordones estaban rotos, y se alejaba arrastrándola sobre la nieve.

La niña lanzaba agudos gritos...

Hormiguita se puso en persecución del

Con su puño en el timón.

lobo, con su cuchillo en la mano y pidiendo socorro con voz desesperada. ¿Mas quién podía oirle, quién venir en su ayuda?—¿Y si el feroz animal se volvía contra él? ¿Pero pensaba él en esto? ¿Se decía que arriesgaba su vida? No... Él no veía más que á la niña llevada por aquella fiera.

El lobo corría; tan poco le pesaba la cuna, de una de cuyas cuerdas tiraba. *Hormiguita* corrió unos cien pasos antes de alcanzarle. Después de haber rodeado los muros de la granja, el lobo se había lanzado al camino y subía hacia Tralée, cuando *Hormiguita* le alcanzó.

Paróse el animal, y abandonando la cuna se precipitó sobre el niño.

Éste le esperó á pie firme, con la mano extendida, y en el momento en que el animal saltaba á su cuello, le hundió el cuchillo en el vientre; más, no sin que el lobo le hubiese mordido en un brazo, mordisco tan doloroso, que el niño cayó sin sentido sobre la nieve.

Por fortuna, antes que hubiese perdido el conocimiento, se oyeron ladridos...

Era Birt. Corrió... Arrojóse sobre el lobo que huyó...

Casi enseguida aparecieron Martín Mac Carthy y Murdock, á los que Sim, Martina y Kitty acababan de encontrar sanos y salvos á dos millas de allí.

La niña Jenny estaba salvada. La madre la estrechaba entre sus brazos.

Murdock vendó la herida de *Hormiguita:* Éste fue después llevado á la granja y colocado en su lecho en el cuarto de la abuela.

Cuando recobró el sentido:

—¿Y Jenny?—preguntó.

—Está aquí, respondió Kitty— viva... y gracias á tí... bravo niño.

—Querría besarla.

Y después que vió la sonrisa conque ella respondió al beso, cerró los ojos.

II

Mal año.

La herida de *Hormiguita* no era grave, aunque su sangre hubiese corrido en abundancia. Pero de llegar un momento más tarde, Murdock hubiese encontrado un cadaver y Kitty no habría vuelto á ver su niña.

Decir que *Hormiguita* fue rodeado de cuidados y atenciones en los días que necesitó para su restablecimiento, sería supérfluo. El pobre huérfano comprendió más que nunca que tenía una familia. ¡Con qué efusión se abría su pecho á aquellas ternezas, pensando en tantos días dichosos pasados en la granja de Kerwan! Para saber el número de estos días, le bastaba contar los guijarros que Martín le entregaba todas las noches. ¡El que le dió después de lo del lobo, qué alegría le produjo al meterle en su olla!

Acabó el año. Los rigores del invierno se acentuaron. Preciso fue tomar ciertas precauciones. Terribles bandadas de lobos habían sido vistas en los contornos de la granja, y las paredes no hubieran podido resistir los dientes de estos carnívoros. Martín y su hijo dispararon varias veces sus fusiles contra estas peligrosas fieras. Lo mismo pasó en todo el contorno, en cuyas planicies, durante aquellas interminables noches resonaron lúgubres aullidos.

¡Sí! Fue aquel uno de esos lamentables inviernos en que parecen soplar sobre la Europa septentrional todas las brisas penetrantes de las comarcas del Polo. Predominaban los vientos del N., y sabido es qué fríos les acompañan. Por desgracia, era de temer que este periodo continuase como se prolonga el periodo álgido en los enfermos devorados por la fiebre. Y la tierra es como la enfermedad que se petrifica bajo la acción de la escarcha, que se agrieta como los labios de un moribundo, pudiéndose creer que sus facultades productivas van á extinguirse para siempre, como sucede en esos astros muertos que gravitan en el espacio.

La inquietud del labrador y de su familia fue, pues, muy justificada por los rigores anormales de aquella estación. Sin embargo, gracias al producto de la venta de los carneros, Martín pudo hacer frente al pago de los impuestos y del arriendo; y cuando el agente del midleman se presentó en Navidad, recibió el precio íntegro, cosa que pareció sorprenderle, pues menos favorecido en la mayor parte de la granja, había tenido que proceder por la vía judicial á la cobranza de los colonos. ¿Pero cómo Martín haría frente á las exigencias del año siguiente, si la excesiva duración del invierno impedía las próximas siembras?

Además, sobrevinieron otras desdichas. Por consecuencia de la baja temperatura.—llegó á treinta grados bajo cero,—cuatro de los caballos y cinco vacas murieron de frío en la cuadra y en el establo. Había sido imposible cerrar estos cuerpos de edificio ya en mal estado y que cedieron en parte á lo impetuoso de las borrascas. El corral, á pesar de lo que se podía imaginar, experimentó sensibles pérdidas de día en día; la columna del déficit se hacía mayor en la cartera de *Hormiguita*, y además, había el temor de que la casa habitación no pudiese resistir á tantas causas destructivas, lo que reduciría á la familia á la más crítica situación. Martín y Sim trabajaban sin cesar en la recomposición; pero aquellos muros no muy fuertes, aquellas pajas que el viento destrozaba, ¿no serían asolados por el turbión de huracanes?

Hubo días en que nadie pudo salir. El camino no era practicable, y la nieve pasaba de la altura de un hombre. En el patio, el abeto, plantado el día en que Jenny nació, no dejaba ver más que su copa blanca. Para llegar á los establos fue preciso abrir un camino que había que desembarazar dos veces al día. El transporte del forraje se hacía á costa de excesivas dificultades.

Lo que parecía más inverosimil es, que el frío no perdía nada de su intensidad, aunque la nieve no cesaba de caer en abundancia.

Es verdad que no caía en pequeños copos, sino que era un verdadero chaparrón de hielo, protegido por los remolinos de la

borrasca. De aquí una completa poda de los arbustos y de los árboles de hojas persistentes.

En las riberas del Cashen se formaron montones de hielo, que alcanzaron proporciones enormes, y podía preguntarse si las avenidas no producirían nuevos siniestros cuando aquella masa se liquidase con los primeros calores de la primavera. En ese caso ¿cómo podrían Martín y sus hijos preservar los edificios si el río se desbordaba hasta la granja?

Fuese lo que fuese, ellos tenían en el presente otros cuidados; precauciones para el sostenimiento de las bestias. En efecto; el huracán arrancó los techos de los establos, y hubo que repararlos con urgencia. El resto de los carneros, vacas y caballos quedó sin abrigo, á los rigores del tiempo durante varios días, y algunos de estos animales perecieron de frío. Se tuvo que trabajar para rehacer los tejados, bien ó mal, y en lo más fuerte de la tormenta. Preciso era sacrificar la parte anterior de los establos, del lado del camino, y despojarles de sus techos á fin de cubrir la otra porción.

No fue más afortunada la casa que la familia Mac Carthy habitaba.

Una noche se hundió el piso alto, y Sim que le ocupaba tuvo que abandonar el granero para instalarse en la sala del piso bajo. Y entonces el cielo raso amenazaba hundirse á su vez, y fue preciso colocar tablones á fin de sostenerle. Tanto el peso de la nieve fatigaba las vigas.

El invierno avanzaba sin perder nada de su rigor. Febrero fue tan duro como Enero. La temperatura media se mantuvo á veinte grados bajo cero. En la granja estaban como náufragos, abandonados en el Polo, que no pueden preveer el fin del invierno. Y además, las nieves amontonadas amenazaban provocar catástrofes más terribles por el desbordamiento del Cashen.

Repitamos que bajo el punto de vista del sustento no había motivo para inquietarse; carne y legumbres no parecía que faltarían; además, las bestias, abatidas por el frío, vacas y carneros fáciles de conservar con el hielo, constituían una abundante reserva; y si el corral estaba diezmado, los cerdos soportaban sin gran sufrimiento aquella temperatura, y únicamente con ellos la alimentación estaba asegurada por un largo periodo. Cuanto al fuego, bastaba con ir á buscar todos los días bajo la nieve las ramas arrancadas por el huracán á fin de economizar el cesped que comenzaba á faltar.

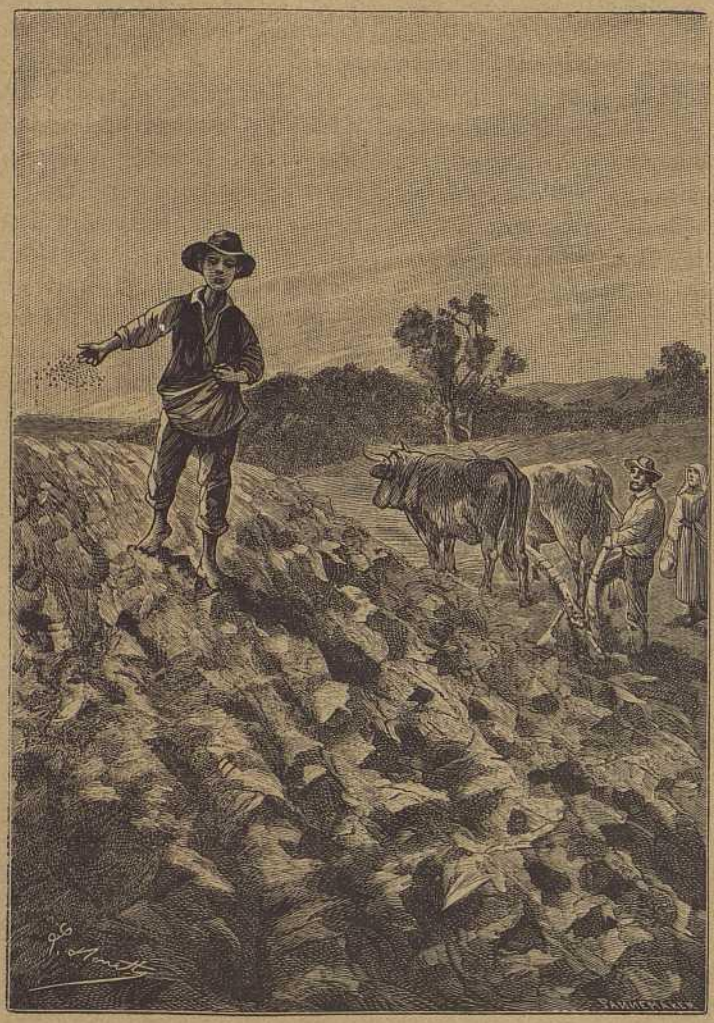
Por otra parte, robustos y sanos el padre y los hijos estaban hechos á aquellos climas rudos. Nuestro heroe también mostraba un extraordinario vigor. Hasta ahora, las mujeres, Martina y Kitty, tomando parte en el común trabajo habían resistido. La pequeña Jenny, siempre en un cuarto herméticamente cerrado, estaba como una planta en su estufa. Sólo la abuela sentía la influencia de aquel tiempo, no obstante los cuidados de que se la rodeaba. Los sufrimientos físicos se unían á los morales al ver tan comprometido el porvenir de los suyos. Era más de lo que ella podía soportar. Había, pues, allí, un grave motivo de inquietud para toda la familia.

En Abril, la temperatura normal tomó poco á poco su curso, subiendo por cima de cero. Sin embargo, hasta Mayo no brilló el sol con fuerza. Ya era tarde, muy tarde para la siembra. ¿Tal vez resultarían los forrajes? En cuanto á los granos, ciertamente no llegarían á madurar. Por lo tanto, no valía la pena arriesgar inútilmente las semillas, y valía más esforzarse en el cultivo de las legumbres, cuya recolección podría efectuarse á fin de Octubre—y más especialmente en el de la patata, que salvaría los campos de los horrores del hambre.

Pero, después del deshielo de las nieves, ¿en qué estado se encontraría el suelo? Helado, sin duda, á cinco ó seis pies de profundidad. Sería una tierra fría, dura como el granito y difícil de arar.

En los últimos días de Mayo comenzáronse las labores. Parecía que el sol estaba desprovisto de calor; tan lentamente se efectuaba el deshielo de las nieves, que aquéllas se retrasaron hasta Junio en la parte montañosa del condado.

La determinación de limitarse al cultivo de las patatas, renunciando al de los granos, fue general entre los labradores. Lo que iba á hacerse en la granja de Kerwan, se haría también en las otras granjas pertenecientes al dominio de Rockingham. Esta medida se extendió no solamente a condado de Kerry, sino á los del O. de Irlanda, tanto al de Munster como al de Connaught y al de Ulster. Unicamente en la provincia de Leinster, donde el suelo se



Vióse á *Hormiguita* lanzar la avena.

desembarazaba más pronto de los hielos, pudo ser intentada la siembra con alguna esperanza de resultado.

De aquí, que los labradores, tan penosamente probados, tuvieron que resignarse á prodigiosos esfuerzos para preparar los campos en condiciones favorables á la producción de las legumbres. En la granja de Kerwan, Martín y sus hijos se dedicaron á esta tarea, más ruda aún por la falta de animales. Un solo caballo y el asno aparejados, era de todo lo que podían disponer para el arado y demás instrumentos. En fin, á fuerza de trabajar doce horas al día, consiguieron plantar unos treinta ácres de patatas, temiendo que este trabajo fuese comprometido por la precocidad del próximo invierno.

Entonces apareció otro desastre común á todas las comarcas montañosas de la Irlanda. A fines de Junio el sol adquirió su ardor excesivo, y el deshielo de las nieves se operó en grandes masas. Tal vez la provincia de Munster, á causa de las múltiples ramificaciones de sus cursos de agua fue más atacada que las demás. En lo que se refiere al condado de Kerry, el caso tomó las proporciones de un cataclismo. Los numerosos ríos, experimentaron avenidas anormales que provocaron inmensos estragos. El país fue inundado. Gran número de casas, arrastradas por los torrentes, dejaron sin abrigo á sus habitantes. Sorprendidos por lo repentino de las avenidas, aquellas pobres gentes esperaron socorros en vano. Casi todas las bestias perecieron, y al mismo

El lobo se alejaba arrastrando la cuna.

tiempo, las cosechas preparadas con tanto trabajo, se perdieron irremisiblemente.

En el condado de Kerry, una parte del dominio de Rockingham desapareció bajo las aguas de Cashen. Durante quince días, en un radio de dos ó tres millas, los alrededores de la granja se transformaron en una especie de lago,—lago atravesado de corrientes furiosas, que arrastraban los árboles arrancados, los restos de las cabañas, los techos de las casas vecinas, todas las ruinas de una vasta demolición, y también los cadáveres de los animales, de los que los infelices campesinos perdieron muchos centenares.

La crecida se extendió hasta los establos de la granja, destruyéndolos casi en su totalidad. A pesar de los esfuerzos más enérgicos, fue imposible salvar el resto de las bestias, á excepción de algunos cerdos.

Si la casa no fue destruída, poco faltó, pues la crecida no paró hasta el nivel del piso bajo, que durante una noche se vió amenazado por las aguas tumultuosas.

El último, el más terrible golpe para el país, consistió en que la cosecha de la patata se perdió en medio de aquellos campos inundados.

Jamás la familia Mac Carthy vió aparecer á sus puertas un tan terrible cortejo de miserias. Jamás se había presentado el porvenir bajo un aspecto tan lúgubre al labrador irlandés. Hacer frente á la situación era imposible. La existencia de aquellos desdichados iba á verse comprometida. ¿Qué iba

á hacer Martin con el Estado, con los propietarios del suelo?

En efecto; estas cargas del arrendatario son pesadas. El mayor de sus beneficios pasa á manos del recaudador de impuestos y del agente del landlord. Si los propietarios tienen que pagar trescientas mil libras por la propiedad y seiscientas mil por impuestos, los campesinos están en peores condiciones por los impuestos que les incumbe personalmente, á saber: por los caminos, la policía, la justicia, los trabajos públicos. Total que se eleva á la suma enorme de un millón de libras esterlinas, solamente en Irlanda.

Satisfacer estas exigencias del fisco, cuando la cosecha ha sido buena y el año ha dejado algunas economías, en una palabra, cuando las circunstancias han sido favorables, es ya oneroso al labrador, puesto que aún le queda por pagar el arrendamiento. Pero, cuando el suelo ha sido estéril, y la rudeza del invierno y las inundaciones han acabado de arruinar un país, cuando los fantasmas de la evicción y del hambre se levantan en el horizonte, ¿qué hacer? Esto no impide que el agente se presente á su tiempo y antes lo poco que quedaba ha desaparecido. Así sucedió á Martín Mac Carthy.

¿Dónde estaban las horas de alegría y de fiesta que *Hormiguita* había conocido al principio de su estancia en la granja? No se trabajaba, y durante aquellos largos días, la familia desesperada, holgaba en torno de la abuela, que se desmejoraba á ojos vistos.

Además, aquella avalancha de desastre había golpeado á la mayor parte de los distritos del condado. Así, desde principios del invierno de 1881, las amenazas habían salido de todos sitios, es decir, la violencia puesta al servicio de las ligas agrarias para impedir la locación de las tierras, y el ser puestas en cultivo — procedimiento que arruina al labrador y al propietario. No es con estos medios como Irlanda puede escapar á las exacciones del régimen feudal ni traer la retrocesión del suelo á los arrendatarios en una justa medida, ni abolir las funestas prácticas del landlordismo

Sin embargo, la agitación aumentó en las parroquias aniquiladas por tantas miserias. En primer lugar, el condado de Kerry se señaló por medio de sus *meetings* y la audacia de los agentes de la autonomía que le recorrieron desplegando la bandera de la *land-league*. El año precedente M. Parnell había sido nombrado por tres circunscripciones.

Aunque con disgusto de su mujer y su madre, Murdock no dudó en lanzarse en este movimiento. Desafiando el frío y el hambre nada pudo detenerle. Corrió de pueblo en pueblo, á fin de provocar un levantamiento general con motivo de la entrega del arriendo y para impedir la locación de las tierras después de la victoria de los labradores. Martin y Sim en vano procuraron detenerle. ¿Además, no lo aprobaban ellos mismos puesto que sus esfuerzos nada habían alcanzado y se veían en vísperas de ser arrojados de la granja de Kerwan donde tanto tiempo habían vivido?

Sin embargo, la administración había tomado sus precauciones. El lord lugarteniente se había apresurado á dar órdenes en previsión de una rebelión de los nacionalistas. Ya las escuadras de la *mounted constabulary*, recorrían los campos con orden de apretar la mano, y de disipar si era preciso los *meetings* por la fuerza, arrestando á los más ardientes de los fanáticos señalados á la policía irlandesa. Evidentemente Murdock sería bien pronto de estos, si no lo era ya. ¿Qué podían hacer los irlandeses contra un sistema que reposa sobre treinta mil soldados—acampados—esta es la palabra, en Irlanda?

Supónese en qué angustia viviría la familia Mac Carthy. Cuando sonaban pasos en el camino, Martina y Kitty palidecían. La abuela levantaba la cabeza, y un instante después la dejaba caer de nuevo sobre el pecho. ¿Serían agentes de policía que se dirigían á la granja para prender á Murdock, y tal vez también á su padre y á su hermano?

Mas de una vez había Martina suplicado á su hijo mayor que se sustrajera á las medidas de que estaban amenazados los principales miembros de la liga agraria. Habíanse hecho algunas prisiones en las ciudades, y se harían también en los campos. ¿Pero dónde hubiera podido ocultarse Murdock? Pedir auxilio á las cavernas del litoral, buscar refugio bajo los bosques en los inviernos de Irlanda, no había que pensar en ello. Además, Murdock no quería separarse ni de su mujer ni de su hija, y admitiendo que pudiera encontrar alguna segu-

ridad en los condados del Norte, menos vigilados por la policía, le hubieran faltado recursos para llevar á Kitty, y para subvenir á las necesidades de la existencia. Aunque la causa nacionalista, contase con dos millones de adictos, no bastaban para un levantamiento contra el landlordismo.

Murdock quedó pues en la granja presto á huir si los constables llegaban para prenderle. Así es que se vigilaba el camino. *Hormiguita* y Birk rondaban por los alrededores. Nadie hubiera podido aproximarse media milla sin ser visto.

Lo que además inquietaba á Murdock era la próxima visita del regidor encargado de cobrar el arriendo en Navidad.

Hasta entonces Martin Mac Carthy había estado en condiciones de poder pagar con los productos de la granja y algunas economías realizadas en los años anteriores. Una ó dos veces solamente había pedido y obtenido, no sin trabajo, un corto plazo. Pero ¿hoy, como procurarse dinero? ¿qué hubiera vendido, puesto que nada le quedaba, ni las bestias que habian perecido, ni sus ahorros que los impuestos habían devorado?

No se habrá olvidado que el propietario del dominio de Rockinghan era un lord inglés que no había ido nunca á Irlanda. Y admitiendo que este lord estuviera animado de buenas intenciones para con sus colonos, ni los conocía, ni podía interesarse por ellos, ni ellos recurrir á él. El mildleman John Eldon, que había tomado á su cargo la explotación del dominio, habitaba en Dublin. Sus relaciones con los labradores eran pocas, y dejaba á su agente el cuidado de hacer los cobros en las épocas acostumbradas.

Este agente que se presentaba una vez al año en casa del labrador Mac Carthy se llamaba Harbert. Muy duro, y acostumbrado al espectáculo de las miserias del campesino sin conmoverse, era una especie de alguacil, al que ninguna súplica había emocionado. Se sabía que era despiadado en su oficio. Recorriendo las granjas del condado había ya dado pruebas de lo que era capaz; familias arrojadas sin piedad de sus frias moradas; plazos rehusados á los que hubiera podido despejar la situación. Portador de órdenes formales, parecía que aquel hombre tenía placer al aplicarlas en todo su rigor. En Irlanda se ha osado proclamar en otro tiempo esta abominable declaración. "No es violar la ley matar un irlandés.„ La inquietud, era pues, extrema en Kerwan. La visita de Harbert no debía tardar, pues aquella última semana de Diciembre la empleaba en recorrer el dominio de Rockhingham.

La mañana del 29 de Diciembre, *Hormiguita*, que fue el primero que le vió, corrió apresuradamente á prevenir á la familia reunida en la sala del piso bajo.

Todos estaban allí; el padre, la madre, los hijos, la bisabuela y su biznieta que Kitty tenía sobre sus rodillas.

El agente atravesó el patio con paso decidido,—el paso del dueño,—abrió la puerta de la sala y sin quitarse el sombrero, sin dar los buenos días, como hombre que está en su casa, se sentó en una silla ante la mesa, y sacando algunos papeles de su saco de cuero, dijo rudamente:

—Son cien libras las que me tenéis que dar por el año, Mac Carthy; ¿no es eso?

—Sí, señor Harbert,—respondió el labrador cuya voz temblaba ligeramente.—Son cien libras. Pero yo os pido un plazo; alguna vez me le habeis concedido.

—¡Un plazo!... ¡plazos!...—exclamó Harbert.—¿Qué significa esto? ¡Oigo esto en todas las granjas! ¿Es con plazos como M. Eldon podrá pagar á lord Rockingham?

—El año ha sido malo para todos, señor Harbet—y podeis creer que en nuestra granja nada se ha ahorrado.

—Esto no me interesa, Mac Carthy—y no puedo concederos el plazo.

Hormiguita, oculto en un rincón sombrío, con los brazos cruzados y los ojos muy abiertos, escuchaba.

—Vamos, señor Harbet, dijo el labrador. Tened piedad de los pobres. No se trata más que de darnos un poco de tiempo. La mitad del invierno ha pasado y no ha sido muy riguroso. Nos indemnizaremos en la próxima estación.

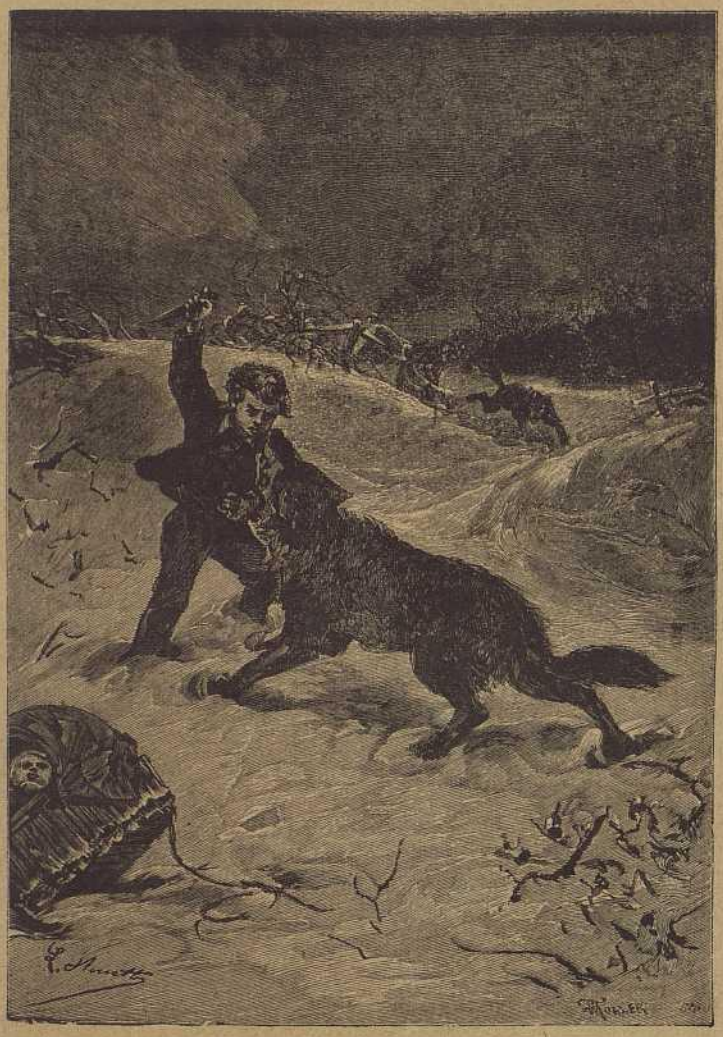
—¿Queréis pagar, sí ó no, Mac Carthy?

—Querríamos, señor Harbert—pero os aseguro que nos es imposible.

—¡Imposible!—Procuráos dinero vendiendo.

—Lo hemos hecho, y lo que nos quedaba ha sido destruido por la inundación. De los muebles no sacaríamos con seguridad cien shillings.

—Y ahora que no estais en situación de comenzar vuestras labores, exclamó el agen-



Hormiguita le esperó á pie firme.

te, ¿contáis para pagar con la próxima cosecha? ¿Es que os burlais de mí?

—No, señor Harbert—Dios me libre; pero, por piedad, ¡no nos quiteis esa última esperanza!

Murdock y su hermano, mudos é inmóviles, contenían no sin trabajo su indignación, al ver á su padre humillarse ante aquel hombre.

En aquel momento la abuela, enderezándose á medias en su sillón, dijo con voz grave:

—Señor Harbert.—Tengo setenta y siete años y toda mi vida la he pasado en esta granja que mi padre dirigía con mi marido y mi hijo. Hasta hoy, hemos siempre pagado nuestro alquiler, y por la primera vez que le pedimos un año de espera, no creeré que lord Rockingham vaya á echarnos.

—No se trata de lord Rockingham—respondió brutalmente Harbert.—Yo no conozco vuestro lord Rockingham. Pero M. John Eldon os conoce.—Me ha dado órdenes formales, y si no me pagais, abandonareis á Kerwan.

—¡Abandonar á Kerwan!—exclamó Martina transida de dolor y pálida como una muerta.

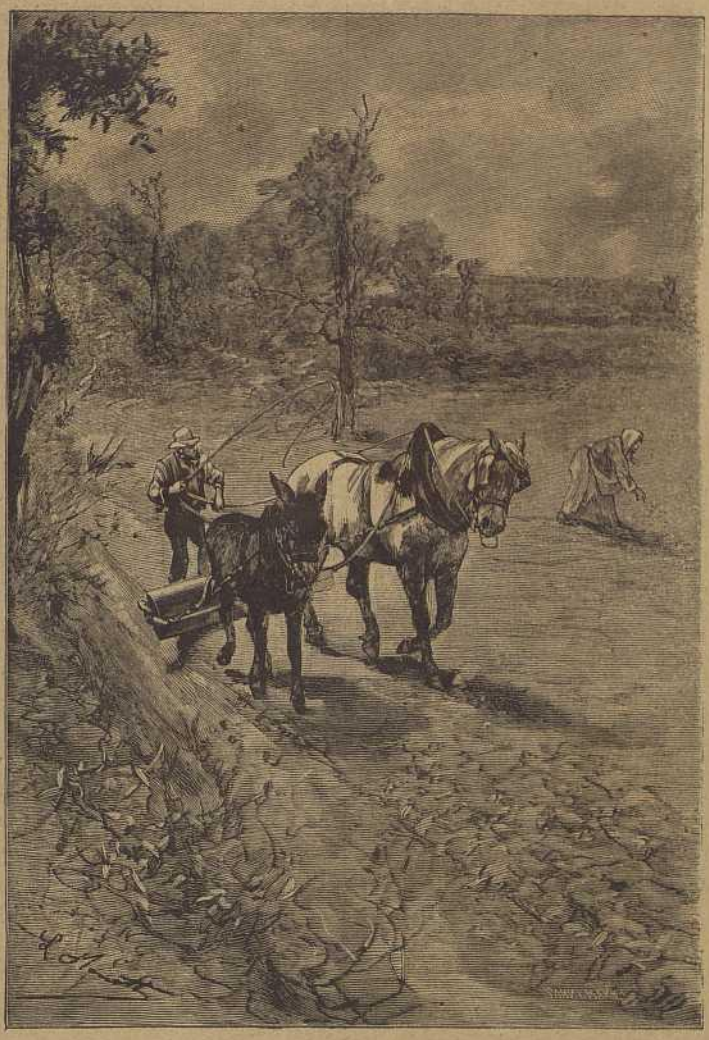
—¡En el término de ocho días!

—¡Y dónde encontraremos un asilo!

—¡Donde querais!

Hormiguita había visto ya muchas cosas tristes, y sentido él mismo terribles miserias, y sin embargo, parecíale que no había asistido jamás á nada parecido. Sin lágrimas ni gritos, la escena era terrible.

Sin embargo, Harbert se había levantado.



Un sólo caballo y un asno uncidos.

Antes de volver los papeles al saco, preguntó:

—Por última vez, ¿queréis pagar?

—¿Y con qué?

Era Murdock que acababa de intervenir lanzando la pregunta con voz terrible:

—Sí, ¿con qué?—repitió avanzando lentamente hacia el recaudador.

Harbert conocía á Murdock de antiguo. No ignoraba que era uno de los más activos partidarios de la liga contra el landlordismo, y sin duda, creyó llegada la ocasión de espulsarle del país. Así respondió alzando los hombros.

—¿Con qué, preguntais? No será acudiendo á los *meetings*, mezclándose con los rebeldes, contra los propietarios del suelo. Es trabajando.

—¡Trabajando!—dijo Murdock que tendió las manos endurecidas por las labores.—¿Es que no han trabajado estas manos? ¿Es que mi padre, mis hermanos, mi madre están de brazos cruzados desde tantos años en esta granja? ¡Señor Harbert, no digais esas cosas, pues me siento incapaz de oirlas!

Murdoek acabó su frase con un gesto que hizo retroceder al agente. Y entonces, dejando salir de su corazón toda la cólera amasada por la injusticia social, lo dijo con la energía que lleva la lengua irlandesa, esa lengua de la que se puede decir. ¡Cuándo abogueis por vuestra vida, abogad en irlandés!

Y era por su vida, por la vida de todos los suyos, por lo que se dejaba arrastrar á tan terribles recriminaciones.

Desahogado su corazón, se sentó.

Sim sentía excitada su indignación como el fuego. Martina con la cabeza baja, no osaba interrumpir el silencio que había seguido á las violentas palabras de Murdock.

Martina se levantó, y dirigiéndose al agente, le dijo:

—Señor, soy yo la que os implora... Concedednos una prórroga. Esto nos permitirá pagaros. Algunos meses solamente, y á fuerza de trabajo... Señor... Os lo pido de rodillas, ¡por compasión!

Y la desdichada mujer se inclinaba ante aquel hombre despiadado, cuya actitud solo era un insulto.

—¡Basta, madre mía! ¡Ya es mucha humillación!—dijo Murdock obligando á Martina á levantarse. No es con súplicas como se responde á tales miserables.

—No, dijo Harbert. Y las palabras para nada sirven. El dinero, el dinero al instante, ó antes de ocho días sereis arrojados.

—¡Antes de ocho días, sea!—exclamó Murdock. Pero primero voy á arrojaros yo de esta casa, ¡de la que aún somos los dueños!

Y precipitándose sobre el agente, le cogió por un brazo y lo puso en el patio.

—¿Qué has hecho, hijo mío?—dijo Martina mientras los demás inclinaban la cabeza.

—Lo que todo irlandés debía hacer—respondió Murdock. ¡Arrojar los lords de Irlanda, como yo he arrojado á ese agente de esta granja!

III

Evicción.

Tal era la situación de la familia Mac Carthy al principio del año 1882. *Hormiguita* acababa de cumplir sus diez años. Vida corta, sin duda, si no se gradúa más que por los años, pero ya larga por las pruebas sufridas. No contaba aun más que tres años de dicha; los que siguieron á su llegada á la granja.

La miseria que otras veces había conocido, caía ahora sobre los seres más queridos por él en el mundo; sobre aquella familia que había llegado á ser la suya. La desgracia iba á romper brutalmente los lazos que unían al hermano, á la madre, á los hijos. Veríanse obligados á separarse, á dispersarse, tal vez á abandonar Irlanda, puesto que no podían vivir sobre la isla natal. Durante estos últimos años, se ha precedido á la evicción de tres millones y medio de labradores, y lo que á tantos llegaba, ¿no les alcanzaría á ellos?

¡Dios tenga compasión de este país! El hambre le asedia como una epidemia, como una guerra. Se recuerda siempre el invierno 1740-41, en el que tantos sucumbieron al hambre, y la de aquel año 1847, más terrible aún, "el año negro„ como le llamaron los habitantes de quinientas millas á la redonda.

Cuando las cosechas faltan, las ciudades enteras se despueblan. Se puede entrar en las granjas, pues la puerta queda abierta. No hay nadie. Los labradores han sido arrojados de ellas sin piedad. La industria agrícola está herida en el corazón. Si esto proviene de que los trigos, centeno ó avena no han dado frutos, posible será esperar un año mejor; pero cuando un invierno excesivo y prolongado ha matado la patata, los habitantes del campo tienen que huir á la ciudad, refugiándose en los *Work-houses*, á menos que prefieran emigrar del país. Aquel año muchos se habían ya resuelto á esto: á continuación de tales desastres en ciertos condados, la población ha sido reducida en una proporción considerable. Parece que en otro tiempo Irlanda ha contado doce millones de habitantes, y ahora hay solo en los Estados Unidos de América, seis ó siete millones de colonos de origen irlandés. ¡Emigrar!... ¿No era esta la suerte á que se vería condenada la familia de Martín Mac Carthy? Sí. Y muy pronto. Ni las recriminaciones de la liga agraria, ni los *meetings* en que Murdock tomaba parte, parecían modificar aquel estado de cosas. Los recursos del *poor-board*, serían insuficientes para socorrer tantas víctimas. La caja, alimentada por la asociación de los *home-rulers*, no tardaría en vaciarse. En cuanto á un levantamiento contra los propietarios del suelo, el lord lugarteniente estaba decidido á impedirlo por la fuerza. Se veían muchos agentes esparcidos por los condados sospechosos, es decir, por los más miserables.

Hubiera sido, pues, prudente, que Murdock tomase serias precauciones, pero él rehusaba hacerlo. Abrasado de rabia, loco de desesperación, no era dueño de sí y

amenazaba, empujando á los campesinos á la rebelión. Su padre y su hermano, arrastrados por su ejemplo, se comprometían con él. Nada era capaz de contenerlos. *Hormiguita*, temiendo ver aparecer la policía, pasaba los días vigilando los alrededores de la granja.

Entretanto, se vivía de los últimos recursos. Con objeto de procurarse algo de dinero, se habían vendido algunos muebles. ¡Y el invierno debía durar aún varios meses! ¿Cómo subsistir hasta la buena estación, y qué esperar de un año que parecía estar comprometido irremisiblemente?

Á estas inquietudes por el presente y por el porvenir, uníanse las que causaba el estado de la abuela. La pobre vieja se debilitaba de día en día, y no tardaría en morir. Al presente no abandonaba jamás su cuarto ni su lecho. *Hormiguita* era el que más la acompañaba. Ella quería que fuese allí, llevando en sus brazos á Jenny, que contaba dos años y medio, y que la sonreía. Algunas veces la abuela cogía á la niña, respondiendo á su sonrisa. ¡Y qué desoladora idea la venía á la mente, pensando en el porvenir de su nieta! Entonces decía á *Hormiguita*:

—La quieres mucho, ¿verdad?

—Sí, abuela.

—¿No la abandonarás nunca?

—Nunca... Nunca...

—¡Quiera Dios que sea más dichosa que nosotros! ¡Es tu ahijada, no lo olvides! Tú serás mozo cuando ella todavía será una niña. Un padrino es como un padre. ¡Si sus padres la faltaran!...

—No, abuela,—respondía *Hormiguita*.—No tengáis esos temores. La desdicha no durará siempre. Pasados algunos meses será otra cosa. Recobraréis la salud y os volveremos á vuestra butaca, mientras Jenny juega á vuestro lado.

Y mientras *Hormiguita* hablaba de este modo, sentía el corazón oprimido, las lágrimas asomando á sus ojos, pues sabía que la abuela estaba enferma, muy enferma. Sin embargo, tenía fuerza para contenerse, ante ella al menos. Si lloraba, era fuera, cuando nadie podía verle. Además, tenía siempre miedo de hallarse en presencia de Harbert, llegando con los agentes para arrojar á la familia de su único abrigo.

La anciana empeoró en la primera semana de Enero. Acometiéronla síncopes, y uno de ellos fue tan prolongado, que se creyó que su fin había llegado.

El día 6 vino un médico; un doctor de Tralèe, uno de esos prácticos caritativos, que no rehusan prestar sus servicios á los pobres, aunque esto no les proporcione utilidad alguna.

Entonces hacía un viaje á caballo por aquellas desoladas campiñas. Al pasar por allí, *Hormiguita*, que le conocía por haberle encontrado en la capital del condado, le hizo entrar en la granja. Y el médico aseguró que las privaciones, la edad y el disgusto que aniquilaba á la moribunda, traerían una catástrofe inminente.

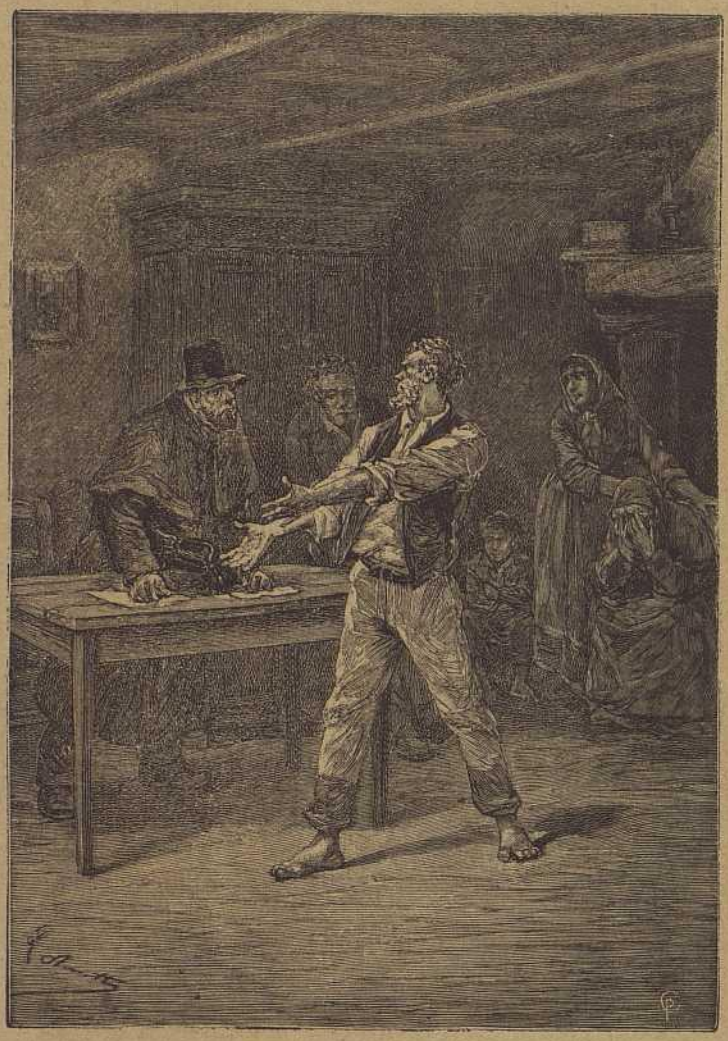
No era posible ocultar á la familia la situación de la anciana. La abuela no viviría ni algunos meses, ni algunas semanas: le quedaban algunos días solamente. Poseía su juicio cabal y le conservaría hasta el fin; y era tan dura al mal, tan resistente, que la lucha con la muerte sería acompañada, sin duda, de una cruel agonía. En fin, vendría el aniquilamiento, la respiración se pararía y el corazón cesaría de latir.

Antes de abandonar la granja, el médico recetó una poción que podía endulzar los últimos instantes de la abuela. Después se marchó, dejando la desesperación en aquella casa donde la caridad le había llevado.

Ir á Tralèe, hacer preparar la medicina, traerla á la granja, era cosa de unas veinticuatro horas. ¿Pero cómo pagar su importe? Pagados los impuestos, la familia no vivía más que de algunas legumbres de la granja, sin comprar nada. En los cajones no quedaba un shilling, ni tampoco nada que vender... Era la miseria en sus límites extremos.

Hormiguita recordó entonces. Quedaba la guinea que miss Ana Waston le había dado en el teatro de Limerick. Pura broma de la actriz; pero él que había tomado en serio su papel de Sib, miraba este dinero como bien ganado. Así es que había guardado cuidadosamente la guinea dicha en la olla de los guijarros que por entonces no podía esperar que fuesen transformados en pences ó en schillings.

Nadie sabía en la granja que *Hormiguita* poseyese aquella moneda de oro, y pensó emplearla en comprar la medicina recetada á la abuela. Esto contribuiría á endulzar sus sufrimientos, tal vez á prolongar su vida... ¿y quién sabe?... á una mejoría en su

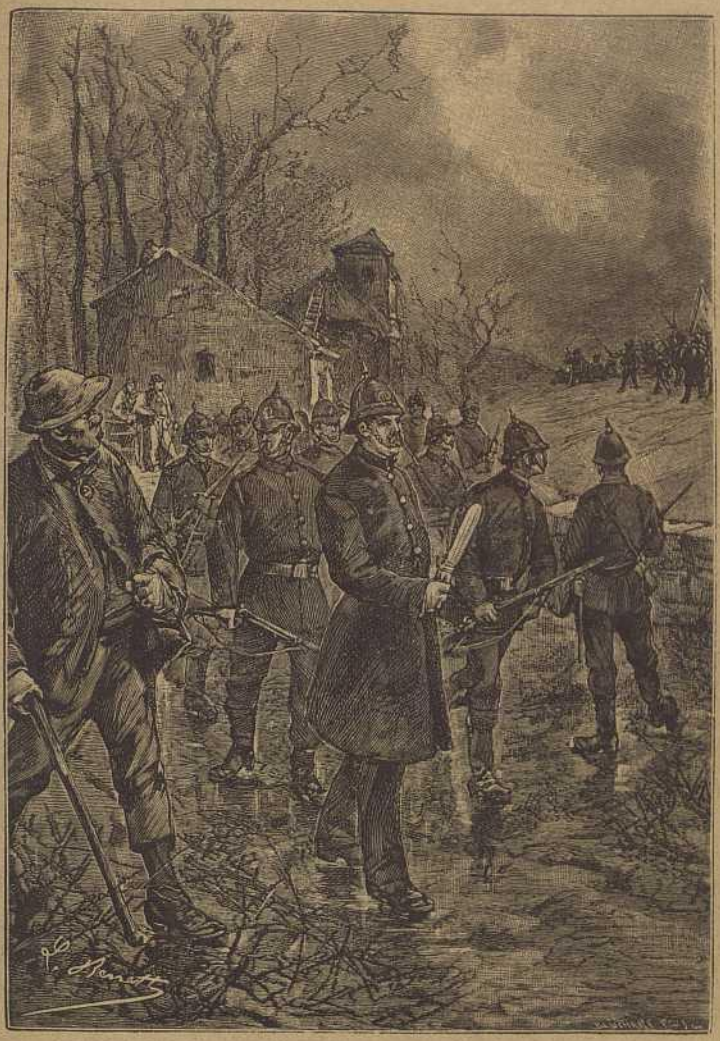


—¿Es qué estas manos no han trabajado?

estado. *Hormiguita* quería siempre esperar, aunque toda esperanza fuera ilusoria.

Decidido á ejecutar su proyecto, se abstuvo de decir nada de él. Tenía el derecho incontestable de emplear este dinero como quisiera. No había tiempo que perder. Á fin de no ser visto, contaba partir de noche. Doce millas de ida y doce de vuelta... No dejaba de ser un largo trayecto para un niño, pero no pensó en ello. En cuanto á su ausencia, que duraría un día por lo menos, nadie la notaría, pues tenía la costumbre de estar fuera todo el tiempo que no consagraba á la abuela, vigilando los alrededores, observando el camino en una ó dos millas, espiando la llegada del agente para expulsar á la familia, ó la del constable y los suyos para llevarse preso á Murdock.

Al día siguiente 7 de Enero, á las dos de la mañana, *Hormiguita* abandonó la habitación, no sin haber besado á la vieja que dormía y á la que no despertó el beso. Saliendo después de la sala, atravesó la puerta sin ruido, y acarició á Birk que venía á su encuentro y parecía decirle:—¿No me llevas?—¡No! Quería dejarle en la granja. Durante su ausencia, el fiel animal podría prevenir de toda aproximación sospechosa. Atravesado el patio, abierta la valla, el niño se encontró solo en el camino de Tralèe. La obscuridad era profunda todavía. En los primeros días de Enero, tres semanas antes del solsticio, en aquella latitud comprendida entre el cincuenta y dos y cincuenta y tres paralelo, el sol se eleva muy tarde en el horizonte del SO. Á las



Las escuadras de la *mount ed constabulary* recorrían los campos.

siete de la mañana apenas si las montañas se colorean con la naciente luz del alba. *Hormigaita* tenía, pues, que hacer la mitad del trayecto en plena noche. Esto no le atemorizó.

El tiempo era muy frío, aunque el termómetro no marcase más que doce grados bajo cero. Millares de astros estrellaban el firmamento. El camino, todo blanco, seguía hasta perderse de vista, aclarado por el reflejo de la nieve. Los pasos resonaban con un ruído seco.

Habiendo *Hormiguita* partido á las dos de la mañana, esperaba regresar antes de la noche. Según sus cálculos, estaría en Tralèe á las ocho. Hacer trece millas en seis horas no era cosa para inquietar á un mozo acostumbrado á la fatiga y que poseía buenas piernas. En Tralèe descansaría un par de horas comiendo un pedazo de pan y queso, y bebiendo un vaso de cerveza en alguna taberna por dos ó tres pence. Después con la medicina se pondría en camino á eso de las diez, para estar de vuelta por la tarde.

Este programa bien combinado, sería seguido rigurosamente, si no sobrevenía algún accidente imprevisto. El camino era facil y el tiempo á propósito para andar de prisa. Y era una fortuna que el frío hubiera traído el apaciguamiento de los desórdenes atmosféricos.

En efecto; con los huracanes del O. no hubiera podido ir contra el viento. Las circunstancias, pues, le favorecían, por lo que dió gracias á la Providencia.

Es cierto que podía temer algún mal encuentro, entre otros una bandada de lobos. Aunque el invierno no había sido rigoroso en extremo, estos animales llenaban con sus lúgubres aullidos los bosques y las llanuras del condado. *Hormiguita* lo sabía; así es que su corazón palpitó fuertemente cuando se encontró sólo, en campo raso, en aquel interminable camino.

A buen paso y sin descansar nuestro joven hizo en dos horas las seis primeras millas de su camino. Eran las cuatro de la mañana. Hacia el O., la profunda obscuridad se aclaraba ya con ligeras coloraciones y las estrellas comenzaban á palidecer. Pero aún faltaban tres horas para que el sol aclarase el horizonte.

Hormiguita sintió necesidad de hacer un alto de unos diez minutos. Sentóse sobre la raíz de un arbol, y sacando de su bolsillo una patata asada en el rescoldo la comió con avidez. Esto le permitiría esperar la hora de su llegada á Tralèe; á las cuatro y cuarto siguió su camino.

Inútil es decir que el niño no temía perderse. Conocía el camino que va desde Kerwan á la capital del condado por haberle recorrido á menudo en el coche cuando Martín Mac Carthy le llevaba al mercado. Aquel era el buen tiempo; el tiempo en que era feliz—¡tan lejano ahora!...

El camino estaba siempre desierto. Ni un peatón, ni una carreta con dirección á Tralèe, en la que no se le hubiera rehusado un sitio, y con lo que se ahorraría fatiga. No debía, pues, contar más que con sus pequeñas piernas... pequeñas... sí; pero sólidas.

En fin, anduvo otras cuatro millas, tal vez más despacio que las seis primeras, y no quedaban más que dos.

Eran las siete y media. Las últimas estrellas acababan de apagarse en el horizonte, hacia el O. El alba melancólica de aquellas altas latitudes, aclaraba vagamente el espacio, hasta que el sol hubiera disuelto las brumas de las zonas bajas...

En este momento un grupo de hombres apareció en lo alto del camino viniendo de Tralèe.

La primera idea del niño fue ocultarse, é instintivamente, sin reflexionar que no le convenía, corrió á esconderse tras un zarzal para observar á los que venían.

Eran estos unos doce agentes de policía acompañados de un constable. Desde que el país era vigilado, no era raro encontrar estas escuadras organizadas por las órdenes del lord lugarteniente.

Hormiguita no tenía motivo para sorprenderse del encuentro. Pero dejó escapar un grito cuando en medio del grupo reconoció á Harbert, seguido de dos ó tres de esos agentes que se emplean para las expulsiones.

¡Qué presentimiento le oprimió el corazón! ¿Se dirigía Harbert á la granja? ¿Esta escuadra de agentes iba á arrestar á Murdock?

Hormiguita no quiso quedar con esta idea. Cuando el grupo desapareció, saltó al camino, corrió tanto como le fue posible y hacia las ocho y media, estaba junto á las primeras casas de Tralèe.

Su primer cuidado fue ir á casa de un farmacéutico donde esperó que le despacharan la medicina. Después para pagar, presentó la moneda de oro—toda su fortuna. Cambióle el boticario la guinea, y como la medicina era muy cara, no le devolvió más que unos quince shillings.

No era ocasión de regatear, ¿verdad?

Pero si el niño no pensó en esto puesto que se trataba de la abuela, prometióse economizar en su almuerzo. En lugar del queso y la cerveza, contentóse con un gran pedazo de pan que devoró con ansia. A las diez había abandonado Tralèe y vuelto á tomar el camino de Kerwan.

En otras circunstancias y á aquella hora, el campo hubiera presentado alguna animación. En los caminos se hubieran visto carretas ó jautings-cars, transportando gentes ó mercaderes á los diversos pueblos del condado. Se hubiera sentido palpitar la vida comercial ó agrícola. Pero después de los desastres del año, el hambre y la miseria habían despoblado la provincia. ¡Cuántos campesinos se habían decidido á abandonar el país donde no podían vivir! Hasta en los tiempos normales, ¿no se valúa en cien mil por año los irlandeses que van al Nuevo Mundo, á Australia ó al Africa meridional, en busca de un rincón donde puedan tener la esperanza de no morir de hambre? ¿Y no existen compañías de emigración que por dos libras esterlinas transportan á los emigrantes hasta las comarcas del Sur de América?

Aquel año las comarcas de Irlanda occidental habían sido abandonadas en una

proporción más considerable, y parecía que aquellos caminos, tan animados en otras ocasiones, no eran más que un desierto, ó lo que es más triste aún, un país abandonado.

Hormiguita andaba siempre rápidamente. No quería notar su fatiga y desplegaba una extraordinaria energía. Claro es que le había sido imposible reunirse á la escuadra que le adelantaba en dos ó tres horas. Las huellas dejadas sobre la nieve indicaban que el constable y sus hombres, Harbert y los suyos seguían el camino de la granja. Razón de más para que nuestro heroe se apresurase, aunque sus piernas se estropeasen en tan larga jornada. No hizo el descanso que al ir. Caminaba, caminaba sin detenerse. A eso de las dos de la tarde, no le faltaban más que dos millas para llegar á Kerwan. Una media hora después se encontraba junto á los edificios en medio de la vasta llanura, donde todo se confundía en una blancura inmensa.

Lo que primero sorprendió á *Hormiguita*, fue no distinguir ningún humo en el aire, y sin embargo, en el hogar de la sala, no debía faltar combustible. Además, un inexplicable sentimiento de soledad y de abandono parecía salir de aquel sitio.

El niño apresuró el paso, hizo un último esfuerzo y corrió; cayendo y levantándose llegó ante la valla que cerraba el patio...

¡Qué espectáculo! La valla estaba rota. De los edificios de los establos, no restaban más que cuatro paredes sin tejado. La paja había sido arrancada. No había ni una puerta, ni un marco en las ventanas, ¿se había querido dejar la casa inhabitable, á fin de impedir que la familia pudiera conservar allí un abrigo? ¿Era una ruina voluntaria hecha por la mano del hombre?

Hormiguita quedó inmóvil. Lo que sentía era espantoso.

No osaba franquear la valla del patio. No se atrevía á aproximarse á la casa.

Decidióse, sin embargo. Preciso era saber si el labrador ó alguno de sus hijos estaban allí aun.

Avanzó hasta la puerta .. llamó...

Nadie le respondió.

Sentóse entonces en el umbral y se puso á llorar.

He aquí lo que había pasado durante su ausencia.

No son raras en los condados de Irlanda, esas abominables escenas de evicción, que traen como consecuencia, no solamente el abandono de las granjas, sino de pueblos enteros. Pero esas pobres gentes arrojadas del lugar donde han nacido y vivido, donde esperarían morir, ¿no querrían tal vez volver, forzar la puertas y buscar un refugio que no encontrarían en otra parte? Pues bien: el medio de impedirlo es muy sencillo. Es preciso dejar la casa inhabitable, se coge un *battering-ram*. Es este una viga que se balancea á la punta de un arbol entre tres montantes. Este ariete lo hunde todo. La casa queda desprovista de su tejado; la chimenea se echa abajo, se destruye el hogar, se rompen las puertas y ventanas. No quedan más que las paredes. Y desde el momento en que esta ruina está á merced de los huracanes, inundada por la lluvia y por la nieve, el landlord ó sus agentes pueden estar seguros: la familia no volverá á albergarse allí.

Después de tales actos, tan frecuentes que llegan á la ferocidad, ¿cómo asombrarse del odio que llena el corazón del campesino irlandés?

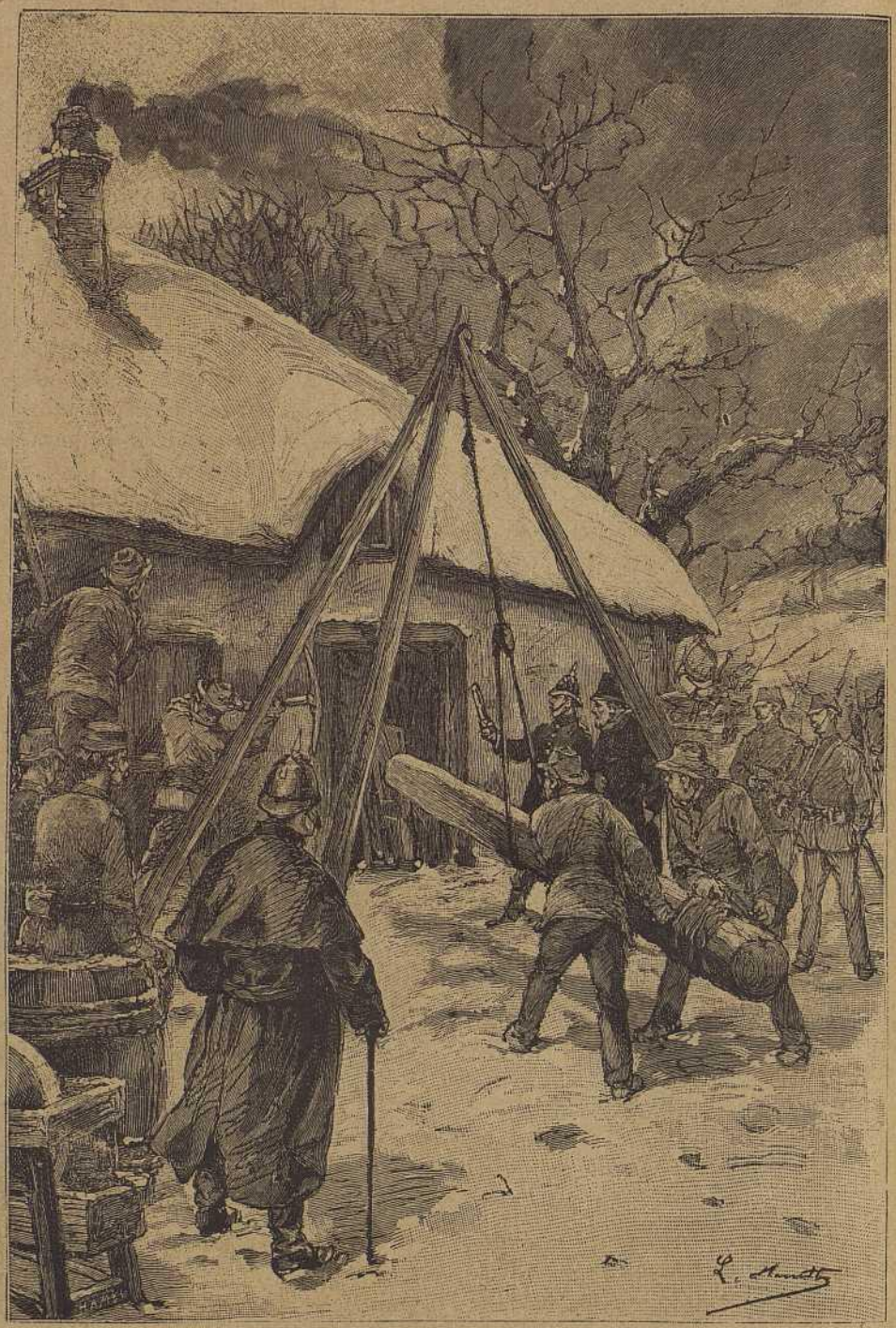
En Kerwan, la evicción había sido acompañada de escenas aún más espantosas.

En efecto; la venganza había tenido su parte en esta obra de inhumanidad. Queriendo Harbert hacer pagar á Murdock su violencia, no se había contentado con venir con sus agentes por cuenta del midleman; había denunciado al labrador, y los constables tenían orden de arrestarle.

Primero Martín, su mujer y sus hijos fueron arrojados fuera mientras los agentes de Harbert, destrozaban el interior de la casa. No se había respetado ni á la abuela. Arrancada de su lecho, llevada en medio del patio, ella había podido levantarse una vez aun para maldecir de sus asesinos y de los de Irlanda, y había caido muerta. En este momento, Murdock que hubiera tenido tiempo para huir, se había arrojado sobre aquellos miserables. Loco de cólera, blandía un hacha.

Su padre y su hermano habían querido como él defender á su familia; los agentes y constables eran numerosos, y á la fuerza se cumplió la ley, si se puede cubrir con este nombre semejante atentado contra todo lo justo y humano.

La rebelión contra los agentes de la policía era un hecho, y no solamente Murdock, sino también Martín y Sim fueron



ESTE ARIETE LO HUNDE TODO

El castillo de Trelingar.

arrestados. Así, aunque desde 1870, ninguna evicción podía efectuarse sin una indemnización para los labradores expulsados, habían perdido el beneficio de esta ley.

En la granja no se podía dar á la abuela cristiana sepultura.

Era preciso conducirla al cementerio. Sus dos nietos la llevaron seguidos de Martín, de Martina y de Kitty que llevaba á su hija en brazos, y en medio de los constables y agentes.

El fúnebre cortejo tomó el camino de Limerick.

¡Jmaginad cosa más triste, más lamentable que este cortejo de toda una familia prisionera, acompañando el cadaver de una pobre vieja!

Hormiguita, que había conseguido dominar su espanto, recorría las habitaciones devastadas donde estaban los restos de los muebles, llamando siempre..... y nadie..... nadie...

¡He aquí en qué estado se encontraba aquella casa, donde habían transcurrido los únicos años dichosos de su vida, aquella casa, á la que se sentía unido por tantos lazos, que una suprema catástrofe acababa de romper!

Pensó entonces en su tesoro; en los guijarros que marcaban el número de los días transcurridos desde su llegada á Kerwan... Buscó la olla... La encontró intacta en un rincón.

¡Ah, aquellos guijarros! *Hormiguita* sentado en el marco de la puerta quiso contarlos... Había mil quinientos cuarenta.

Esto representaba los cuatro años y ochenta días, desde el 20 de Octubre de 1877 al 7 de Enero de 1882, pasados en la granja.

Y, al presente, era preciso abandonarla, era preciso tratar de reunirse con la familia que había sido la suya.

Pero antes de partir, *Hormiguita* formó un paquete de su ropa que encontró en un cajón medio roto. Después, en mitad del patio, hizo un agujero al pie del abeto plantado el día del nacimiento de su ahijada, y enterró la olla que contenía los guijarros.

Después de dar un último adiós á la casa en ruina, se lanzó al camino, negro ya por las sombras del crepúsculo

IV

Sus señorías.

Lord Piborne, sin perder nada de la corrección de sus modales, levantó los diversos papeles depositados sobre la mesa de su gabinete; barajó los periódicos esparcidos aquí y allí; acarició los bolsillos de su bata de peluche amarillo, y, volviéndose, acentuó su gestecillo de malhumor.

De esta aristocrática manera, sin otra contracción en los músculos de su rostro, era como su señoría manifestaba ordinariamente sus más vivas contrariedades.

Inclinóse sobre la mesa, cubierta de un tapiz con ancha cenefa. Alzándose después, se dignó oprimir el botón de un timbre en el ángulo de la chimenea.

Casi enseguida, John, el ayuda de cámara, apareció en la puerta y se detuvo en ella.

—Mirad si mi cartera se ha caído bajo la mesa—dijo lord Piborne.

John se inclinó, y levantando el tapiz volvió á alzarse con las manos vacías.

La carteta de su señoría no se encontraba allí.

Segundo fruncimiento de cejas de lord Piborne.

—¿Dónde está lady Piborne?—preguntó.

—En sus habitaciones—respondió el ayuda de cámara.

—¿Y el conde Ashton?

—Pasea en el parque.

—Presentad mis cumplimientos á su señoría lady Piborne, diciéndola que desearía tener el honor de hablarla lo más pronto posible.

John volvióse derecho;—un criado bien educado no se puede inclinar en el servicio —y salió del gabinete con paso mecánico para cumplir las órdenes de su amo.

Su señoría lord Piborne tiene cincuenta años, (cincuenta años más que unir á algunos siglos que cuenta su egregia familia, virgen de todo lo que pudiera desmentir su nobleza.) Miembro respetable de la alta Cámara, echa de menos los antiguos privilegios feudales, los tiempos de las rentas y dominios, las prácticas de los altos Justicias, sus antecesores, los homenajes que les rendían sin distinción. Es Marqués, su hijo Conde. Los Barones, caballeros y otros de orden inferior, apenas sí, en su opinión, tienen derecho á figurar en la verdadera nobleza. Alto, delgado, con mirada desdeñosa, palabra escasa y poca, lord Piborne representa el tipo de esos gentiles hombres envueltos en sus viejos pergaminos, y que, afortunadamente, tienden á desaparecer hasta en ese aristocrático reino de la Gran Bretaña y de Irlanda.

Conviene observar que el Marqués es de origen inglés, y la Marquesa de origen escocés. Sus señorías están hechos uno para otro, bien resueltos á no descender de su rango, y destinados á dejar una sucesión de especie superior. ¿Qué queréis? Se figuran, sin duda, que Dios se pone guantes para recibirlos en su santo paraíso.

Abrióse la puerta, y como si se tratara de la entrada de una alta dama en los salones de recepción, el ayuda de cámara anunció:

—Su señoría lady Piborne.

La Marquesa—cuarenta años confesados —alta, delgada, angulosa, con el cabello peinado en bandas, la nariz aristocrática,

el cuerpo liso, los hombros delgados, jamás debió ser hermosa; pero en lo que toca á la corrección de modales y al respeto á las tradiciones y privilegios, no la pudo escoger mejor lord Piborne.

John avanzó un sillón, sobre el que se sentó la Marquesa, retirándose el primero.

El noble esposo se expresó en estos términos:

—Me excusaréis, Marquesa, si os he suplicado abandonáseis vuestras habitaciones para venir á mi gabinete.

No hay que asombrarse de que sus señorías hablasen tan ceremoniosamente hasta en sus conversaciones privadas. Esto es de buen tono. Jamás se rebajarian hasta el punto de hablar de esa manera familiar que Dickens ha llamado "el *perrucobalivernage*.„

—Estoy á vuestras órdenes, Marqués— respondió lady Piborne. —¿Qué pregunta deseáis dirigirme?

—Esta, Marquesa, solicitando que llaméis vuestro recuerdo.

—Os escucho.

—Marquesa, ¿no hemos partido del castillo ayer, hacia las tres de la tarde, para volver á Newmarket, á casa de M. Laird, nuestro abogado?

—En efecto... ayer... por la tarde — respondió lady Piborne.

—Si no recuerdo mal, el conde Ashton, nuestro hijo, nos acompañaba en la carretela.

—Sí, Marqués, ocupaba un sitio delante.

—Los dos ayudas de cámara, ¿no iban detrás?

—Sí, como es justo.

—Esto dicho, Marquesa — continuó lord Piborne, aprobando con un ligero movimiento de cabeza — ¿recordáis, sin duda, que yo llevaba una cartera que contenía papeles relativos al proceso conque se nos amenaza por la parroquia?

—Proceso injusto que tiene la insolencia de intentar — añadió lady Piborne, acentuando esta frase con entonación muy significativa.

—Esta cartera no sólo encerraba papeles importantes, sino una suma de cien libras, destinada á nuestro abogado.

—Vuestros recuerdos son exactos, Marqués.

—Vos sabéis, Marquesa, cómo han pasado las cosas. Hemos llegado á Newmarket sin haber abandonado el coche. M. Laird nos ha recibido en el umbral de su casa. Le he mostrado los papeles y he ofrecido depositar el dinero en sus manos. Nos ha respondido que por el instante no tenía necesidad de unos ni de otros, añadiendo que se propone venir al castillo cuando llegara el tiempo de oponerse á las pretensiones de la parroquia...

— Pretensiones odiosas, que, en otro tiempo, serían consideradas como atentatorias á los derechos señoriales...

Y empleando estos términos tan precisos, la Marquesa no hacía más que repetir una frase de la que lord Piborne se había varias veces servido en su presencia.

—Síguese de aquí—continuó el marqués —que yo he conservado mi cartera, que hemos vuelto al carruaje, que hemos vuelto al castillo hacia las siete, cuando empezaba á anochecer.

La noche era obscura; estábase entonces en la última semana de Abril.

—Pues — continuó el Marqués — esa cartera que he traído, lo puedo asegurar, en el bolsillo izquierdo de mi abrigo, me es imposible encontrarla.

—Tal vez la habréis puesto al entrar sobre la mesa de vuestro gabinete.

—Lo creía así, Marquesa, pero he buscado en vano entre mis papeles.

—¿No ha entrado nadie aquí desde ayer?

—Sí, John, el ayuda de cámara, del que no hay que sospechar.

—Siempre es prudente sospechar de todos — respondió lady Piborne.

—¿Sería posible que esa cartera hubiera quedado en el coche?

—El lacayo lo hubiera notado, y á menos que no creyera poder aprovecharse de esa suma de cien libras...

—Yo haría, en rigor, el sacrificio de las cien libras—dijo lord Piborne,—pero esos papeles que constituían mi derecho frente á la parroquia...

—¡La parroquia!—replicó lady Piborne.

Y se comprendía que el castillo hablaba por su boca, relegando á la parroquia al grado ínfimo de un vasallo cuyas reivindicaciones eran tan deplorables como irrespetuosas.

—De modo—dijo—que si perdemos ese pleito contra toda justicia...

—Y le perderemos, sin duda—afirmó lord Piborne,— á falta de poder reproducir esas actas.

—¿La parroquia entraría en posesión de esos miles de ácres de bosques que confinan con el parque y forman parte de los dominios de los Piborne desde los Plantagenet?

—Sí, Marquesa.

—¡Eso sería abominable!

—Abominable como todo lo que amenaza á la propiedad feudal en Irlanda, como esa reivindicación de los *home-rulers*, esa retrocesión de las tierras á los campesinos, esa rebelión contra el landlordismo! ¡Ah, vivimos en una época singular, y si el lord lugarteniente no pone orden, haciendo prender á los principales jefes de la liga agraria, no sé como acabarán estas cosas!

En este momento se abrió la puerta del gabinete, y un joven apareció en el umbral.

—¡Ah! ¿sois vos, conde Ashton?—dijo lord Piborne.

El Marqués y la Marquesa no se olvidaban de dar el título á su hijo, el cual hubiera creído faltar á todos los deberes que su nacimiento le imponía si no hubiera respondido:

—Os deseo felices días, milord, padre mío.

Después avanzó hacia su madre, á la que besó ceremoniosamente la mano.

Este joven gentleman, de catorce años de edad, tenía un aspecto regular de una extraña insignificancia, y una fisonomía que ni con los años debía de ganar ni en vivacidad ni en inteligencia.

Era el natural producto de un Marqués y una Marquesa atrasados dos siglos, refractarios á todos los progresos de la vida moderna, verdaderos *torys* (1) de la época anterior á Cromwell, dos tipos irreductibles. El instinto de la raza hacía de este joven un Conde hasta la punta de las uñas, y que los servidores del castillo estuvieran enseñados á satisfacer sus menores caprichos. En realidad, no poseía ninguna de las cualidades de su edad, ni la viveza de corazón, ni el entusiasmo de la juventud.

Era un señorito acostumbrado á no ver más que inferiores entre los que le rodeaban; poco caritativo con los pobres, y muy instruído ya en asuntos de sport, equitación, caza, carreras, juegos; pero de una ignorancia casi completa, no obstante la media docena de maestros que habían aceptado el inútil cargo de instruirle.

El número de esos jóvenes gentleman de elevado nacimiento, destinados á ser un día perfectos imbéciles, de una perfecta distinción, tiende á disminuir. Sin embargo, existen todavía, y el conde Ashton Piborne era uno de ellos.

Se le expuso la cuestión de la cartera. El recordaba que milord, su padre, tenía la dicha cartera en la mano en el instante en que abandonaba la casa del abogado, y que la había colocado no en el bolsillo de su abrigo, sino en uno de los almohadones detrás de él, al partir de Newmarket.

—¿Estáis seguro de ello?—preguntó la Marquesa.

—Sí, milady; y no creo que la cartera haya podido caer del coche.

—De eso resulta—dijo lord Piborne—que allí se encontraba todavía cuando llegamos al castillo.

—De donde será preciso deducir que ha sido sustraída por alguno de los criados—añadió lady Piborne.

Esta fue la opinión del conde Ashton. No tenía la menor confianza en aquellos criados que son espías cuando no ladrones—las dos cosas frecuentemente—y á los que se debía tener el derecho de castigar como en otra época á los siervos de la Gran Bretaña.—¿De dónde sacaba que la Gran Bretaña había tenido nunca esclavos?—Su gran disgusto era que el Marqués y la Marquesa no hubiesen puesto un ayuda de cámara á su servicio particular, ó al menos un groom.

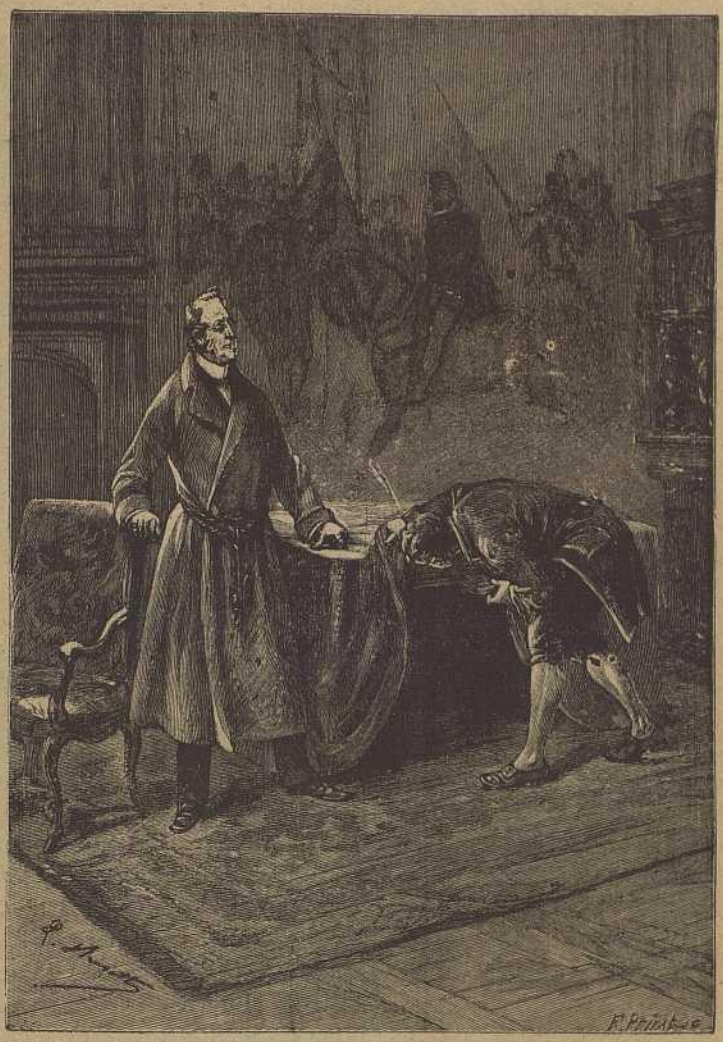
Esto era hablar, y para hablar de tal modo, reconozcamos que era preciso tener verdadera sangre de los Piborne en las venas.

La conclusión de todo fue que la cartera había sido robada, y que el ladrón no era otro que uno de los criados, que convenía informarse del caso, y que aquéllos sobre los que pesare la menor sospecha, serían entregados al constable, toda vez que lord Piborne no tenía el derecho de alta y baja justicia.

El conde Ashton oprimió el botón del timbre, y algunos instantes después el intendente se presentaba ante sus señorías.

Un verdadero tipo de mogigato, M. Scarlett, el intendente de lord Piborne, era uno de esos individuos aduladores y astutos, que

(1) Palabra irlandesa que en su origen significa bandido, ladrón, salteador de caminos; pero que después se aplicó en Inglaterra á cada uno de los partidarios de Carlos II, y en el día es nombre genérico de todo el partido realista de aquella nación y el opuesto al *whig*. N. del T.)



John levantó el tapiz.

se hacía el santo, y era cordialmente detestado por toda la servidumbre del castillo. De maneras almibaradas y cara hipócrita, almibarada é hipócritamente trataba á sus inferiores, sin cólera, sin arrogancia, acariciándoles con las garras.

En presencia de los Marqueses y del conde Ashton tenía el aire modesto de un bedel parroquial.

Se le puso al tanto del asunto. La cartera, sin duda, había sido depositada en los almohadones del carruaje, y se hubiera debido encontrar allí.

Esta fue la opinión de M. Scarlett, puesto que era la de lord y lady Piborne. A la llegada del coche, cuando él esperaba respetuosamente junto á la portezuela, la obscuridad le había impedido ver si la cartera estaba colocada en el lugar indicado por el Marqués.

Tal vez M. Scarlett iba á indicar la posibilidad de que dicha cartera hubiera caído en el camino. Pero se abstuvo de ello. Hubiera sido una falta de cuidado de lord Piborne. Guardándose, pues, de formular su sospecha, contentóse con hacer observar que la cartera debía contener papeles de gran valor. ¿No era esto claro... si pertenecía... si tenía el honor de pertenecer á tan alto personaje?

—Es evidente que ha sido sustraída— afirmó este último.

—Un robo, si su señoría me lo permite— añadió el intendente.

—Sí; un robo, M. Scarlett, y no solamente de una cantidad bastante considerable,

sino de los papeles en que se prueban los derechos de nuestra familia en el asunto de la parroquia.

Y quien no ha visto la fisonomía del intendente, á la idea de que la parroquia osaba disputar esos derechos á la noble casa de los Piborne—abominación que no hubiera sido posible en los tiempos en que los privilegios del nacimiento eran universalmente respetados;—quien no ha observado la actitud indignada de M. Scarlett, el temblor de sus manos medio levantadas al cielo, sus ojos bajos, no es posible imagine á qué grado de perfección puede llegar un gazmoño en el arte de los gestos.

—Mas si el robo ha sido cometido...—dijo al fin.

—¿Cómo si ha sido cometido?—replicó la Marquesa secamente.

—Escúseme su señoría—se apresuró á añadir el intendente.—Quiero decir... puesto que ha sido cometido, no ha podido ser...

—Más que por alguno de nuestros criados—dijo el conde Ashton blandiendo el látigo que tenía en la mano, de un modo feudal.

—¡Señor Scarlett—dijo el conde Piborne—convendrá comenzar una información á fin de descubrir los culpables, y bajo la fe de un *affidavit* (1), requerir la intervención de la justicia, puesto que no nos es permitido ejercerla en nuestro propio dominio.

—Y si con la información nada se consigue, ¿qué partido tomará su señoría?

—¡Todos los criados del castillo serán despedidos, M. Scarlett! ¡Todos!

Y el intendente se retiró al mismo tiempo que la Marquesa regresaba á sus habitaciones y el conde Ashton iba á reunirse con sus perros al parque.

M. Scarlett se ocupó del asunto. No tenía duda para él que la cartera había caído del coche en el trayecto de Newmarket al castillo. Esto era evidente, aunque indicase el abandono del noble lord. Mas puesto que sus dueños exigían que él hiciese constar un robo, que descubriese un ladrón, le descubriría aunque tuviese que meter en un sombrero los nombres de todos los criados y hacer responsable del crimen al primero que saliese.

Lacayos, ayudas de cámara, mujeres del servicio, cocinero, cocheros, mozos de cuadra, comparecieron ante el intendente. Claro es que ellos protestaron de su inocencia, y aunque M. Scarlett tuviese ya su opinión formada en el asunto, los hizo malévolas insinuaciones, amenazándoles con entregarlos á los constables si la cartera no parecía No solamente había sido robada una suma de cien libras, sino que los ladrones habían igualmente sustraido un acta auténtica que establecía los derechos de lord Piborne en el proceso pendiente. ¿Y por qué algún criado no hubiera podido hacer traición á su amo en provecho de la parroquia? Pues bien; como se le echase la mano encima, podía considerarse muy dichoso de ser llevado á las penitenciarías de la isla Norfolk... Lord Piborne era poderoso, y robar á un señor como él, era tanto como robar á un miembro de la real familia.

M. Scarlett habló de esta suerte á todos los que sufrieron su interrogatorio. Desgraciadamente ninguno confesose autor del crimen, y después de haber acabado su minuciosa información, el intendente se apresuró á manifestar á lord Piborne que no había producido resultado alguno.

—Esas gentes se entienden—declaró el Marqués...—y quién sabe si no se han repartido el producto del robo!

—Creo que su señoría tiene razón—respondió M. Scarlett.—A todas las preguntas que les he hecho han respondido de idéntica manera. Esto demuestra de un modo suficiente que hay una unión entre ellos.

—¿Habéis visitado sus cuartos, sus armarios, sus baules, Scarlett?

—Aún no. Su señoría comprenderá que yo no podría hacerlo eficazmente sin la presencia del constable.

—Es justo—respondió lord Piborne.—Enviad, pues, un hombre á Kanturk, ó mejor, id vos mismo. Espero que nadie podrá abandonar el castillo antes del fin de la información.

—Las órdenes de su señoría serán cumplidas.

—El constable no descuidará traer algunos agentes con él.

—Le transmitiré el deseo de su señoría, y le satisfará.

—Iréis también á prevenir á mi abogado M. Laird, á Newmarket, que quiero hablar con él de este asunto, y que le espero aquí.

(1) Atestado bajo juramento ó exposición escrita. (N. del A.)

—Será prevenido hoy mismo.

—¿Partís?

—Al instante. Antes de esta noche estaré de vuelta.

—¡Bien!

Esto pasaba en la mañana del 29 de Abril. Sin decir á nadie lo que iba á hacer en Kanturk, M. Scarlett ordenó que le ensillaran uno de los mejores caballos, y se preparaba á montar en él, cuando el sonido de una campana se dejó oir en la puerta de servicio junto á la habitación del conserje.

Abrióse la puerta, y un niño como de unos diez años apareció en el umbral.

Era *Hormiguita*.

V

Durante cuatro meses.

La provincia de Munster posee el condado de Cork, que está limítrofe de los condados de Limerick y de Kerry. Ocupa la parte meridional entre la bahía de Bantry y Youghal-Haven. Tiene por capital á Cork, y por principal puerto sobre la bahía de este nombre, el de Queenstown, uno de los más frecuentados de Irlanda.

Este condado tiene diversas líneas férreas; la una de ellas por Mallow y Killarney, sube hasta Tralèe. Un poco encima en la porción de vía que se extiende por el lecho del río de Blackwater, á seis kilómetros al Sur de Newmarket, se encuentra el pueblo de Kanturk, y más lejos, á dos kilómetros, el castillo de Trelingar.

Este magnífico dominio pertenece á la antigua familia de los Piborne. Abraza cien mil ácres; las mejores tierras de Irlanda; forman de quinientas á seiscientas granjas, cuya importante explotación vale al landlord los alquileres más elevados de la región. El marqués de Piborne, es, pues, muy rico con esto, sin contar otras rentas que proceden de las propiedades de la Marquesa en Escocia. Se coloca su fortuna entre las más considerables del país.

Si lord Rockingham no había jamás ido á visitar sus tierras del condado de Kerry, no podía lord Piborne ser acusado de ausencia. Después de una residencia de tres ó cuatro meses, ya en Edimburgo, ya en Londres, venía regularmente á instalarse desde Abril hasta Noviembre á Trelingar-Castle.

Un dominio de esta extensión comprende necesariamente un gran número de colonos. La población agrícola que vivía sobre las tierras del Marqués, era suficiente para llenar toda una ciudad.

De que los campesinos de Trelingar-Castle no estuviesen regidos por un John Eldon, por cuenta de un duque de Rockingham, y oprimidos por un Harbert, por cuenta de un John Eldon, no hay que deducir que fuesen tratados de mejor manera; solamente que las cosas se hacían más dulcemente. Sin duda el intendente Scarlett les perseguía con rigor por causa de la falta de pago de alquileres, y les arrojaba de sus casas; pero lo hacía á su modo, mostrando pena, entristeciéndose al pensamiento de que iban á quedar desprovistos de todo abrigo, privados de pan, asegurándoles que aquellas evicciones destrozaban el corazón de su dueño. Los pobres no eran menos echados fuera, y no era probable que sintiesen ningún consuelo al pensar en que esto causaba tanta pena á sus señorías.

El castillo databa de unos tres siglos, habiendo sido edificado en tiempo de los Stuardos; su construcción se remontaba, pues, á la época de los Plantagenet, tan queridos de los Piborne.

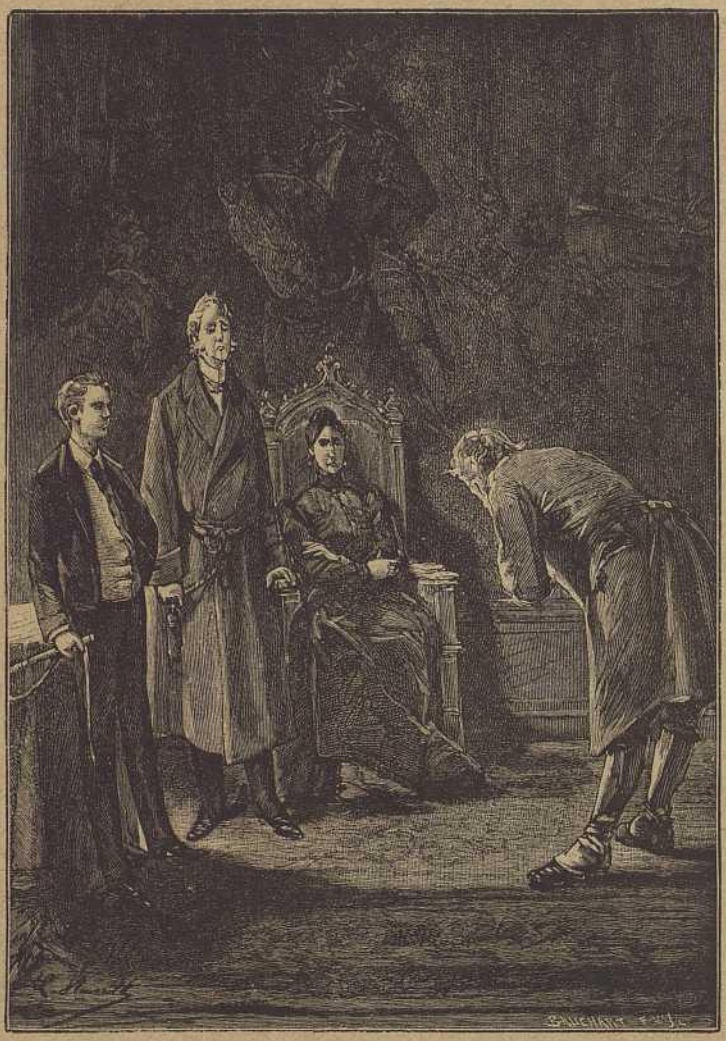
Su propietario actual había hecho algunas reparaciones en el exterior, á fin de darle un aspecto feudal, estableciendo almenas, buardas, atalayas, y sobre un foso lateral un puente levadizo, que no se levantaba, y un rastrillo, que jamás se bajaba.

En el interior había espaciosas habitaciones más confortables que las del tiempo de Eduardo IV ó de Juan Sin Tierra. Era una nota de modernismo que debían tolerar los personajes, en el fondo muy cuidadosos de sus comodidades.

A los lados del castillo se elevaban los anejos, cuadras y edificios del servicio. Delante un vasto patio, plantado de soberbias hayas, y flanqueado por dos pabellones, que separaba una verja monumental, uno de los cuales, el de la derecha, servía de habitación al conserje, ó mejor dicho, al portero.

A la puerta de este pabellón era á la que acababa de llamar nuestro heroe, en el momento en que la verja se abría para dar paso al intendente Scarlett.

Unos cuatro meses han transcurrido desde el inolvidable día en que el hijo adoptivo

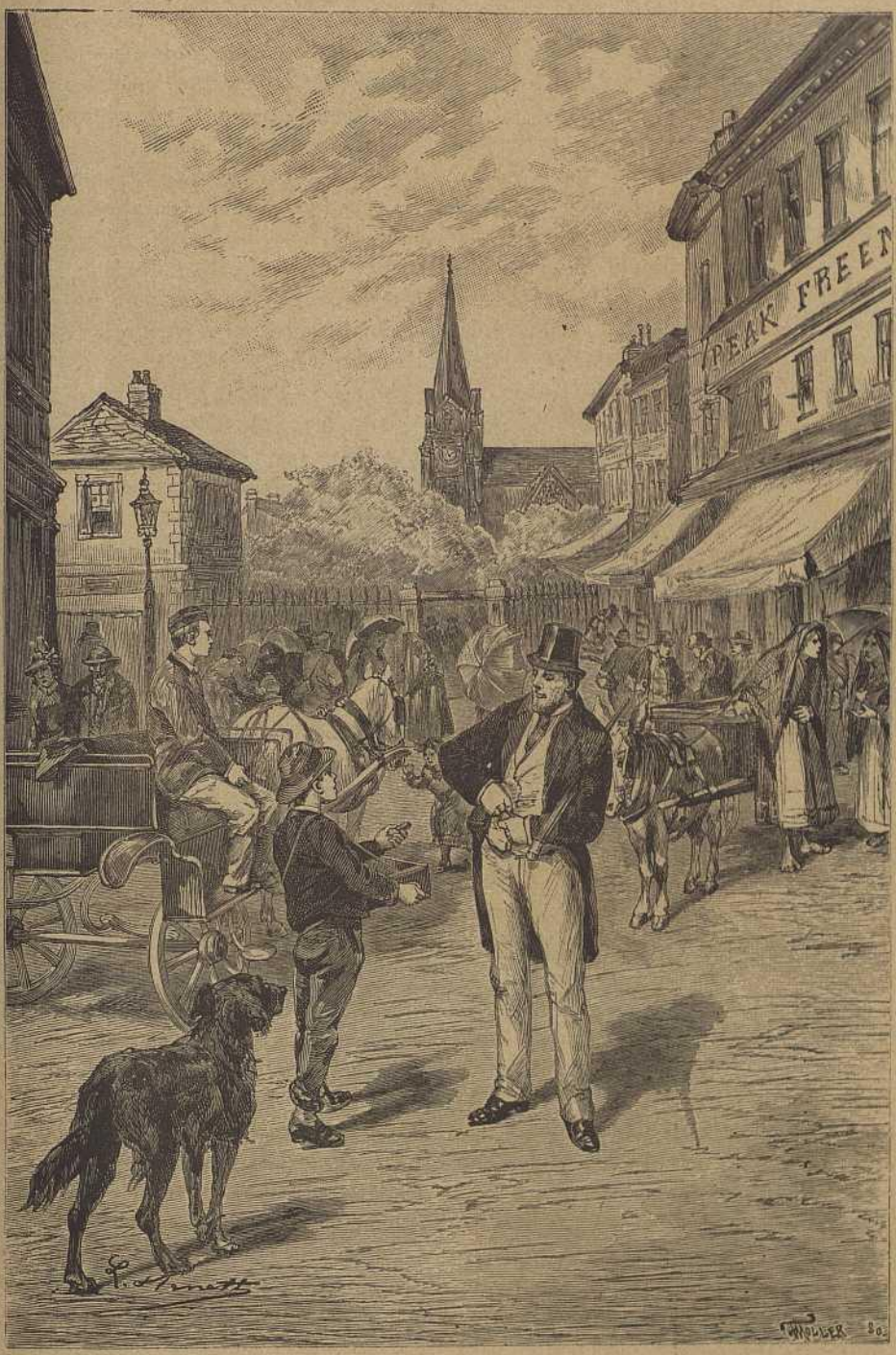


—Que su señoría me excuse.

de la familia Mac Carthy había abandonado la granja de Kerwan. Algunas líneas bastarán para decir lo que había sido de él en este período de su existencia.

Cuando *Hormiguita* abandonó la casa en ruinas, hacia las cinco de la tarde, la noche caía ya. No habiendo encontrado ni á Martín ni á los suyos en el camino que conducía á Tralèe, tuvo primero la idea de dirigirse á Limerick, donde sin duda los constables tenían orden de conducir á sus prisioneros. Volver á encontrar á la familia Mac Carthy, y unirse á ella á fin de participar de su suerte, parecía lo más indicado. ¿Que no tenía edad ni fuerza para ganar dinero con su trabajo? Alquilaría sus brazos sin pena.... A los diez años ¡qué podía esperar! Pero más tarde, cuando ganara buen jornal, éste sería para sus padres adoptivos; y más tarde aún, hecha su fortuna — él sabría hacerla — les ayudaría y les volvería el bienestar de que había disfrutado en la granja de Kerwan.

Entre tanto, en aquel camino desierto, en plena región devastada por la miseria, abandonado de aquellos á quienes él no podía alimentar, perdido en medio de una obscuridad glacial, jamás se había sentido tan solo. A su edad es raro que los niños no tengan un lazo que les una á algo, sino á una familia, á lo menos á un establecimiento de caridad que les recoge y educa. Pero él no era más que una hoja arrancada y que rodaba por el camino. Hoja que va donde el viento la lleva, hasta que no es más que polvo. No. Nadie hay que tenga compasión



"Some light."

de él. Si no encuentra á los Mac Carthy no sabe qué hacer. ¿Dónde va á buscarles? ¿A quién preguntar por ellos? ¿Y si se deciden á abandonar el país, admitiendo que no estén presos, y si emigran, como tantos otros de sus compatriotas al Nuevo Mundo?...

Nuestro heroe decidió, pues, m rchar en dirección á Limerick, al través de la llanura, blanca por la nieve. La temperatura glacial no hubiera sido soportable de soplar algo de viento; mas la atmósfera estaba en calma, y el menor ruido se hubiera oído desde muy lejos. Anduvo así durante dos millas, sin encontrar alma viviente, á la ventura, pues jamás se había arriesgado en esta parte del condado, donde nacían las primeras ramificaciones de las montañas. Adelante los macizos de abetos hacían el horizonte más obscuro.

En este sitio, *Hormiguita*, ya muy fatigado de su viaje á Tralèe, sintió que las fuerzas iban á faltarle: sus piernas flaqueaban. Y sin embargo, no quería, no... no quería detenerse, y arrastrándose trabajosamente, llegó á andar otra media milla. Hecho este último esfuerzo, cayó á lo largo de una escarpa, plantada de altos árboles, de cuyas ramas pendían festones de hielo.

Había allí un cruzamiento de dos caminos, de forma que si hubiera sido capaz de levantarse *Hormiguita*, no sabría qué dirección tomar.

Extendido sobre la nieve, con los miembros helados, todo lo que pudo hacer en el momento en que sus ojos se cerraban y el sentimiento de las cosas se extinguía en él, fue gritar:

—¡Socorro! ¡A mí!

Casi en seguida, lejanos ladridos atravesaban el aire seco y frío de la noche. Después se acercaron, y un perro apareció en la vuelta del camino, olfateando, la lengua pendiente y los ojos brillantes como los de un gato.

En cinco ó seis saltos llegó al niño. No era para devorarle sino para calentarle, echándose á su lado.

No tardó *Hormiguita* en recobrar sus sentidos. Alzó los ojos y sintió que una lengua cálida y acariciadora lamía sus heladas manos.

—¡Birk!—murmuró.

Era Birk, su único amigo, su fiel compañero en la granja de Kerwan.

Le devolvió sus caricias buscando calor entre las patas del animal. Esto le reanimó. Se dijo que no estaba solo en el mundo. Los dos se pondrían en busca de la familia Mac Carthy. Indudablemente Birk la había querido acompañar después de su evicción; ¿pero por qué había vuelto? ¿Sin duda los agentes le habían arrojado á pedradas ó á bastonazos? En efecto; eso había sucedido, y Birk, brutalmente repelido, había vuelto á la granja. Ahora él sabría encontrar las huellas de los constables. *Hormiguita* no tendría más que fiarse en el instinto del perro para reunirse con M. Mac Carthy.

Se puso á hablar con Birk como lo hacía durante largas horas en los prados de Kerwan. Birk respondió á su modo, dando pequeños ladridos, que no era difícil comprender.

—Vamos, perro mío—dijo el niño,—vamos.

Y Birk se lanzó sobre uno de los caminos, precediendo á su joven amo.

Mas sucedió que Birk, recordando haber sido maltratado por los de la escolta, no quiso tomar el camino de Limerick, y siguió el que limita el condado de Kerry y conduce á Newmarket, uno de los pueblos del condado de Cork. Sin saberlo, *Hormiguita* se alejaba de la familia Mac Carthy, y cuando llegó el día, extenuado de fatiga y de necesidad, se detuvo para pedir asilo y alimento en una posada, á unas doce millas al S. E. de la granja.

Hormiguita tenía en su bolsillo lo que quedaba de la guinea cambiada en casa del boticario de Tralèe; una gran suma, quince shillings.

No se va muy lejos con esto cuando son dos los que tienen que alimentarse; hasta economizando lo más posible, no gastando más que algún pence por día. Esto es lo que hizo nuestro heroe; y después de parar veinticuatro horas en la posada, no habiendo tenido por habitación más que un granero, y por alimento más que patatas, volvióse á poner en camino con Birk.

A las preguntas relativas á los Mac Carthy, el posadero había respondido negativamente, pues no había oído hablar de tal familia. Y en verdad, las evicciones habían sido demasiado frecuentes aquel invierno para que la atención pública fuese atraida por las tristes escenas de la granja de Ker-

wan. *Hormiguita* continuó caminando tras Birk en dirección á Newmarket.

Se adivina su existencia durante cinco semanas hasta la llegada á este pueblo. ¡Jamás pidió limosna, jamás! Su natural orgullo, el sentimiento de su dignidad, no habían decaído en estas nuevas pruebas. No era mendigar el recibir el pan ó las legumbres que algunos le daban para aumentar las raciones compradas por él en las posadas, como tampoco que pagase un penny por lo que valía dos; y así caminaba, participando con Birk su almuerzo, acostándose los dos en las granjas, sufriendo el hambre y el frio, economizando lo más posible el resto de la guinea.

En algunas ocasiones pudo trabajar. Durante quince días estuvo en una granja al cuidado del ganado por ausencia del pastor. No se le pagaba, pero su perro y él tenían alojamiento y comida. Acabada su tarea partió. Algunos recados que llevó de un pueblo á otro le valieron algunos shillings. La desgracia era que no contaba con un trabajo constante. Estaba en la mala época, esa en que los brazos no encuentran ocupación, ¡y la miseria era tan grande en aquel invierno!...

Además, *Hormiguita* no había renunciado á reunirse con la familia Mac Carthy, aunque nada supiera de ella. Marchando al azar, no sabía si se aproximaba ó se alejaba de ella. ¿A quién podría dirigirse que le diera noticias? En una ciudad, en una verdadera ciudad se informaría.

Su único temor consistía en que al verle solo, abandonado, sin protector á su edad, se le tomase por un vagabundo y se le encerrase en alguna *Ragged-School*. No. ¡Todas las asperezas de la vida errante mejor que entrar en uno de esos vergonzosos antros! ¡Y además, esto hubiera sido separarle de Birk! ¡Nunca!

—¿No es verdad, Birk—decía, atrayendo la gruesa cabeza de su perro sobre sus rodillas,—no podríamos vivir el uno sin el otro?

Y, efectivamente; el noble animal le respondía que esto era imposible.

Después de Birk, su pensamiento iba hacia su antiguo compañero de Galway, y se preguntaba si Grip estaría como él, sin fuego y sin lecho. ¡Ah! si se encontrasen le parecía á él que hubiesen hecho su negocio. También recordaba á aquella buena Sissy, de la que ninguna noticia había tenido desde que abandonó la choza de la Hard. Sissy debía ser una joven de catorce á quince años. A esta edad se está en condiciones de ganarse la vida, muy rudamente, cierto, pero se gana. Cuando él tuviera esta edad encontraría ocupación... Fuese como fuese, Sissy no había podido olvidarle. Todos estos recuerdos de su primera infancia volvían á él con una sorprendente intensidad; los malos tratamientos de la Hard, las crueldades de Thornpipe... Y entonces, comparando unos tiempos con otros, y viéndose ahora sólo y libre, se sentía menos inclinado á quejarse que en aquella época maldita.

Sin embargo, recorriendo los caminos del condado, pasábanse los días y la situación no mejoraba. Por fortuna, el mes de Febrero no fue riguroso aquel año, y los indigentes no sufrieron un frío escesivo. El invierno avanzaba. Había motivo para esperar que la época de las labores y de las siembras de la primavera no se retrasarían. Los trabajos del campo podrían efectuarse en buena época. Las vacas y carneros serían enviados á los prados. ¿Obtendría *Hormiguita* trabajo en alguna granja?

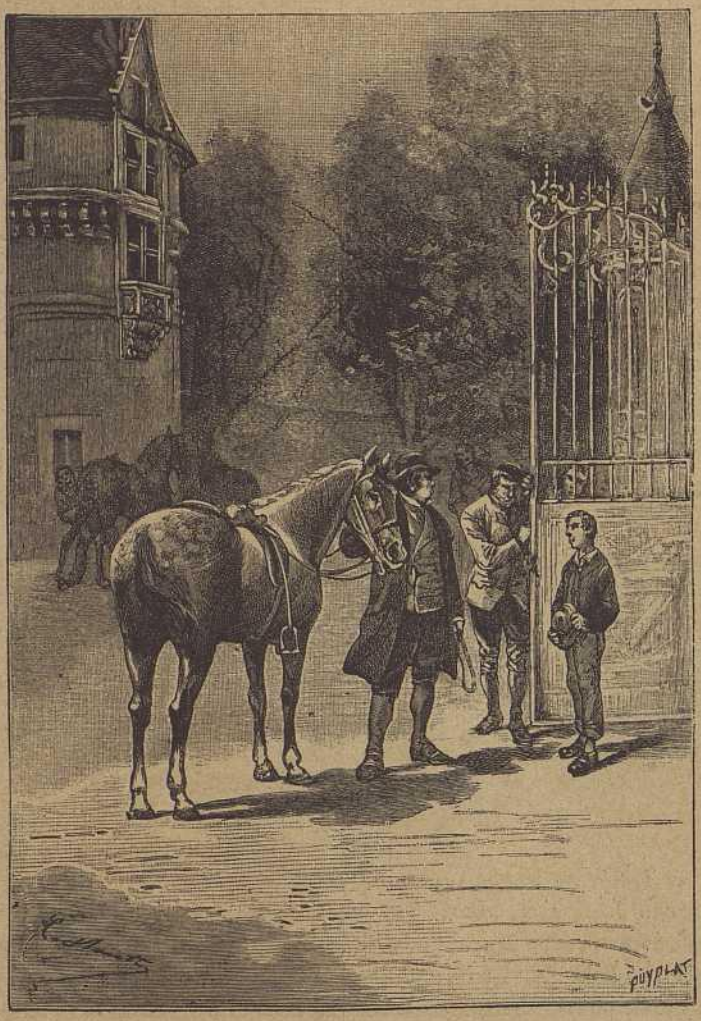
Verdad es que durante cinco ó seis semanas era preciso vivir, y de algunos shillings ganados aquí y allá, como de la guinea que constituía todo el haber de nuestro mozo, á la mitad de Febrero no quedaban más que una media docena de pences. Había economizado el alimento cuotidiano, y decimos cuotidiano, aunque ni comió una vez lo que deseaba, ni aun todos los días. Estaba muy delgado, el rostro pálido por las privaciones, el cuerpo débil por la fatiga.

Birk, enflaquecido, con la piel pegada á sus costillas salientes, no estaba mejor. Pronto se verían reducidos á los desperdicios arrojados á la calle. Sin embargo, *Hormiguita* no desesperaba. Esto era la nota constitutiva de su carácter. Conservaba tal energía, que rehusaba siempre mendigar. ¿Qué haría, pues, cuando su último penny hubiera sido entregado para comprar el último pedazo de pan?

Hormiguita no poseía más que seis ó siete pences, cuando el 13 de Marzo, Birk y él llegaron á Newmarket.

Hacía dos meses y medio que ambos seguían los caminos del condado sin haberse podido fijar en ninguna parte.

Newmarket, situado á unas veinte millas



—¿Qué quieres?

de Kerwan, no es ni muy importante, ni de mucha población. Uno de esos pueblos de los que la indolencia irlandesa no llega á hacer jamás una ciudad, y que vegetan más que progresan.

Era tal vez un disgusto que el azar no hubiera conducido á *Hormiguita* hacia Tralèe! Se sabe que la idea del mar había siempre entusiasmado al niño. El mar, ese inagotable sustento de los que tienen el valor para vivir de él. Cuando en la ciudad falta el trabajo, no faltan en el Oceano millares de navíos que le recorren sin cesar. El marino debe temer menos la pobreza que el obrero ó el labrador. Como prueba: ¿no bastaba comparar la situación de Pat, el segundo hijo de Martín Mac Carthy, con la familia arrojada de Kerwan? Y aunque *Hormiguita* se sentía más seducido por el atractivo del comercio que por el gusto de la navegación, se decía que él tenía la edad en que se puede uno embarcar en calidad de grumete. Iría más allá de Newmarket, llegaría hasta el litoral, á la parte de Cork, centro de un importante movimiento marítimo, y buscaría un enganche. Entretanto, preciso era vivir, era preciso ganar los schillings necesarios para continuar el viaje, y cinco semanas después de haber llegado á Newmarket con Birk, se encontraba aun allí.

Se recordará que su inquietud mayor provenía del temor de ser detenido como vagabundo y encerrado en algún asilo. Por fortuna sus vestidos estaban en buen estado, y no tenía la apariencia de un pobre.

Sujetándose á la capota.

La ropa blanca que tenía era suficiente, y sus zapatos habían resistido las fatigas del viaje. No tendría que ruborizarse de su traje cuando se presentase en cualquier parte.

Durante su estancia en Newmarket vivió de esos humildes oficios de los niños; recados de uno y otro, ligeros bultos que llevar, venta de cajas de cerillas que pudo comprar con media corona ganada cierto día, y de lo que gracias á su precoz instinto comercial sacó un regular beneficio.

Su fisonomía seria le hacía interesante, y los transeuntes mostrábanse dispuestos á comprarle su mercancía cuando gritaba con voz clara:

Some light sir... Some light (1).

(1) Luz, caballero; es decir, cerillas. (N. del A.)

En suma; Birk y él pasaron menos en este pueblo que en su penoso viaje por el condado. Parecía hasta que *Hormiguita* que había sabido proporcionarse algunos recursos por su inteligencia, hubiera podido permanecer en Newmarket, cuando en los últimos días de Abril, el 29, tomó bruscamente el camino que conducía á Cork.

Claro es que Birk le acompañaba, y en aquel momento el niño llevaba tres shillings y seis pences en su bolsillo.

Quien le hubiera observado desde la víspera, hubiera notado el cambio operado en su fisonomía. Presa de cierta ansiedad, miraba en torno como si sintiera el temor de ser espiado. Su paso era rápido, y poco faltó para que se pusiese á correr con toda la velocidad de sus piernas.

Daban las nueve de la mañana cuando pasó las últimas casas de Newmarket. El sol brillaba con fuego vivo. Con el fin de Abril empieza la primavera en aquellos lugares. En el campo había alguna animación. Pero nuestro joven parecía tan preocupado, que ni el arado trabajando el suelo, ni los sembradores lanzando el grano, ni los animales esparcidos por los prados, nada despertaba en él los recuerdos de Kerwan... No... caminaba derecho, llevando á su lado á Birk, pues esta vez no era el perro el que guiaba á su joven amo.

En dos horas franqueó seis ó siete millas de Newmarket á Kanturk. *Hormiguita* atravesó este pueblo sin tomar descanso alguno. Había almorzado en el camino un pedazo de pan, del que dió la mitad á su fiel Birk, y cuando se detuvo, el reloj marcaba el medio día en el torreón de Trelingar-Castle.

VI

En Trelingar-Castle.

En el momento en que se abria la puerta del pabellón, el intendente Scarlett se preparaba á franquear la verja del patio de honor para ir á Kanturk, siguiendo las instrucciones de lord Piborne. Los perros del conde Ashton, sintiendo á Birk, se pusieron á ladrar con furia.

Temiendo *Hormiguita* que de aquí resultase una lucha en la que Birk tendría la desventaja del número, le hizo seña para que se alejase, y el obediente animal fue á apostarse tras un zarzal de modo de no ser visto.

Al ver á este joven que se presentaba á la puerta del castillo, M. Scarlett le gritó que se aproximara.

—¿Qué quieres?—le dijo duramente.

Pues si el intendente se mostraba dulce con los grandes personajes, era brutal con los niños; una amable naturaleza, ¿no es cierto?

Las palabras fuertes no intimidaban al niño. Las había oído en casa de la Haid, con Thornpipe, en la *Ragged-School*.

Pero como era conveniente, se quitó su gorra avanzando hacia M. Scarlett, á quien no tomó por su señoría lord Piborne, dueño del dominio de Trelingar.

—¿Dirás lo que vienes á hacer aquí?—volvió á preguntar M. Scarlett.—Si quieres una limosna puedes despejar. No doy á los andrajosillos de tu especie, no, ni un copper.

¡Qué de palabras inútiles, en medio de las que *Hormiguita* no lograba encontrar respuesta, apartándose para evitar las huidas del caballo! Al mismo tiempo los perros por el patio continuaban su concierto de gruñidos. De aquí tal alboroto que apenas si allí se podía oir nada. M. Scarlett alzando la voz añadió:

—Te advierto que si no te vas y te encuentro en los alrededores del castillo, te llevaré por las orejas á Kanturk, donde se te meterá en el workhouse.

Hormiguita no se turbó por las amenazas que le dirigían, ni por el tono con que eran formuladas. Aprovechando un momento de calma pudo al fin responder:

—No pido limosna, señor; no la he pedido nunca.

—¿Y no la aceptarías?—dijo irónicamente el intendente.

—No, de nadie.

—Entonces, ¿qué vienes á hacer aquí?

—Deseo hablar á lord Piborne.

—¿A su señoría?

—A su señoría.

—¿Y imaginas que te va á recibir?

—Sí; pues se trata de una cosa muy importante.

—¿Muy importante?

—Sí, señor.

—¡De qué?

—Deseo no hablar de ello más que á lord Piborne.

—Pues bien; fuera de aquí. El Marqués no está en el castillo.

—Le esperaré.

—No, aquí al menos.

—Volveré.

A otro que no fuera el duro Scarlett le hubiera llamado la atención la singular tenacidad de aquel niño y el tono resuelto de sus respuestas. Se hubiera dicho que si él venía á Trelingar-Castle era un motivo serio el que allí le había conducido, prestándole una atención complaciente. Pero él, irritándose, gruñó:

—No se habla así á su señoría, lord Piborne. Yo soy el intendente del castillo. A mí es á quien debes dirigirte, y si no quieres decirme lo que te trae...

—No puedo decírselo más que á lord Piborne, y os suplico le aviseis.

—Chicuelo,—respondió Scarlett levantando el látigo—largo de aquí ó los perros te morderán las piernas... Ten cuidado.

Y sobreexcitados por la voz del intendente, los perros empezaron á acercarse.

Todo el temor de *Hormiguita* era que Birk, lanzándose fuera de su escondite, viniera en su ayuda, ó que hubiera complicado las cosas.

En este momento, á los aullidos de los perros que ladraban con furor creciente, el conde Ashton apareció en el fondo del patio y avanzó hacia la verja.

—¿Qué pasa?—preguntó.

—Un mozo que viene á mendigar.

—Yo no soy un mendigo—repitió *Hormiguita.*

—Un galopín de los caminos.

—¡Huye, villano, ó no respondo de mis perros!—exclamó el conde.

En efecto, estos animales que el jóven Piborne trataba de contener, estaban muy amenazadores.

Pero he aquí que en el umbral de la puerta central lord Piborne se mostró en toda su majestad. Notando entonces que M. Scarlett no había aún partido para Kanturk, bajó con mesurado paso las escaleras, atravesó el patio y se informó de la causa del retardo y del ruido.

—Excúseme su señoría... Es este mendigo que se empeña...

—Por tercera vez, señor, insistió con firmeza *Hormiguita*—os afirmo que no soy un mendigo.

—¿Qué quiere este mozo?—preguntó el Marqués.

—Hablar á vuestra señoría.

Lord Piborne dió un paso, tomó una actitud feudal y enderezándose dijo.

—¿Habéis venido á hablarme?

No le tuteó, aunque era un niño. Suma distinción; el Marqués no había jamás tuteado á nadie, ni á la Marquesa, ni al Conde Ashton, ni hasta á su nodriza cincuenta años antes.

—Hablad, añadió.

—El señor Marqués ha estado ayer en Newmarket?

—Sí.

—Ayer, por la tarde.

—Sí.

M. Scarlertt estaba asombrado. Aquel chicuelo interrogaba á su señoría y éste se dignaba responderle!

—Señor Marqués—añadió el niño, ¿habéis perdido una cartera?

—En efecto... y esa cartera...

—La he encontrado en el camino de Newmarket, y os la traigo.

Y tendió á lord Piborne la cartera cuya desaparición había causado tantas confusiones, autorizado tantas sospechas y comprometido tantos inocentes en Trel.ngar-Castle. Aunque fuese duro para su amor propio, la falta era de su señoría, y la acusación contra los criados caía por sí sola, y el viaje del intendente se hacía innecesario.

Lord Piborne recibió la cartera, en el interior de la cual estaban escritos su nombre y dirección, y vió que contenía los papeles y el chéque contra el Banco.

—¿Sois vos quién la ha encontrado?—preguntó.

—Sí, señor Marqués.

—¿Y sin duda la habéis abierto?

—La he abierto para saber á quién pertenecía.

—Habéis visto que había un chéque. ¿Pero tal vez no conocíais su valor?

—Un chéque de cien libras—respondió *Hormiguita* sin dudar.

—Cien libras, ¿qué valen?

—Dos mil shillings...

—¡Ah! ¿Sabéis esto, y no habéis tenido el pensamiento de apropiároslo?. .

—Yo no soy un ladrón, señor marqués—dijo orgullosamente *Hormiguita,*—como tampoco un mendigo.

Lord Piborne había cerrado la cartera, después de sacar de ella el chéque, que guardó en su bolsillo. En cuanto al joven, después de saludar, daba algunos pasos atrás, cuando su señoría le dijo, sin dejar ver, por otra parte, que aquel acto de honradez le hubiera conmovido:

—¿Qué recompensa queréis por haber traído la cartera?...

—¡Bah! Algunos shillings—dijo el conde Asthon.

—O algunos pences, es todo lo que vale —se apresuró á añadir M. Scarlett.

Hormiguita se resintió, al ver que se le regateaba cuando nada había reclamado, y dijo:

—Nada se me debe; ni pences ni shillings.

Y se dirigió hacia el camino.

—Esperad— dijo lord Piborne. —¿Qué edad tenéis?

—Bien pronto diez años y medio.

—¿Y vuestro padre... vuestra madre?...

—No tengo ni padre ni madre.

—¿Vuestra familia?

—No tengo familia.

—¿De dónde venís?

—De la granja de Kerwan, en la que he vivido cuatro años, y á la que he abandonado hace cuatro meses.

—¿Por qué?

—Porque el labrador que me había recogido ha sido arrojado por los agentes.

—¡Kerwan!—repitió lord Piborne.—Creo que pertenece á los dominios de Ruckingham.

—Su señoría no se equivoca—respondió el intendente.

—Y ahora, ¿qué vais á hacer?—preguntó el Marqués á *Hormiguita*.

—Voy á volver á Newmarket, donde hasta ahora he encontrado medios de ganarme la vida.

—Si queréis quedar en el castillo, se podrá ocuparos de un modo ó de otro.

Ciertamente la oferta era obsequiosa, pero no se imagine que fuese inspirada por el corazón de aquel altivo é insensible lord Piborne, ni que fuese acompañada de una sonrisa ó una caricia. Comprendiólo *Hormiguita*, y en lugar de responder apresuradamente, reflexionó. Lo que había visto del castillo de Trelingar le daba que pensar.

Sentíase poco atraído hacia su señoría y hacia su hijo Ashton, y nada hacia el intendente Scarlett, cuya brutal acogida le había indignado. Además tenía á Birk; si á él se le quería, de seguro que á Birk no, y jamás se hubiera resuelto á separarse de su compañero de los buenos y malos días.

Sin embargo, aquella proposición, en aquellas circunstancias, era un golpe de fortuna. Así, su razón le decía que debía aceptar, que quizás se arrepentiría de haber vuelto á Newmarket. El perro era un obstáculo, es verdad, pero ya encontraría ocasión de hablar de esto. ¿Se consentiría en admitirle aunque fuese en cualidad de perro de guarda? Además, él sería empleado con algún sueldo en el castillo, y economizando...

—Y bien, ¿te decides?—gruñó el intendente que hubiera deseado verle irse al diablo.

—¿Cuánto ganaré?—preguntó resueltamente *Hormiguita* poseído de su espíritu práctico.

—Dos libras al mes—respondió lord Piborne.

¡Dos libras al mes! Esto le pareció enorme, y en realidad era una fortuna inesperada para un niño de su edad.

—Doy las gracias á su señoría y acepto su ofrecimiento. Haré lo posible por agradarle.

Y he aquí como *Hormiguita*, admitido el mismo día en el castillo con beneplácito de la Marquesa, se vió elevado ocho días después á las eminentes funciones de groom del heredero de los Piborne.

Durante esta semana, ¿qué había sido de Birk? ¿Había su dueño osado presentarle en el patio? No, pues hubiera recibido mala acogida.

El conde Asthon poseía tres perros, á los que quería tanto casi como á sí propio. Vivir en su compañía, satisfacía sus gustos y el empleo de su inteligencia. Eran animales de raza, cuya línea se remontaba á la conquista normanda, ó por lo menos tres soberbios pointers de Escocia de mal genio. Cuando un perro pasaba por delante de la verja, preciso era que huyese pronto si no quería ser devorado por aquellas bestias, á las que el picador enseñaba á este género de canibalismo. Así, Birk, habíase contentado con andar por los anejos, esperando á que llegase la noche y el nuevo groom le trajese algo de lo que le había reservado de su propia comida. Síguese de aquí que ambos adelgazaban... ¡Bah! ¡Ya vendrían días más felices en que engordarían!

Entonces comenzó para el niño una vida muy diferente á la que había llevado. Sin hablar de los años pasados en casa de la Hard, en la *Ragged-School*, y para no establecer más comparación que su existencia en la granja de Kerwan; ¡qué cambio en su situación! Entre la familia Mac Carthy él era de la casa, y el yugo de la servidumbre no pesaba sobre sus hombros. Pero en el castillo no inspiraba más que una completa indiferencia. El Marqués le miraba como uno de esos cepillos de pobres en el que ponía dos libras al mes; la Marquesa como un animalito de antecámara, y el Conde como un juguete que se le regalaba, omitiéndose hasta la recomendación de que no le rompiera. En lo que concernía á M. Scar-

Hormiguita se dirigió al puesto de libros de la estación.

lett, atestiguaba su antipatía por molestias constantes, y no le faltaban ocasiones para proporcionárselas. Los criados se creían muy por encima de aquel niño encontrado que lord Piborne había creído deber admitir en Trelingar-Castle. ¡Qué diablo! Los criados de buenas casas tienen su orgullo; el orgullo de una posición adquirida desde largo tiempo, y no les gusta rozarse con vagabundos. Así se lo hacían sentir en los múltiples detalles del servicio y en las comidas en la sala común. *Hormiguita* no dejaba escapar una queja, y desempeñaba las obligaciones lo mejor que podía. Pero, ¡con qué satisfacción iba al cuartito que ocupaba aparte, después de haber ejecutado las últimas órdenes de su amo!

Sin embargo, encontró una mujer que se interesó por él. Era la encargada de lavar la ropa blanca en el castillo. Se llamaba Kat. Tenía cincuenta años y siempre había vivido en el dominio, donde acabaría probablemente sus días, á menos que M. Scarlett no la pusiese á la puerta, lo que ya había intentado, pues la pobre Kat no tenía la fortuna de agradarle. Un colono de lord Piborne, sir Edward Kinney, gentleman muy apreciado, afirmaba que ella había lavado en tiempos de Guillermo el Conquistador. La poca caridad de los que la rodeaban no la habia contagiado. Tenía un excelente corazón, y *Hormiguita* sintiose muy feliz de encontrar algún consuelo junto á ella.

Así, pues, cuando el Conde salía sin llevar al groom, éste y Kat conversaban. Y

cuando el niño había sido maltratado por el intendente ó por algún criado, le decía:

—¡Paciencia!...—No hagas caso de lo que dicen. El mejor de ellos no vale nada y no conozco uno solo que hubiere devuelto la cartera.

¡Tal vez Kat tenía razón y hasta es creíble que aquellas gentes poco escrupulosas mirasen á *Hormiguita* como un bobalicón, por haber sido tan honrado!

Se ha dicho que un groom era una especie de juguete que el Marqués y la Marquesa habían regalado al conde Ashton. Un juguete: la palabra es justa. Con él se divertía aquel niño caprichoso. Le daba órdenes irracionales, la mayor parte, para darle contra órdenes sin motivo. Le llamaba diez veces por hora. Le obligaba á vestirse su grande ó pequeña librea, de múltiples colores, donde había centenares de botones, como los de un rosal en primavera. Nuestro jóven parecía un guacamayo de los trópicos. Hacerle marchar tras él, á veinte pasos, con los brazos caidos sobre el pantalón, no solamente por las calles, sino por el parque, era para el vanidoso joven el colmo de la satisfacción. *Hormiguita* se sometía á esto con una puntualidad irreprochable. Obedecía como una máquina. ¡Si le hubiérais visto con los riñones corvados, los brazos cruzados sobre el pecho, de pié ante el caballo del cabriolé, esperando á que montase su amo, y después cuando el vehículo estaba en marcha, lanzarse para subir á riesgo de romperse la cabeza sujetándose á la capota! Y el cabriolé dirigido por una mano inhábil rodaba sin cuidarse del sitio por donde pasaba ni de los transeuntes! ¡Era bien conocido en Kanturk!

En fin, á condición de prestarse, sin hablar palabra á todos los caprichos de su amo, *Hormiguita* no era desgraciado. Esto duraría lo que el juguete gustara. Verdad es que con aquel joven gentleman tan mal criado, tan caprichoso, convenía esperar cambios súbitos.

Los niños acaban por fastidiarse de sus juguetes y les tiran si no les rompen. Pero *Hormiguita* estaba bien resuelto á no dejarse hacer pedazos. Además, esta situación en Trelingar-Castle no la consideraba más que como una espera. Falto de cosa mejor, la había aceptado hasta que se le presentara otra ocasión para ganarse la vida. Su ambición infantil iba más allá de las funciones de groom. Su orgullo sufría con esto. Aquella abstracción de sí mismo ante el heredero de los Piborne, al que se sentía superior, le humillaba. ¡Sí! Superior, aunque el conde Asthon recibía aun lecciones de latin, historia, etc., pues tenía maestros que procuraban llenarle de ciencia como se llena de agua un cántaro. De hecho, su latin no era más que *latín de perro*, expresión equivalente en Inglaterra á la de *latín macarrónico*, y su ciencia histórica se limitaba á lo que leía en el *Libro de Oro*, de la raza caballar.

Si *Hormiguita* ignoraba cosas tan bellas, sabía reflexionar á los diez años. Apreciaba á este hijo de familia en su justo valor, y se ruborizaba algunas veces de las funciones que desempeñaba cerca de él. ¡Ah! ¡Cuánto echaba de menos el trabajo vivificante y sano de la granja, y también su existencia en medio de los Mac Carthy de los que no había tenido noticias! Con la lavandera era con la única con quien podía abandonarse á sus impulsos. Además, bien pronto se presentó la ocasión de probar la amistad de la buena mujer.

Lugar es este de decir, que el pleito entre la parroquia de Kanturk había sido sentenciado á favor de la familia Piborne, gracias al acta llevada por *Hormiguita*. Más lo que este había hecho parecía olvidado.

Junio y Julio habían pasado. Birk mal que bien, pudo ser alimentado. Parecía comprender la necesidad de mostrar una extrema prudencia cuando rondaba por los alrededores del parque. Por otra parte, *Hormiguita* había cobrado tres veces sus dos libras mensuales, lo que formaba la gruesa suma de seis libras inscrita en su agenda en la que la columna de gastos estaba intacta.

Durante aquellos tres meses, la ocupación de lord y lady Piborne había consistido únicamente en recibir y devolver visitas á los personajes de la vecindad; y claro es, que en estas recepciones los lanlords no hablaban más que de la situación de los propietarios irlandeses. ¡Y cómo trataban de las reivindicaciones de los colonos, de las pretensiones de la liga agraria de M. Gladstone, entonces de edad de setenta y tres años; de M. Gladstone que se confesaba partidario de la libertad de Irlanda y de M. Parnell al que consideraban caritativamente la más alta potencia de la isla Esme-

ralda! Una parte del verano transcurrió así. Generalmente lord Piborne, lady Piborne y su hijo abandonaban el castillo para un viaje de algunas semanas, lo más frecuente á Escocia, á las tierras patrimoniales de la Marquesa. Por excepción, aquel año el viaje debía consistir en una excursión que las tradiciones del gran mundo imponían á los señores de Trelingar y que todavía no habían cumplido. Se trataba de admirar la región de los lagos de Killarney, y habiendo el proyecto recibido la aprobación de la Marquesa, lord Piborne fijó la partida para el 3 de Agosto.

Se equivocaba *Hormiguita* si pensó que tal excursión le dejaría algunas semanas de libertad en el castillo. Puesto que lady Piborne se hacía acompañar de su doncella Marion, y lord Piborne sería seguido de su ayuda de cámara, el Conde no podía privarse de los servicios de su groom. Y sobrevino una dificultad.—¿Qué haría de Birk? ¿Quién se ocuparía de él? ¿Quién le alimentaría?

Hormiguita se decidió á poner á Kat al corriente de la situación, y Kat se encargó de Birk.

—No tengas cuidado, hijo mío—respondióle.—Quiero á tu perro como te quiero á ti y no sufrirá nada durante tu ausencia.

Hormiguita besó á Kat en ambas mejillas y después de haberle presentado á Birk en la tarde anterior á la marcha se despidió del fiel animal.

VII

Los lagos de Killarney.

Como se había decidido, la partida se efectuó la mañana del 3 de Agosto. Los dos criados, doncella de la Marquesa y ayuda de cámara del Marqués, tomaron asiento en el interior del ómnibus, que transportaba el equipaje á la estación, distante tres millas.

Hormiguita les acompañaba á fin de vigilar más especialmente el de su joven amo, conforme á las órdenes que había recibido.

Marion y John estaban de acuerdo para dejar que se las compusiere como pudiese aquel hijo de nadie y de nada, como se le llamaba en la antecámara. El hijo de nadie se comportó inteligentemente, y el equipaje del conde Asthon fue dispuesto con sumo cuidado.

Hacia el medio día llegó el carruaje, después de haber sorteado el río Allo. Lord y lady Piborne se apearon. Como algunas personas salían de la estación para mirar á los augustos viajeros—claro es que muy respetuosamente,—el conde Asthon aprovechó la ocasión para jugar con su groom. Le llamó *boy*, siguiendo la costumbre, puesto que no se le conocía otro nombre. El *boy* avanzó hacia el coche, y recibió en pleno pecho la manta de viaje, lo que causó mucha risa á los asistentes.

El Marqués, la Marquesa y su hijo entraron en el departamento que se les había reservado en un vagón de primera clase. John y Marion se instalaron en uno de segunda, sin invitar al groom á que fuese con ellos. Este ocupó otro que estaba vacío, sin sentir disgusto alguno por hacer solo el principio del viaje.

El tren partió en seguida. Hubiérase dicho que no esperaba más que la llegada de los nobles señores de Trelingar.

Una vez ya había viajado *Hormiguita* en ferrocarril en los brazos de miss Ana Waston; pero como fue dormido todo el tiempo apenas si lo recordaba. El había visto el tren en Galway y Limerick. Hoy iba verdaderamente á realizar su deseo de ser arrastrado por una locomotora, ese poderoso caballo de acero y de cobre, que lanzaba silbidos y torbellinos de vapor.

Lo que más excitaba su admiración, no eran los coches de viajeros, sino los furgones de mercancías que la industria y el comercio expedían de una comarca á otra.

Hormiguita miraba por la ventanilla, cuyo cristal estaba bajado. Aunque el tren no iba á gran velocidad, parecíale una cosa extraordinaria aquellas casas y aquellos árboles que corrían en sentido contrario á lo largo de la vía, aquellos hilos telegráficos tendidos de un poste á otro, y sobre los cuales los despachos corren más rápidamente aún que los objetos, aquellos convoyes que el tren arrastraba y de los que no entreveía más que la masa confusa y mugidora. ¡Qué impresiones para su sensible imaginación!

Durante cierto número de millas el tren siguió la ribera izquierda del río Blackwater al través de lugares pintorescos. Hacia las dos, después de haberse detenido en algunas estaciones intermedias, hizo un alto de veinticinco minutos en la estación de Millstreet.

La noble familia no se apeó del coche-salón, al que Marion fue llamada para el servicio de su señora. John se puso junto á la portezuela á disposición de su amo. El groom recibió la orden del conde Asthon de comprarle algún libro interesante que se pudiera leer durante una ó dos horas. Se dirigió, pues, al puesto de libros de la estación, y se comprende lo perplejo que estaría. En fin, es de presumir que consultó más bien su propio gusto que el del joven Piborne. Así ¡que mala acogida tuvo cuando llegó trayendo la *Guía del viajero en los lagos de Killarney!* El heredero de Trelingar-Castle no se preocupaba de estudiar su itinerario. Iba á aquel sitio porque se le llevaba. Y la *Guía* tuvo que ser sustituída por un periódico de caricaturas insípidas con pies sin ingenio, que parecieron hacer sus delicias.

A las dos y media salieron de Millstreet. *Hormiguita* volvió á instalarse junto á la ventanilla del vagón. El tren iba entonces por una comarca montañosa, de accidentado paisaje. El tiempo era bastante claro, con un sol algo ardiente, cosa rara en Irlanda. Lord Piborne podía felicitarse de tener un período seco para su excursión. La sombrilla de la Marquesa sería más útil que su waterproof. Sin embargo, la atmósfera no estaba desprovista de cierta ligera bruma fresca, que da más encanto á las cimas, dulcificando sus contornos. *Hormiguita* pudo contemplar hacia el S. del ferrocarril los altos picos de aquella parte del condado, el Caherbarnagh y el Pass, cuya altura llega á dos mil pies. En los alrededores de Killarney es, en efecto, donde hay las mayores alturas de Irlanda. El tren no tardó en franquear el monte entre los condados de Cork y de Kerry. *Hormiguita*, que había guardado la *Guía* rehusada por su amo, seguía con interés el trazado del camino de hierro. ¡Qué recuerdos traía á su memoria el nombre de Kerry! A unas veinte millas hacia el N. habían transcurrido los más caros años de su infancia, en aquella granja de Kerwan ahora abandonada, de la que el despiadado midleman había arrojado á la familia Mac Carthy. Sus ojos se apartaron del paisaje. Era en sí mismo donde miraba, y esta dolorosa impresión duraba aún cuando el tren se detuvo en la estación de Killarney.

Era una fortuna para aquel pueblecillo—fortuna de la que participan algunas ciudades de Europa,—estár situado al borde de un magnífico lago. Tal vez á esto debe Killarney su vida facil y dichosa. Y no es por su palacio donde reside el obispo católico del condado, ni por su catedral, ni por su casa de salud, ni por sus conventos de religiosas ni por el de franciscanos, ni por su workhouse, por lo que afluyen los touristas en la buena estación. No. Si este pueblo es el punto de los excursionistas, es porque éstos son atraídos por los esplendores naturales del lago.

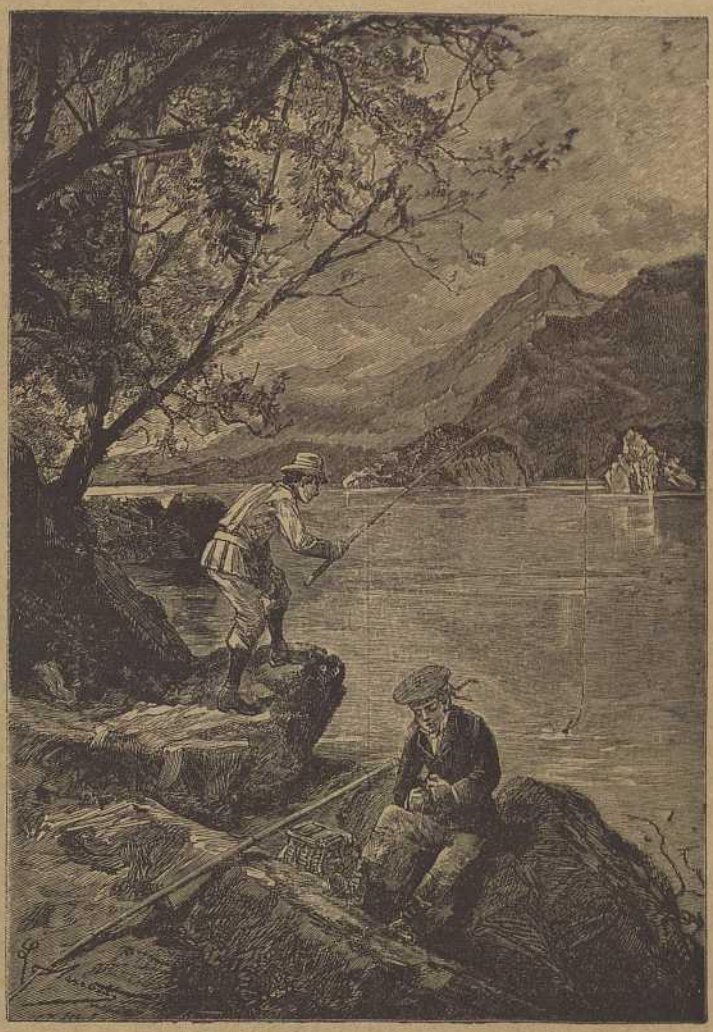
Que una conmoción geológica le suprima que vayan sus aguas á perderse en las entrañas del suelo, y Killarney se olvidará, lo que sería lamentable sobre todo para la familia Kenmare, pues dicha ciudad forma parte de un inmenso dominio de noventa mil hectáreas.

No faltan fondas, sin contar las que se levantan sobre Lough-Leane, á menos de un cuarto de milla.

Lord Piborne había buscado una de las mejores. Por desgracia este hotel estaba entonces *boycottè*. Este neologismo irlandés viene del nombre de un capitán Boycott, que habiendo reclamado la existencia de la policía para encerrar su cosecha, los obreros del país rehusaron trabajar en sus dominios. Estar puesto en cuarentena es lo que significa la palabra *boycottè*. Y si el hotel dicho la sufría entonces, era porque su propietario había procedido por evicción contra algunos de sus colonos. No había, pues, ni criados, ni cocineros, y los abastecedores no hubieran osado vender nada allí.

El Marqués y la Marquesa Piborne, decidieron quedarse en el hotel, dejando para el día siguiente su partida para los lagos. Después de haberse ocupado del equipaje de su amo, el groom recibió orden de estar á su disposición durante toda la noche; de aquí la prohibición formal de abandonar la antecámara mientras el joven Piborne las echaba de gentleman en medio de los turistas que leían, hablaban ó jugaban en el salón.

Al día siguiente un carruaje esperaba al pie de la escalera del establecimiento. Era un ancho y cómodo landeau, que se podía descubrir, con asientos detrás para John y Marion, y asiento delante sobre el que se acomodaría el groom, junto al cochero. En los cofres se metió ropa blanca y vestidos,



Hormiguita tuvo que estar allí á su disposición.

provisiones en cantidad suficiente para proveer á la eventualidad, retrasos posibles, falta de haberes, pues convenía que la comida de sus señorías estuviese siempre asegurada. Pero ellos no tenían la intención de subir al coche hasta la salida de Killarney.

En efecto; con ese buen sentido práctico, del que lord Piborne se vanagloriaba siempre hasta en las discusiones de la alta Cámara, había dividido su itinerario en dos partes: la primera, comprendía la exploración de los lagos y se efectuaría por el agua: la segunda, la exploración del condado hasta el litoral y se haría por tierra. Síguese de aquí que el landeau ro transportaría á los nobles excursionistas más que durante esta última parte del viaje. Así se puso en camino desde por la mañana para esperarla en Brandons-cottaje, á la extremidad de los lagos de Killarney. Como en su sabiduría, lord Piborne había fijado en tres días la duración de la travesía de los lagos, la doncella, el ayuda de cámara y groom no podían abandonar á sus amos durante este tiempo. Júzguese lo que agradó á nuestro joven la idea de que iba á navegar por aquellas aguas resplandecientes.

Esto no era el mar, cierto, el mar inmenso, infinito, que va de un continente á otro. No había mas que lagos que no ofrecían provecho al comercio y por cuya superficie no pasan más que las embarcaciones de los touristas. Pero en fin, hasta en esas condiciones, el viaje era un motivo de regocijo para *Hormiguita*. El día antes, por segunda

vez, había viajado por el camino de hierro; hoy por la primera, iba á subir á un barco.

Mientras John y Marion, seguidos del joven, hacían á pie la milla que separa Killarney de la ribera septentrional de los lagos, un coche conducía á la Marquesa, al Marqués y á su hijo. En el ángulo de una plaza, *Hormiguita* entrevió la catedral que no había tenido tiempo de visitar. En las calles poca gente, más bien holgazanes que trabajadores.

En efecto; la animación de Killarney, está limitada á algunos meses durante los que diez ó doce mil excursionistas afluyen á ella de todos los puntos del Reino Unido. Parece entonces que la población está únicamente compuesta de cocheros y barqueros, los que se disputan y explotan la clientela del pasaje.

En el embarcadero, una embarcación con cinco hombres, cuatro al remo y uno al timón esperaba á sus señorías. Cubríala un toldo para el caso de que el sol fuese demasiado vivo, ó la lluvia muy incesante, asegurando la comodidad de los viajeros. Lord y lady Piborne se instalaron en los bancos; á su lado el Conde. Los criados y el groom sentáronse en la parte delantera. Largóse la amarra, cayeron los remos simultáneamente, y la embarcación alejóse de la orilla.

Los lagos de Killarney cubren veintiún kilómetros superficiales de esta región.

Son tres: el superior, que recibe las aguas recogidas por los ríos Grenshorn y Doogary; el lago Muckross ó Tore donde van las aguas del Owengariff, después de haber seguido el estrecho canal de Lugh-Range; el lago inferior, el Lough-Leane, que se descarga por la Lawne y otros tributarios, llevados hacia la bahía Dingle sobre el litoral del Atlántico. Es preciso observar que la corriente de los lagos es de S. á N., lo que explica porque el lagó inferior ocupa una posición septentrional con relación á los otros.

Vista en un plano la unión de estos tres lagos, representa con bastante exactitud un grueso palmípedo, pelícano ú otro, que tiene por pata el canal Lough-Range, por garra el lago superior y por cuerpo el Muckross y el Lough-Leane. Como la embarcación había partido de la ribera N. del Lough-Leane, la exploración se seguiría al lago inferior primero, al lago Muckross después, y subiendo por el canal Lough-Range, al lago superior. Según el programa de lord Piborne, debía consagrarse un día á la visita de cada lago.

Al S. y al O. de esta región, los más altos sistemas orográficos de la Verte Erin se cruzan hasta la admirable bahía de Bantry, en la costa del condado de Cork. Allí está el puertecillo de pesca Glengariff, en el que Hoche y sus catorce mil hombres desembarcaron en 1796, cuando la República francesa les envió en socorro á sus hermanos de Irlanda.

Lungh-Leane, el más vasto de los tres lagos, mide cinco millas y media de ancho y tres de largo. Sus orillas del E., dominadas por las cadenas del Carn-Tual, tienen como marco verdes bosques, que en su mayoría pertenecen al dominio de Muckross.

En su superficie se destacan algunas islas, Brown, Lamb, Heron, Mouse; entre las que la isla Ross es la más importante, y Innisfallen la más bella.

Hacia ésta se dirigió primero la embarcación. El tiempo era soberbio; el sol derrochaba sus rayos, de los que tan avaro se muestra á menudo en lo que se refiere á estas provincias. Una ligera brisa rizaba la superficie de las aguas. *Hormiguita* aspiraba aquellos salutíferos efluvios, al mismo tiempo que admiraba los sitios encantadores que se veían desde el barco. Se guardó bien de expresar estos sentimientos por interjecciones intempestivas. Se le hubiera mandado callar.

Y en verdad, lord y lady Piborne hubieran podido asombrarse de que un ser sin educación y sin nacimiento fuese sensible á aquellas bellezas naturales, creadas para regocijo de ojos aristocráticos. Además, no hay que olvidar que sus señorías hacían aquella excursión porque convenía que gentes de su rango la hubiesen hecho, y probablemente nada de lo que veían quedaría en su memoria. En cuanto al conde Asthon, aquello no le interesaba. Había llevado algunos sedales, y tenía el pensamiento de pescar, mientras sus augustos padres iban por deber á visitar las ruínas de los alrededores.

Esto fue lo que disgustó á *Hormiguita*. En efecto; cuando la embarcación llegó á Innisfallen, el Marqués y la Marquesa desembarcaron, y á la proposición que hicieron á su hijo para que les acompañase, respondió éste:

—Gracias. Prefiero pescar durante vuestro paseo.

—Sin embargo—replicó lord Piborne,—allí hay vestigios de una abadía célebre, y mi amigo lord Kenmare, á quien pertenece esta isla, no me perdonaría...

—Si el Conde lo prefiere...—dijo negligentemente la Marquesa.

—Cierto... Lo prefiero...—respondió el conde Asthon—y mi groom quedará aquí para preparar mis anzuelos.

El Marqués y la Marquesa partieron, pues, seguidos de Marion y de John, y he aquí por qué, á pesar suyo, obligado á obedecer los caprichos de su amo, *Hormiguita* no vió nada de las curiosidades arqueológicas de Innisfallen. El Marqués y la Marquesa no trajeron de ellas ninguna impresión, ni seria ni duradera. ¿Qué podían decir á su espíritu indiferente las bellezas de aquel monasterio, cuya fundación se remonta al siglo VI, la disposición de los cuatro edificios que le componen, la capilla romana con sus finas cinceladuras; todo aquel conjunto perdido bajo una exuberante verdura, en medio de grupos de acebos, de tejos, de fresnos, de madroñeras, y cuyas más hermosas muestras parecen pertenecer á esta isla, la isla de los Santos, á la que Mlle. Bovet ha justamente llamado la joya de Killarney?

Pero si el conde Asthon había rehusado acompañar á sus señorías durante el tiempo que consagraran á explorar Innisfallen, no se crea que perdió el tiempo. Una hermosa trucha había escapado, y su despecho se había traducido por una interminable serie de reproches groseros á su *groom*. Verdad es que dos ó tres anguilas cogidas con su anzuelo, le parecían preferibles á aquellas ruínas imbéciles que nada le importaban.

Y creyó esto tan digno de ocuparle, que no quiso recorrer la isla Ross, donde la embarcación se detuvo una hora más tarde.

Arrojó de nuevo el sedal en las límpidas aguas, y *Hormiguita* tuvo que estar allí, á su disposición, mientras lord y lady Piborne paseaban su majestuosa indiferencia bajo los hermosos paseos de lord Kenmare.

La isla Ross forma parte del magnífico dominio de aquel nombre: mide ochenta hectáreas, y su propietario la ha unido por una calzada á la orilla oriental del lago, no lejos de su castillo, vieja fortaleza feudal del siglo XIV. Lo que tal vez extrañó al Marqués y á la Marquesa, es que la isla Ross y el parque están liberalmente abiertos á los habitantes del país, á los excursionistas, y cualquiera gusta de los verdes tapices esmaltados de mentas, asfodelos, entre las espesuras arborescentes de las zaleas, bajo las ramas de los árboles seculares.

Después de una exploración de dos horas con frecuentes paradas, sus señorías volvieron al puertecillo, donde la embarcación les esperaba. El conde Asthon estaba regañando á su *groom*, á quien el Marqués y la Marquesa no dudaron en reprender, sin dignarse oirle. El regaño de *Hormiguita* provenía de que la pesca había sido poco provechosa, pues los peces no habían mordido los anzuelos del *gentleman*. De aquí el mal humor de éste, que debía continuar hasta la noche.

Volvieron á embarcarse, y los barqueros se dirigieron al medio del lago, con el objeto de visitar la cascada de O'Sullivan, en la costa occidental, antes de ganar la embocadura del Lough-Range, cerca de la que se encontraba Dinish-cottage, donde lord Piborne contaba pasar la noche.

Hormiguita había ocupado de nuevo su sitio en la parte de adelante, con el corazón oprimido por las injusticias de que era objeto.

Pero olvidólas pronto, dejando vagar su imaginación por aquellas aguas durmientes. Había leído en la *Guía* esta curiosa leyenda relativa á los lagos de Killarney. Allí, en tiempos pasados, se desarrollaba un feliz valle, que una paradera protegía contra las avenidas del agua. Un día, la joven que guardaba esta paradera la bajó imprudentemente, y las aguas se precipitaron en torrente. Pueblos y habitantes fueron devorados con su jefe, el "Thanist„. Desde esta época viven en el fondo del lago, y aplicando el oído se les puede oir festejar sus fiestas en ese reino de las anguilas y de las truchas, bajo la sábana inmóvil del Lough-Leane.

Eran las cuatro cuando sus señorías desembarcaron en Dinish-cottage, cerca de la boca de Lough-Range, en la orilla izquierda al fondo de la bahía de Glena. Dispusiéronse á acostarse. Mas cuando á las nueve *Hormiguita* fue despedido, recibió

orden formal de volver á su habitación y no tuvo más que algunas horas de libertad.

El día siguiente fue consagrado á la exploración del lago Muckross. Este lago, de dos millas y media de ancho y menos de la mitad de largo, no es más que un vasto estanque de forma regular, en medio de un dominio que sus propietarios no habitan y en el que sus magníficos bosques no pierden nada de su encanto por haber vuelto al estado de la naturaleza.

Esta vez el conde Asthon se dignó acompañar al Marqués y á la Marquesa. Y si el groom fue de la partida consistió en que su amo le había cargado con su fusil y su morral. En otra época estos bosques alimentaban numerosos jabalíes. En el presente estos animales han desaparecido casi todos, dejando el sitio á esos grandes gamos rojos cuya raza no tardará en faltar en los bosques del Reino-Unido.

Así, pues, el conde Asthon hubiese hecho alguna proeza innegable si esos gamos hubiesen querido ir. Gran decepción á pesar de que dos barqueros habían hecho el oficio de ojeadores y *Hormiguita* el de perro de caza; razón por la que éste no vió la pintoresca cascada de Tore, ni una vieja abadía de franciscanos del siglo XIII con su iglesia y ruinoso claustro, que sus señorías hubiesen hecho mejor en no visitar.

En efecto: este claustro posee un tejo de un tamaño extraordinario, puesto que tiene quince pies de circunferencia. Obedeciendo á no se sabe qué fantasía, tal vez para conservar un recuerdo de su paso por la abadía de Muckross, la Marquesa tuvo la idea de arrancar una hoja de este tejo. Ya tendía la mano hacia el arbol cuando un grito del guía le detuvo.

—Tenga cuidado vuestra señoría.

—¿Cuidado?—repitió lord Piborne.

—Sin duda, milord. Si la señora condesa hubiera cogido una de esas hojas...

—¿Es que está prohibido por el propietario de Muckross-Castle?—preguntó el Marqués en tono altivo.

—No, señor Marqués—respondió el guía. Mas el que coge una de esas hojas, muere dentro del año.

—¿Hasta una Marquesa?

—¡Hasta una Marquesa!

Impresionóse tanto lady Piborne que se sintió mal. Un instante más y hubiera arrancado la hoja fatal. En la isla Esmeralda se presta fe á estas leyendas, y se cree en ellas como en el Evangelio entre esos descendientes de las antiguas razas no menos supersticiosas que los Paddys de las ciudades y de los campos.

Lady Piborne volvió pues muy emocionada á Dinish-cottage, pensando en el peligro que había corrido. Así, pues, aunque no fuesen más que las dos de la tarde, lord Piborne quiso dejar para el día siguiente la exploración del lago superior.

Respecto al joven Asthon estaba muy fatigado como también su perro—su *groom* queremos decir—al que no había concedido punto de reposo. Pero los perros no se quejan, y además *Hormiguita* tenía mucho orgullo para quejarse.

Al día siguiente, después de almorzar, sus señorías se embarcaron.

Los barqueros trabajaron bien para subir al Lough-Range. En la embocadura forma torbellinos de agua con violencias de torrente.

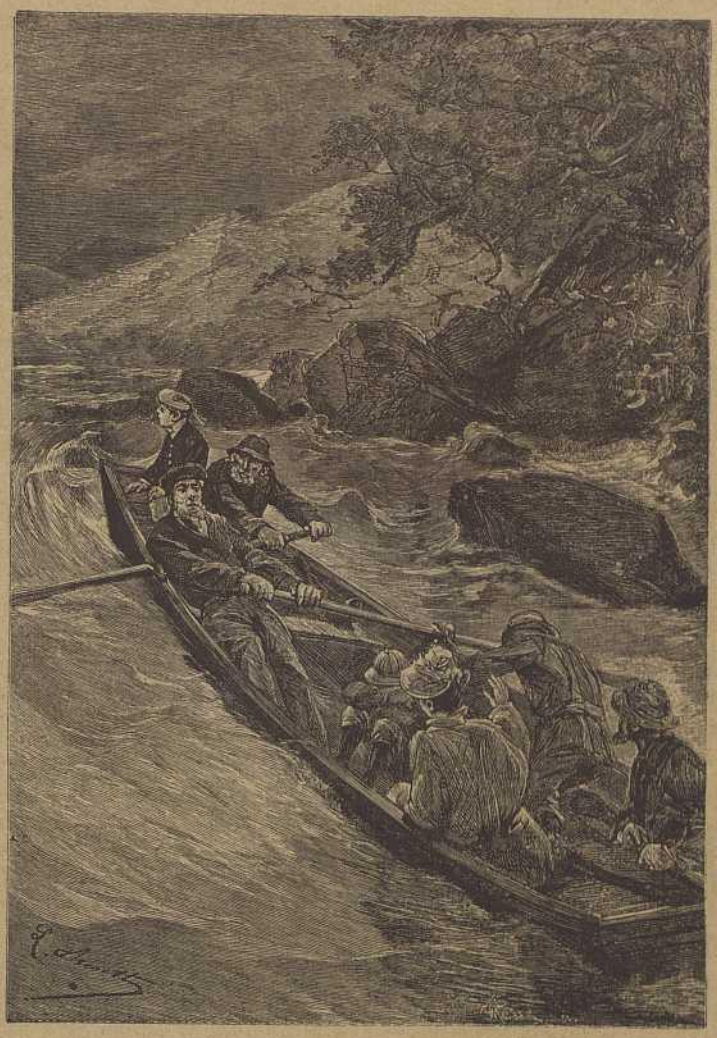
Los pasajeros fueron duramente sacudidos, y si esto proporcionó un placer á nuestro heroe, lord y lady Piborne no participaron de él.

El Marqués iba ya á dar la orden de volver atrás, pues el espanto de la Marquesa era grande y el conde Asthon no se encontraba á gusto. Pero algunos buenos golpes de remo permitieron franquear las rompientes y la embarcación encontróse en un agua relativamente calmada entre las riberas de nenúfares. Milla y media más lejos se destacaba una montaña de mil ochocientos pies, frecuentada por las águilas, llamada Eagle's Nest.

Los barqueros previnieron á sus señorías que si sus señorías se dignaban dirigir la palabra á esta montaña, ella se apresuraría á responderles. Hay allí, en efecto, fenómenos de repercusión muy admirados por los turistas. El Marqués y la Marquesa consideraron sin duda como indigno de ellos, entrar en conversación con aquel eco "que no les había sido presentado.„ Pero el conde Asthon no podía perder tan hermosa ocasión de lanzar dos ó tres frases estúpidas, de lo que resultó que habiendo preguntado quién era:

—¡Un imbécil!—respondió la Eagle's Nest por boca de algún paseante oculto tras los espesos bosques de la montaña.

Sus señorías, muy mortificados, declara-



Los pasajeros fueron duramente sacudidos.

ron que este eco hubiera sido castigado como se merecía por su insolencia en los tiempos en que los castellanos ejercían alta y baja justicia en sus dominios feudales. Los barqueros dieron á la embarcación un paso más rápido, y hacia la una llegaba al lago superior.

El área de este lago es casi igual á la del Muckross. Afecta una forma más irregular que le hace más bello. Al S. se destacan los taludes de Cromaglans. Al N. los montes Tomie y la Montagne-Pourpre tapizados de encarnados matorrales. La orilla meridional está llena de esos hermosos árboles que sombrean el valle de Killarney. Mas por muy encantador que fuese el aspecto de este lago, no interesó más que medianamente á sus señorías; y á excepción de á *Hormiguita*, á nadie le produjo placer esta exploración. Así, lord Piborne dió orden de dirigirse hacia la embocadura de la Geanhmeen, ganando Brandons-cottage, donde se debía descansar antes de visitar la región del litoral.

Después de tantas fatigas, era natural que sus señorías tuviesen necesidad de reposo. Para ellos una travesía por los lagos, había sido igual á una travesía por el Occeano. Los dos criados y el groom quedaron en el hotel; y si *Hormiguita* no recibió veinte órdenes incoherentes, fue porque el conde Asthon se había profundamente dormido á las diez.

Al día siguiente fue preciso madrugar, pues el itinerario de lord Piborne comprendía una jornada bastante larga. La Marque-

sa se hizo rogar. Marion la encontraba un poco pálida. De aquí la discusión de continuar el viaje, ó de volver el mismo día á Trelingar-Castle. Lady Piborne se inclinaba á esto último; pero lord Piborne, hizo valer que sus íntimos amigos el duque de Francastar y la duquesa de Wersgalber habían llegado en su excursión hasta Valentía, y se decidió que el itinerario no se modificase. Gran satisfacción para *Hormiguita*, que temía regresar al castillo sin haber visto el mar.

El coche estaba enganchado desde las nueve de la mañana. El Marqués y la Marquesa se sentaron en el fondo; el conde al vidrio. John y Marion ocuparon los asientos de atrás y el groom junto al cochero. Alejóse el coche descubierto para cerrarle en caso de mal tiempo. Al fin, los nobles viajeros, después de recibir los respetuosos homenajes del personal de Brandonscottage, se pusieron en camino.

Durante un cuarto de milla, los dos vigorosos caballos siguieron la orilla izquierda del Doogary, uno de los afluentes del lago superior, y continuaron después á lo largo de las rudas cuestas de la cadena de los Gillyenddy-Reeks. A cada vuelta se ofrecían nuevos paisajes, que sólo *Hormiguita* admiraba. El carruaje iba al paso por aquellos abruptos sitios. Atravesaban entonces la parte más accidentada del condado de Kerry y hasta de toda Irlanda.

A nueve millas al S. E., por cima de los Gillyenddy-Reeks, el Carrantuohill erguía su cima perdida á tres mil pies entre las nubes. Al pie de las montañas montones de rocas, bloques acumulados.

A medio día, dejando los montes Tomie y Montagne-Poupre á la derecha, el landeau dirigióse por la rampa de una estrecha cortadura de los Gillyennddy-Reeks. Es una brecha célebre en el país, la brecha de Dunloe, y el valeroso Roldán no hubiera hendido de un golpe más formidable el macizo pirineo. Aquí y allá lindos lagos varían el aspecto de aquellas salvajes comarcas, y por poco que esto interesara á sus señorías, *Hormiguita* hubiera podido contar las leyendas del país, pues había tenido cuidado de estudiar su *Guía* antes de partir.

Más allá de esta brecha, el coche con rapidez descendió las pendientes del N. O. Á las tres llegaba á la orilla derecha del Lawne, cuyo lecho sirve de desagüe á los lagos de Killarney, dirigiendo sus aguas á la bahía Dingle. Este río fue costeado durante cuatro millas, y eran las seis cuando los viajeros hicieron alto en el pueblecillo de Kilgobinet, fatigados por una jornada de nueve millas.

Noche de calma en un hotel donde lo confortable é insuficiente fue reemplazado por atenciones múltiples y respetuosas, recibidas con esa indiferencia que da la costumbre á un alto prócer. Después, con extrema inquietud de *Hormiguita*, nuevas dudas relativas á la dirección que tomaría el coche al día siguiente, ya á la derecha para volver á Killarney, ó á la izquierda para ganar la ensenada de Valentía. Pero habiendo afirmado el fondista que dos meses antes el Príncipe y la Princesa de Kardigan habían recorrido este último camino, lord Piborne hizo comprender á lady Piborne que convenía seguir las huellas de tan augustos personajes.

Partióse de Kilgobinet á las nueve de la mañana. Aquel día el tiempo estaba lluvioso, por lo que fue preciso echar la capota del landeau. Sentado junto al cochero el groom, no podía defenderse del huracan. ¡Bah! estaba acostumbrado.

Nuestro heroe no perdió nada de los paisajes que merecían ser admirados; las cordilleras brumosas del E. Las profundas cuestas del O., bajando hacia el litoral. El sentimiento de las bellezas de la naturaleza se desenvolvía gradualmente en su alma, y no perdería el recuerdo de las mismas.

A la tarde, á medida que las montañas dominadas por el Carrantuohill quedaban al E., los montes Yveragh se levantaron en el horizonte opuesto. Más allá había, recordando la *Guía*, un camino más facil que descendía hasta el puertecito de Cahersiveen.

Sus señorías llegaron por la noche al pueblo de Carramore, después de haber hecho una jornada de diez millas. Como esta región es visitada por los turistas, no faltan buenas fondas, y no hubo necesidad de utilizar las reservas que venían en el landeau.

Al día siguiente el carruaje volvió á partir, con un tiempo lluvioso y un cielo lleno de rápidas nubes que el viento del mar agitaba.

Algunos claros permitían filtrarse los rayos del sol. *Hormiguita* respiraba con ansia aquel aire impregnado de sales marinas.

Un poco antes del medio día, el landeau, dando una brusca vuelta siguió en línea derecha hacia el O. Después de haber franqueado, no sin alguna dificultad, un estrecho paso de los Yveragh siguió facilmente hasta la ensenada de Valentia. A las cinco de la tarde detúvose al término del viaje, ante una fonda de Cahersiveen.

—¿Qué es lo que sus señorías han visto de toda esta naturaleza?—se preguntaba *Hormiguita*.

Ignoraba que mucha gente, y de la más encopetada, no viaja más que para decir que ha viajado.

El pueblo de Cahersiveen está agrupado en la orilla izquierda del Valentía, la que en este sitio forma un puerto de parada, al que se le ha dado el nombre de Valentia-harbour. Más allá está la isla de este nombre, uno de los puntos de Irlanda más avanzado hacia el O. al cabo de Brag-Head. Ningún irlandés podrá olvidar que el pueblecillo de Cahersiveen es la ciudad natal del gran O'Connell.

Al día siguiente sus señorías se disponen á cumplir hasta el fin su programa, consagrando algunas horas á visitar la isla. El deseo que de tirar á las gaviotas tiene el conde Asthon, hace que *Hormiguita* reciba con extrema alegría la orden de acompañarle.

Un ferry-boat hace el servicio entre Cahersiveen y la isla, situada á una milla antes de la ensenada. Lord y lady Piborne y su acompañamiento se embarcan después de almorzar, y el ferry-boat les lleva al puertecillo, en el fondo del cual los barcos de pesca van á abrigarse contra las violentas olas.

Muy salvaje, muy ruda, esta isla, no deja de tener riquezas minerales, pues posee pizarrales de gran nombre. Hay allí una villa donde se ven algunas casas, cuyos muros y techos son hechos cada uno de una sola pizarra. Los turistas pueden habitar en esta villa, pues hay una excelente posada. Pero, ¿por qué permanecer cuando se ha visitado, como lo hicieron sus señorías, el viejo fuerte muro construído por Cromwell; cuando han subido al faro que llama á los navíos venidos de alta mar; cuando se han admirado sus dos pirámides, las Skelligs, cuyos fuegos señalan estos terribles pasajes? ¿Por qué continuar en Valentía? No es, en suma, más que una de tantas islas que se cuentan por centenares en la costa Oeste de Irlanda.

Sí; pero Valentía goza de una triple celebridad propia. Ha servido de punto de partida al trabajo de triangulación, para medir ese espacio de círculo que se describe al través de Europa hasta los montes Ourals.

Es actualmente la estación metereológica más avanzada al O., y colocada para recibir los primeros golpes de las tempestades americanas.

En fin, ahí está un edificio solitario, donde fueron conducidos lord y lady Piborne. De allí arranca el primer cable transatlántico que fue puesto entre el antiguo y el Nuevo Mundo. En 1858, el capitan Anderson le llevó como estela de su buque *Great Eastern*, y comenzó á funcionar en 1866, sólo entonces, en espera de que cuatro nuevos hilos fuesen extendidos de América á Europa.

De aquí, pues, llegó el primer telegrama cambiado entre ambos continentes, y dirigido por el presidente de los Estados Unidos, Buchanan, en esta forma evangélica:

"¡Gloria á Dios en el cielo, y paz á los hombres de buena voluntad sobre la tierra!„

¡Pobre Irlanda! ¡No te has olvidado de glorificar al Ser Supremo, pero los hombres de buena voluntad no te han asegurado nunca la paz social, devolviéndote tu independencia!

VIII

Perro de ganado, y perros de caza.

Partióse de Cahersiveen en la mañana del 11 de Agosto, siguiendo el camino del litoral, contiguo á las primeras ramificaciones de los montes Yveragh, después de una parada en Kells, modesto pueblo sobre la bahía Dingle. La noche la pasaron en Killorglin.

El tiempo había sido malo, lluvioso y con viento todo el día. El siguiente fue malísimo. Granizos y huracanes, durante las treinta millas que separan Valentía de Killarney, donde sus señorías con un humor peor que el tiempo pasaron la última noche del viaje.

Al día siguiente tomaron el ferrocarril y hacia las tres, entraron en Trelingar-Castle

después de una ausencia de diez días.

El Marqués y la Marquesa habían dado fin á la excursión tradicional á los lagos de Killarney y al través de la región montañosa del Kerry.

—¡No valía la pena de exponerse á tantas fatigas!—dijo la Marquesa.

—¡Y á tantos disgustos!—añadió el Marqués.

En cuanto á *Hormiguita*, traía la cabeza llena de recuerdos.

Su primer cuidado fue pedir á Kat noticias de Birk. Este estaba bien. Kat no le había olvidado. Todas las noches había ido al sitio en que la lavandera le esperaba con la comida.

Aquella misma noche, antes de subir á su cuarto *Hormiguita* fue á los anejos donde Birk esperaba. Facil es imaginar cómo fue la entrevista de los dos amigos y qué caricias cambiaron; Birk ciertamente estaba delgado, pues no todos los días había matado el hambre, pero sus ojos brillaban inteligentes. Su amo le prometió ir todas las noches si podía, y le deseó una buena noche.

Birk, comprendiendo que no tenía derecho para ser un obstáculo, no exigía más. Además era preciso ser prudente. La presencia de Birk en los alrededores de Trelingar-Castle había sido notado y los perros habían varias veces dado aviso.

El castillo recobró su existencia habitual, la existencia vegetativa que convenía á los huéspedes. La estancia debía prolongarse hasta la última semana de Septiembre, época en la que los Piborne tenían costumbre de regresar á sus cuarteles de invierno de Edimbourg; despues á Londres para las sesiones del Parlamento. Entre tanto el Marqués y la Marquesa volverían á sus visitas de vecindad. Se hablaría del viaje á Killarney. Lord y lady Piborne mezclarían sus impresiones á las de los amigos que habían ya hecho esta excursión á los lagos.

Sería preciso hablar deprisa de esto, pues los recuerdos estaban ya confusos y lejanos en la rebelde memoria de la Marquesa, y no se acordaba ni aún del nombre de la isla, de la que partía "el cordón eléctrico„ del que Europa tiraba para llamar á los Estados Unidos, del modo como ella llamaba á John y Marion.

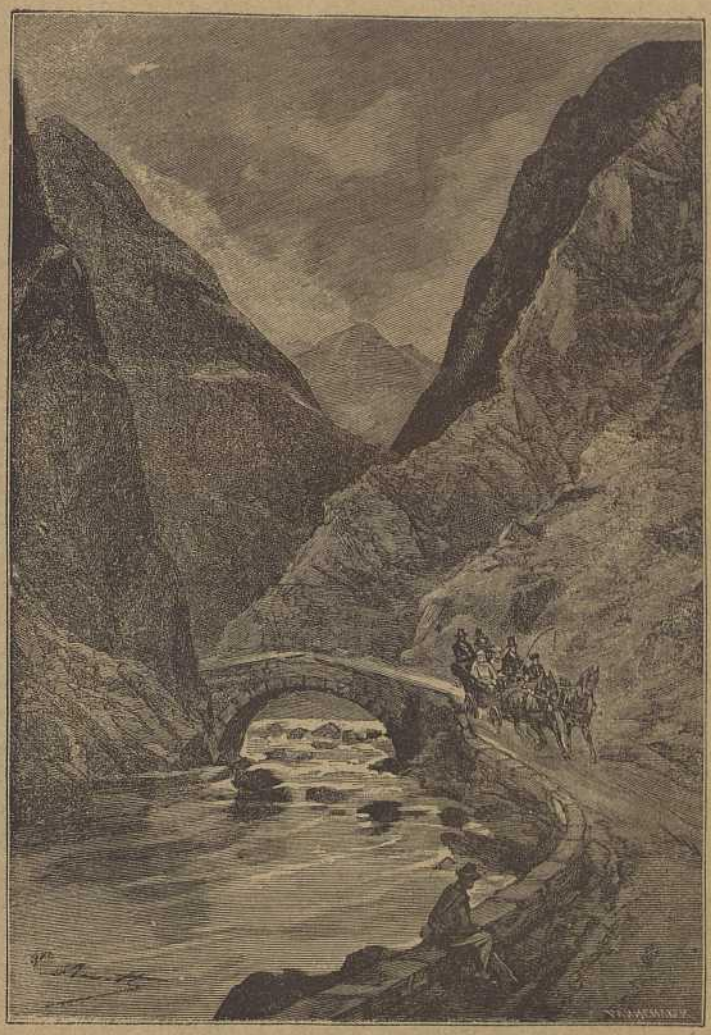
Sin embargo, esta vida monotona no dejaba de ser penosa para *Hormiguita*. Siempre era objeto de los malos procedimientos del intendente Scarlett, que veía en él una víctima; y por otra parte los caprichos del conde Arthon, no le dejaban una hora de descanso.

A cada instante, tenía que ejecutar alguna orden, despues venía la contra-orden, y el joven groom estaba siempre yendo y viniendo.

Sentía en las manos y en las piernas un hilo tiránico que le ponía en incesante movimiento. En la antecámara y en las habitaciones de los criados se reían de verle llamado, enviado á tal sitio, después á otro distinto, etc. Y *Hormiguita* sentía una profunda humillación con estas cosas.

Así, en la noche, cuando había podido retirarse al fin á su cuarto, abandonábase á las reflexiones que su situación le inspiraba. ¿Qué conseguiría con ser el groom del conde Ashton? Nada. Era preciso buscar otra cosa. No ser más que un criado, una máquina obediente, sublevaba su espíritu, la ambición que sentía dentro de sí. Al menos cuando vivía en la granja, los otros le consideraban como un igual. Como un hijo de la casa. ¿Dónde estaban las caricias de la abuela, el afecto de Martina y de Kitty, los ánimos de Martin y sus hijos? Él apreciaba más los guijarros que recibía todas las noches, enterrados entre las ruinas, que las guineas con que lord Piborne pagaba mensualmente su esclavitud. Mientras vivía en Kerwan, se instruía, trabajaba y aprendía para bastarse un día. Aquí nada más que aquella tarea baldía y sin porvenir, aquella sumisión á los caprichos de un niño mal criado, vanidoso é ignorante. Siempre estaba ocupado en ordenar, no los libros,—no había uno solo—sino todo lo que estaba desordenado en la habitación.

Después, el cabriolé del joven gentleman le desesperaba. ¡Oh, qué cabriolé! *Hormiguita* no podía mirarle sin horror. A riesgo de caerse por algún precipicio, parecía que el conde Asthon tenía placer en lanzarse por los peores caminos, á fin de sacudir mejor á su groom, agarrado á las correas de la capota. Menos desgraciado cuando el tiempo permitía salir el tilbury ó el dog-car—los otros carruajes del hijo de Piborne—el groom iba sentado y en un equilibrio más estable. ¡Pero se abrían con tal frecuencia las cataratas del cielo sobre la isla Esmeralda



La brecha de Dunloe.

Era, pues, raro que transcurriese un día sin el suplicio del cabriolé, ya para ir á Kanturk, ya para largos paseos por los alrededores de Trelingar-Castle. A lo largo de estos caminos corrían, con los pies desnudos, encallecidos por las piedras, bandadas de chicuelos, vestidos de andrajos, y gritando: "¡Cooper! ¡cooper!„ *Hormiguita* sentía oprimido el corazón. Había sufrido aquellas miserias y las compadecía. El Conde acogía á la turba con injurias, amenazándola con su látigo cuando se acercaba. Nuestro heroe experimentaba deseos de arrojarles alguna moneda de cobre. Pero no se atrevía, por miedo de excitar la cólera de su amo.

Una vez, sin embargo, la tentación fue demasiado fuerte. Una niña de cuatro años, gentil, con sus bucles de oro, le miró con sus lindos ojos azules y le pidió un cooper. El cooper fue lanzado á la niña, que le recogió dando un grito de alegría.

El conde Asthon oyó este grito. Cogió á su groom en flagrante delito de caridad.

—¿Qué te has permitido, *boy?*—preguntó.

—Señor-Conde... Esa niña... le causa tanta alegría... nada más que un cooper.

—Como te los arrojaban á tí cuando pedías por los caminos, ¿no es verdad?

—¡No! ¡Jamás!—dijo *Hormiguita*, rebelándose como siempre que se le acusaba de haber mendigado.

—¿Por qué has dado limosna á esa mendiga?

—Me miraba... Y yo á ella...

—Te prohibo mirar á los chicos que andan por los caminos. Ténlo por dicho.

Y *Hormiguita* debió obedecer; pero muy indignado por aquella dureza de corazón.

Si *Hormiguita* se vió obligado á encerrar en sí mismo la conmiseración que le inspiraban aquellos niños, si no se arriesgó más á darles algún cooper, presentóse una ocasión en la que no pudo contener su primer impulso.

Era el 3 de Septiembre. Aquel día el conde Asthon había mandado disponer su dog-car para ir á Kanturk. *Hormiguita* le acompañaba como de costumbre, espalda con espalda esta vez, con orden de cruzar los brazos y de no moverse más que un maniquí.

El dog-car llegó al pueblo sin accidente. Allí soberbios relinchos del caballo, con la boca espumosa, y admiración estúpida de los papamoscas. El joven Piborne se detuvo ante las principales tiendas. Su groom, de pie á la cabeza del animal, no le contenía sin trabajo, en medio de la invasión de chicuelos que cercaba al joven sirviente tan lujosamente ataviado.

Á eso de las tres, después de haberse ofrecido á la contemplación del pueblo, el conde Asthon volvió á tomar el camino de Trelingar-Castle. Iba al paso, haciendo caracolear al caballo. Por el camino desfilaba la banda de costumbre de mendigos, con sus gritos de "Cooper, cooper„. Animados por el paso mesurado del dog-car, quisieron seguirle de cerca. El látigo les tuvo á distancia, y acabaron por quedar atrás.

Uno solo persistió. Era un mozo de unos siete años, con cara inteligente, llena de alegría: un irlandés. Aunque el carruaje no iba de prisa, se veía obligado á correr para mantenerse á su lado. Sus piececitos se magullaban contra los guijarros. Se empeñaba en su empresa, desafiando las amenazas del látigo. Llevaba en la mano una rama de mirto, que ofrecía á cambio de una limosna.

El Conde le había gritado varias veces que se apartara; pero el pequeño, lejos de esto, seguía tenaz junto á las ruedas, á riesgo de ser aplastado.

Bastaba con aflojar la rienda para que el caballo tomase el trote; pero Piborne no quería. Le convenía ir á su paso, é iría. Así, fastidiado por la presencia del niño, acabó por darle un latigazo.

El látigo, mal dirigido, se arrolló al cuello del chico que fue arrastrado durante algunos segundos, medio estrangulado. Una última sacudida le desenganchó y rodó por el suelo.

Hormiguita, saltando del dog-car corrió hacia el niño que, con el cuello cercado por una línea roja, daba gritos de dolor.

La indignación llenaba el corazón de nuestro heroe que sintió feroces deseos de arrojarse sobre el conde Asthon, el que tal vez hubiera pagado cara su crueldad, aun siendo de más edad que su groom.

—Ven aquí, *boy*—gritóle después de detener el caballo.

—¿Y este niño?

—Ven aquí—repitió Piborne que hacía girar su látigo. Ven ó te administro otra ración á tí.

Sin duda fue bien inspirado al no ejecutar su amenaza, pues no se sabe lo que habría pasado. *Hormiguita* tuvo bastante imperio sobre sí mismo para obedecer, y después de haber puesto algunos pence en los bolsillos del chico, volvió á su puesto en el dog-car.

—La primera vez que te permitas bajar sin orden—dijo el conde Asthon—te castigaré y te echaré enseguida.

Hormiguita no respondió, pero sus ojos brillaron de cólera.

Después el carruaje se alejó rápidamente, dejando al niño en el camino consolado, y haciendo sonar los pence en su mano.

Desde este día fue visible que los malos instintos del conde Asthon hacían á su groom más dura aún la vida. Las vejaciones redoblaron sobre él, ninguna humillación le fue escatimada. Lo que en otra época había sentido en lo físico, lo sentía ahora en lo moral y comprendía que era no menos desdichado que en la choza de la Hard, ó bajo el látigo de Thornpipe. A menudo pensaba en abandonar Trelingar-Castle. Sí... marcharse. ¿Dónde? ¿A reunirse con la familia Mac Carthy? No tenía de ella noticia alguna. ¿Y qué podrían hacer por él careciendo de fuego y de hogar? Sin embargo, estaba resuelto á no permanecer al servicio del heredero de los Piborne.

Además, había una eventualidad que no dejaba de preocuparle. Aproximábase el momento, con el fin de Septiembre, en que el Marqués y la Marquesa y su hijo tenían la costumbre de abandonar el dominio de

Trelingar. El *groom*, obligado á seguirles á Inglaterra y Escocia, perdía la esperanza de encontrar á la familia Mac Carthy.

Por otra parte. ¿Qué sería de Birk? ¡Nunca consentiría en abandonarle!

—Yo tendré cuidado de él—le dijo un día Kat.

—Sí: pues vos poseis buen corazón—respondió *Hormiguita*—y os le podría confiar, pagando lo que fuera preciso por su comida.

—¡Oh!—exclamó Kat.—No... Soy amiga de ese pobre perro.

—No importa. Sería una carga para vos. Pero si parto no le veré en todo el invierno... jamás tal vez.

—¿Por qué, niño? A tu vuelta.

—¡Mi vuelta, Kat? ¿Estoy seguro de volver aquí? Allá donde ellos van, quién sabe si no me traerán, ó si no yo me iré de mi grado.

—¿Marcharte?

—Sí, al azar... como he hecho siempre.

—¡Pobre *boy!* pobre *boy!*—repetía la buena mujer.

—Y me pregunto si no sería lo mejor hacerlo enseguida. Abandonar el castillo con Birk, buscar trabajo entre los labradores, en cualquier pueblo... no muy lejos... cerca del mar.

—¡Todavía no tienes once años!

—No, Kat, aún no. ¡Ah! si tuviera doce ó trece... Sería alto; tendría buenos brazos; encontraría ocupación. ¡Cuánto tardan los años cuando se es desdichado!

—¡Y con qué rapidez pasan!—hubiera podido responder Kat.

Así reflexionaba *Hormiguita*, sin saber qué partido tomar.

Una circunstancia casual vino á poner término á sus dudas.

Llegado el 13 de Septiembre, lord y lady Piborne no debían permanecer más que unos quince días en Trelingar-Castle. Ya habían comenzado los preparativos de marcha. Pensando en la proposición de Kat relativa á Birk, preguntóse *Hormiguita* si el intendente Scarlett quedaría en el castillo durante el invierno. Si quedaba como administrador del dominio notaría la presencia de aquel perro que vagaba por los contornos, y nunca autorizaría á la lavandera para conservarle junto á ella. Kat se vería pues, obligada á alimentar á Birk en secreto como hasta entonces lo había hecho. ¡Ah! De saber M. Scarlett que aquel perro pertenecía al joven groom, cómo se hubiera apresurado á informar de ello al conde Asthon, y con qué gusto rompería éste los riñones á Birk admitiendo que hubiera podido tocarle con un balazo.

Aquel día y contra su costumbre, Birk había ido á rondar cerca del castillo por la tarde. La casualidad quiso que uno de los perros del conde Asthon, un pointer gruñón fuese á vagar por el camino.

Desde lejos se vieron, y los dos animales atestiguaron con un sordo gruñido sus hostiles disposiciones. Había entre ellos enemistad de raza. El perro noble no debería sentir más que desden por el perro del campo; pero como era de mal carácter, se mostró el más agresivo. Desde que vió á Birk inmóvil á la entrada del bosque corrió hacía él, enseñando los dientes y dispuesto á hacer uso de ellos.

Birk le dejó que se acercara, mirándole oblícuamente, de modo de no ser sorprendido, con la cola baja y arqueado sobre sus piernas. De repente, después de dos ó tres furiosos ladridos, el pointer se lanzó contra Birk y le mordió en el anca. Sucedió lo que tenía que suceder. Birk saltó al cuello del animal, que fue derribado en un momento.

Esto no pasó sin aullidos terribles. Los otros dos perros que se encontraban en el patio, se mezclaron en la contienda. Dada la voz de alarma, el Conde no tardó en acudir acompañado del intendente. Abierta la verja, vió al pointer bajo los dientes de Birk.

¡Qué grito dió, sin osar acudir en socorro de su perro, de cuya suerte temía participar. Tan pronto como Birk le vió remató al pointer de una dentellada, y sin apresurarse entró en el bosque.

El joven Piborne, seguido del intendente, adelantó, y cuando llegaron al lugar del crimen no encontraron más que un cadaver.

—¡Scarlett! ¡Scarlett!—gritó el conde Ashton.—Mi perro está estrangulado... Ese animal le ha estrangulado... ¿Dónde está? Venid. ¡Le encontraremos! ¡Le mataré!

El intendente no quería. Por otra parte, no le costó mucho trabajo contener á Piborne, que temía tanto como él una vuelta ofensiva del terrible Birk.

—Tened cuidado, señor Conde—le dijo. —No os expongais á perseguir á esa bestia feroz. Los picadores le atraparán.

—Pero, ¿á quién pertenece?

—A nadie. Es uno de esos perros vagabundos que andan por los caminos.

—Entonces se escapará.

—No es probable, pues desde hace algunas semanas se le vé en torno del castillo.

—¡Desde algunas semanas, Scarlett! ¡Y no se me ha prevenido, y ese animal ha matado á mi mejor pointer!

Preciso es reconocer que este mozo, tan egoista é insensible, sentía por sus perros una amistad que no le había podido inspirar ninguna criatura humana. El pointer era su favorito, el compañero de sus cacerías, destinado sin duda á perecer por algún tiro mal dirigido de su amo, y los dientes de Birk no habían hecho más que apresurar su destino.

Fuese lo que fuese, muy desolado y furioso, meditando una terrible venganza, el conde Ashton volvió al patio del castillo, ordenando que transportaran allí el cuerpo del pointer.

Por una feliz circunstancia, *Hormiguita* no había sido testigo de la escena. Hubiera tal vez dejado escapar el secreto de su amistad con el matador. Tal vez, al verle Birk, hubiera corrido hacia él, no sin comprometedoras demostraciones. Pero no tardó en saber lo que había pasado. Todo Trelingar-Castle se llenó bien pronto de las lamentaciones del infortunado Ashton. El Marqués y la Marquesa procuraron en vano calmarle. Este no quería escuchar nada; mientras la víctima no quedase vengada se negaba á todo consuelo. No se dulcificó su dolor viendo con qué exajerado respeto, por orden de lord Piborne, se hacían las honras fúnebres del difunto en presencia de la servidumbre del castillo. Y cuando el perro fue transportado á un rincón del parque; cuando la última paletada de tierra cubrió sus despojos, el conde Ashton entró triste y sombrío en su cuarto, del que no quiso salir en toda la noche.

Se imagina la inquietud de *Hormiguita*. Antes de acostarse había podido hablar secretamente con Kat, no menos ansiosa que él con motivo de Birk.

—Es preciso desconfiar—le dijo,—y sobre todo tener cuidado de que no se sepa que el perro es tuyo. Esto caería sobre tí, y no sé lo que pasaría.

Hormiguita no pensaba en la eventualidad de que le hiciera responsable de la muerte del pointer. Se decía que ahora sería difícil, si no imposible continuar ocupándose de Birk. El perro no podría aproximarse á los anejos que el intendente haría vigilar. ¿Cómo encontraría á Kat aquella noche? ¿Cómo se arreglaría ésta para alimentarle?

Nuestro mozo pasó una mala noche—una noche de insomnio,—infinitamente más preocupado de Birk que de sí mismo.

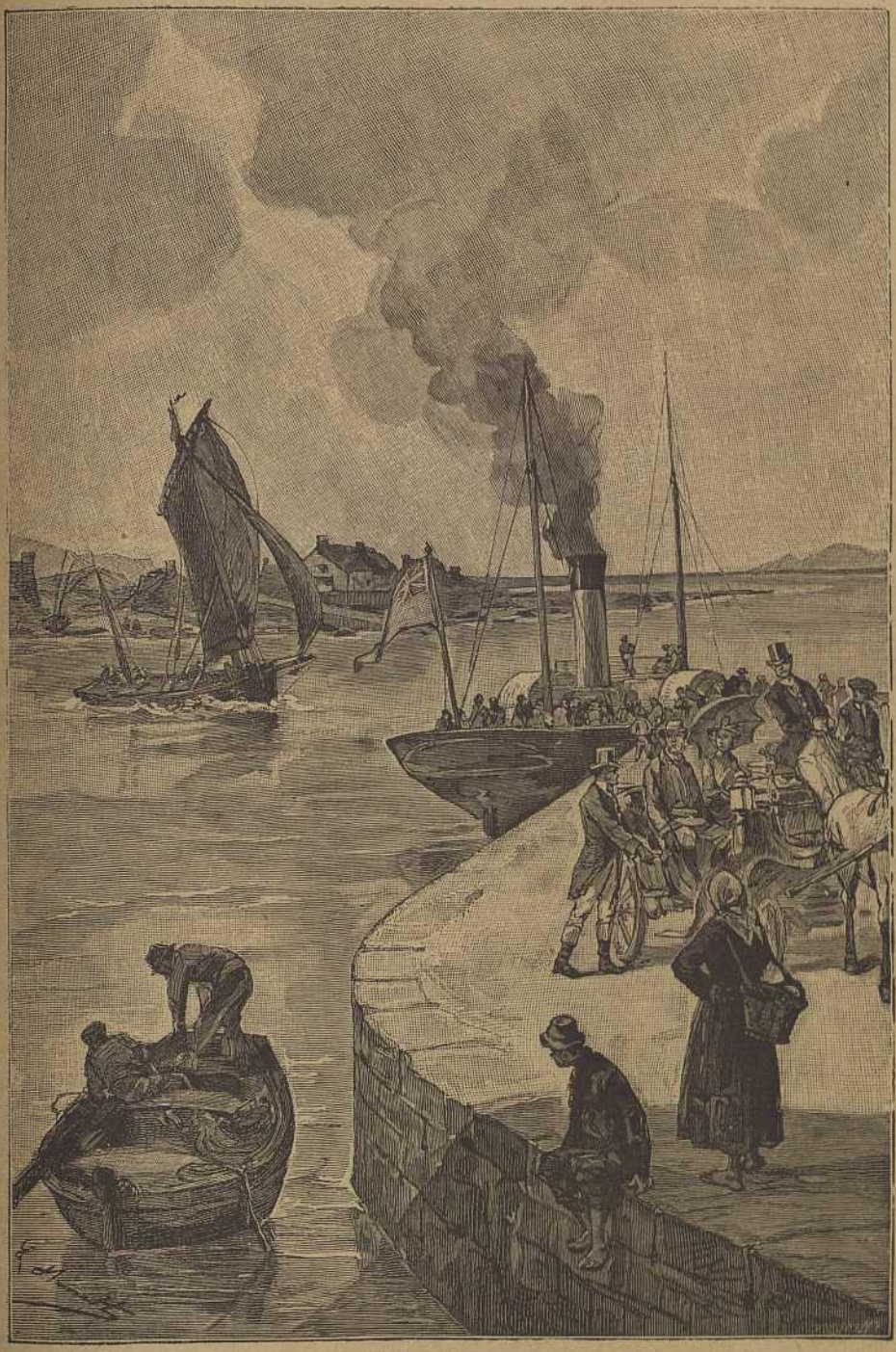
Preguntóse si no debía abandonar al día siguiente el servicio del conde Asthon. Teniendo la costumbre de reflexionar, examinó la cuestión con sangre fría, pesando el pro y el contra, y finalmente, decidió poner en ejecución el proyecto que ocupaba su espíritu desde algunas semanas antes.

Hasta las tres no se pudo dormir. Cuando se despertó era de día, saltó del lecho, muy sorprendido de no haber sido llamado como de ordinario por el imperioso campanillazo de su amo.

Desde que tuvo claras sus ideas pensó que no debía cejar en su decisión. Partiría el mismo día, alegando que no se sentía apto para el servicio de groom. Nadie tenía derecho para detenerle, y si se le insultaba, estaba resignado de antemano. En previsión de una expulsión brutal é inmediata, tuvo cuidado de vestir su traje de la granja, usado, pero limpio, pues lo había conservado cuidadosamente. Cogió la bolsa, que contenía sus sueldos de tres meses. Además, después de haber políticamente expuesto á lord Piborne su resolución de abandonar el castillo, tenía la intención de reclamarle la quincena hasta el 15 de Septiembre, á la que tenia derecho. Procuraría despedirse de Kat sin comprometerla. Y una vez encontrado su perro en los alrededores, marcharían juntos, muy satisfechos de volver la espalda á Trelingar-Castle. Serían las nueve cuando *Hormiguita* bajó al patio. Grande fue su asombro al saber que el conde Asthon había salido al amanecer. Tenía la costumbre de llamar á su groom para que le vistiera, no sin dirigirle regaños y malas palabras.

Mas á su sorpresa uniose bien pronto una aprensión muy justificada, cuando vió que ni Bill el picador, ni los pointers estaban en la perrera.

En este momento, Kat, que estaba á la puerta del lavadero, le hizo señas para que se acercase, y le dijo en voz baja:



UN FERRY-BOAT HACE EL SERVICIO

—El Conde ha partido con Bill y los dos perros. Van á cazar á Birk.

Hormiguita no pudo al principio responder, ahogado por la emoción y la cólera.

—¡Cuidado, *boy!*—añadió la lavandera.—El intendente nos observa.

—Es preciso que no se mate á Birk... y yo sabré...—exclamó al fin *Hormiguita*.

M. Scarlett, que había sorprendido este coloquio, vino á interpelar á *Hormiguita* con una voz brusca.

—¿Qué dices?—preguntó.—¿Qué haces?

No queriendo entrar en discusión con el intendente, el groom contentóse con responder:

—Deseo hablar al señor Conde.

—Le hablarás cuando vuelva—respondió el otro.—Cuando haya atrapado á ese maldito perro.

—No le atrapará—respondió *Hormiguita* que se esforzaba por tener calma.

—¿Cómo?

—No, M. Scarlett; y si le coge os digo que no le matará.

—¿Y por qué?

—Porque yo lo impediré.

—¡Fú!

—Sí, M. Scarlett. Ese perro es mío, y no dejaré que le maten.

Y en tanto que el intendente quedaba asombrado de tal respuesta, *Hormiguita* se lanzó fuera del patio, franqueando la entrada del bosque.

Allí, durante una media hora, arrastrándose entre los zarzales, deteniéndose para sorprender algún ruido que le pudiera dar las huellas del conde Asthon, *Hormiguita* marchó á la aventura. El bosque estaba silencioso, y los ladridos se hubiesen oído desde muy lejos. Nada indicaba si Birk había sido cazado como un zorro por los pointers del joven Piborne, ni qué dirección convenía seguir á fin de encontrarle.

¡Incertidumbre desesperante! Era posible que Birk estuviese ya muy lejos. Varias veces *Hormiguita* gritó: ¡Birk! ¡Birk! con la esperanza de que el fiel animal oyese su voz.

No se preguntaba lo que haría para impedir que el Conde y su picador matasen á Birk si se apoderaban de él. Lo que sabía es que le defendería mientras le quedasen fuerzas.

Marchando al azar se había alejado del castillo dos buenas millas, cuando sonaron ladridos á algunos centenares de pasos, tras un macizo de corpulentos árboles que rodeaban un vasto estanque.

Hormiguita se detuvo. Había reconocido los ladridos de los pointers. No dudó que Birk fuese ojeado en aquel momento. Bien pronto oyó claramente estas palabras.

—Atención, señor Conde. Ya le tenemos.

—Sí, Bill. ¡Por aquí, por aquí!

—¡Ala, perros, ala!—gritaba Bill.

Hormiguita se precipitó hacia el macizo, cerca del que se producía este tumulto. Apenas había dado veinte pasos, oyóse una detonación.

—¡Erré, erré!—gritó el Conde.—A tí, Bill, á tí; no le dejes.

Una segunda detonación estalló bastante cerca para que *Hormiguita* pudiese ver el resplandor á través del ramaje.

—¡Ya está!—gritó Bill,—mientras los pointers ladraban furiosamente.

Como si la bala del picador le hubiese herido, *oHrmiguita* sintió que le desmayaban las piernas, y tal vez iba á caer, cuando á seis pasos de él oyó el ruido de ramas tronchadas, y por entre la maleza apareció un perro, con la piel mojada y la boca espumante.

Era Birk, con una herida en el costado, que se había arrojado al estanque después del tiro del picador.

Birk reconoció á su amo, que le oprimió el hocico, á fin de ahogar sus quejas, y le arrastró á lo más espeso del bosque. ¿Pero los pointers no seguirían la pista de los dos?

¡No! Fatigados por la carrera, debilitados por los mordiscos dados por Birk, los pointers siguieron á Bill. Las huellas del groom y Birk se les perdieron, á pesar de que aquellos pasaron tan cerca de su escondite, que *Hormiguita* pudo oir que el conde Asthon decía al picador.

—¿Estás seguro de haberle matado, Bill?

—Sí, señor Conde; de un balazo en la cabeza, en el momento en que se arrojaba al estanque. El agua se ha puesto roja y él está en el fondo.

—Hubiera querido cogerle vivo,—exclamó el joven Piborne.

Y en efecto; qué espectáculo más digno de divertir al heredero del dominio de Trelingar-Castle, y qué completa hubiera sido su venganza si hubiese podido dársele de comida á sus perros, tan crueles como su amo.

IX

Diez y ocho años entre dos.

Cuando el conde Asthon, el picador y sus perros desaparecieron, respiró *Hormiguita* con la satisfacción que quizá no había sentido en toda su vida. Y se puede afirmar que Birk hizo otro tanto, cuando *Hormiguita* aflojó las manos con que le oprimía el hocico, diciéndole:

—¡No ladres, no ladres, Birk!

Y Birk no ladró.

Era una fortuna que aquella mañana *Hormiguita*, decidido á partir, hubiérase puesto su antiguo traje, hecho su ligero equipaje y llevado la bolsa de sus ahorros. Esto le evitaba el disgusto de volver al castillo, donde el conde Ashton no tardaría en saber á quién pertenecía el matador del pointer. Como hubiera sido recibido el groom, se supone. Verdad es que el no volver le costaba sacrificar el sueldo de quince días que contaba reclamar. Pero prefería resignarse á este abandono. Estaba fuera de Trelingar-Castle, lejos del joven Piborne y del intendente Scarlett. Su perro con él, y no pedía más; sólo pensaba en alejarse lo más pronto posible.

¿A cuánto ascendía su fortuna? Exactamente á cuatro libras, diez y siete shillings y seis pence. Era la mayor suma que había poseído. No exajeraba su importancia como esos niños que se creen ricos con tanto dinero en el bolsillo. No. El sabía que vería pronto el fin de su fortuna, si no se sujetaba á la más estricta economía, aguardando la ocasión de colocarse en alguna parte, con Birk, por supuesto.

Felizmente, la herida del animal no era grave. Una sencilla desgarradura de la piel, y la curación no sería larga. El tiro del picador no había sido más derecho que el del conde Asthon.

Los dos amigos partieron á buen paso desde que llegaron al camino. Birk, saltando de alegría. *Hormiguita* un poco cuidadoso por el porvenir.

Sin embargo, no iban al azar. Pensó en volver á Kantuk, ó á Newmarket. Conocía los dos pueblos; el uno por haberle habitado; el otro por haber ido á él acompañando varias veces al joven Piborne. Pero esto hubiera sido exponerse á encuentros que le convenía evitar. Así pues, sabía lo que se hacía bajando hacia el S. Primero se alejaba de Trelingar-Castle en una dirección en la que no se pensaría en perseguirle; y después, se aproximaba á la capital del condado de Cork, en la bahía de este nombre, una de las más frecuentadas de la costa meridional. De ella salen navíos... navíos de comercio... grandes, de verdad, para todas las partes del mundo y no barcos de pesca como en Westport ó Galway. Esto atraía siempre á nuestro heroe; el irresistible instinto del comercio.

En fin, lo esencial era llegar á Cork, lo que exigía algún tiempo.

Hormiguita tenía que emplear su dinero en cosas más necesarias que en carruaje ó ferrocarril—é iría á pié—con lo que quizás encontrase ocasión de ganar algunos shillings en los pueblos como Limerick y Newmarket. Sin duda que treinta millas para las piernas de un niño de once años era un buen viaje, y emplería ocho días por poco que se detuviera en las granjas.

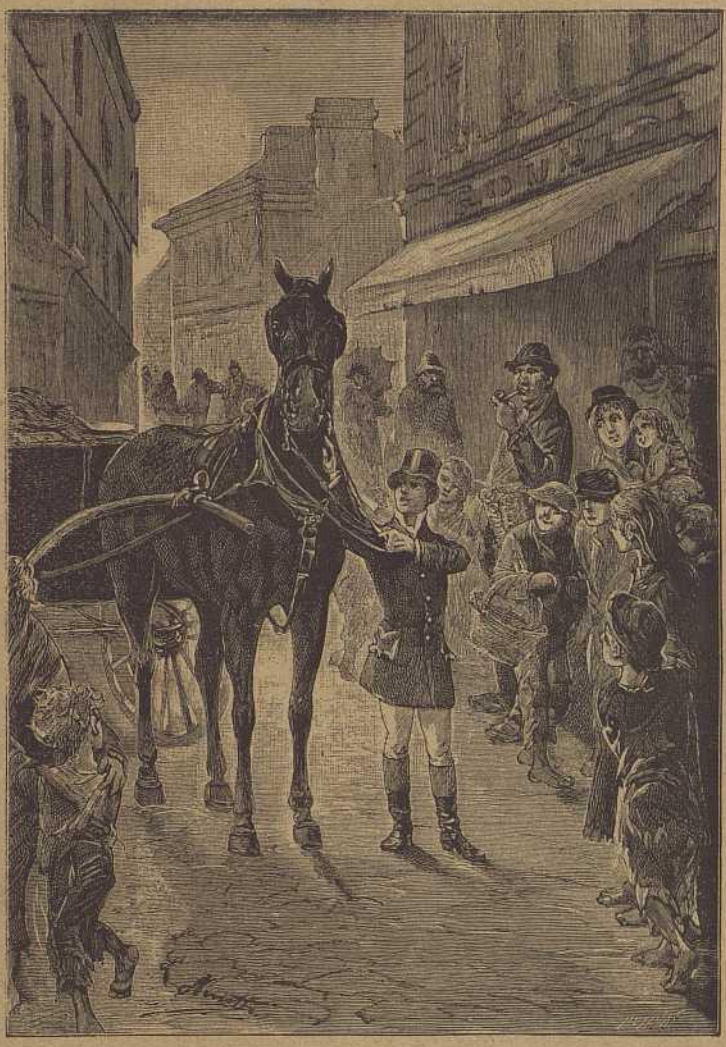
El tiempo era bueno, ya fresco en esta época; el camino sin barro ni polvo, excelentes condiciones cuando se trata de un viaje á pie. El sombrero de fieltro en la cabeza, chaleco y pantalón de abrigo, buenos zapatos, su equipaje al brazo, el cuchillo—regalo de la abuela—en el bolsillo, un bastón que hizo de una rama de haya. *Hormiguita* no tenía el aire de un pobre. Debía pues guardarse de los malos encuentros.

Por otra parte, solo mostrando sus dientes Birk, alejaría á las gentes sospechosas.

La primera jornada, con un descanso de dos horas, fue un trayecto de cinco millas y un gasto de medio shilling. Para dos, un niño y un perro esto no es mucho, y por este precio la comida de manteca y patatas es poca. *Hormiguita* no pensó sin embargo en la comida de Trelingar-Castle. Llegada la noche se acostó un poco más allá del pueblo de Baunteer, en una granja, con permiso del labrador, y al siguiente día, después de un almuerzo que le costó algunos pence volvió á ponerse en camino.

Este empezó á hacerse penoso, pues la cuesta comenzaba. Esta porción del condado de Cork presenta un relieve orográfico de cierta importancia. El camino que vá de Kanturk á la capital, atraviesa el sistema complicado de los montes Boggerraghs.

De aquí cuestas empinadas. *Hormiguita*



De pie á la cabeza del animal.

no tenía más que marchar en línea recta y no corría el riesgo de perderse... Además, él sabía orientarse por instinto como un chino ó un zorro. Lo que debía tranquilizarle es que el camino no estaba desierto. Algunos labradores abandonaban los campos y volvían. Las carretas iban de un pueblo á otro. En rigor siempre era posible informarse de la dirección; más *Hormiguita* prefería no llamar la atención, y pasar sin preguntar á nadie.

Al cabo de unas seis millas andadas rápidamente, llegó á Derry-Gounva, pequeña localidad situada en la parte donde el camino corta el macizo de los Boggerraghs. Allí, en una posada, un viajero que se disponía á comer, le dirigió dos ó tres preguntas: de donde venía, donde iba, cuando pensaba partir, y muy satisfecho de sus respuestas le invitó á comer, cosa que *Hormiguita* aceptó. Comió bastante y Birk no fue olvidado por el generoso anfitrión. Era una lástima que aquel digno irlandés no fuese á Cork, pues le hubiera ofrecido un sitio en su carruaje; pero iba hacia el Norte del condado.

Después de una noche tranquila en la posada, *Hormiguita* abandonó Derry Gounva, al alba, y se internó por el desfiladero de los Boggerraghs.

La jornada fue fatigosa. El viento soplaba con fuerza, pareciendo que venía del SO., bien que seguía las vueltas del desfiladero, cualquiera que fue su orientación. *Hormiguita* le encontraba siempre de frente, sin tener, como un barco, el recurso de

correr las bordas. Era necesario caminar contra el huracán, perder cinco ó seis pasos de doce, ayudarse de la maleza pegada á las rocas, arrastrarse á la vuelta de ciertos ángulos; en suma, cansarse mucho para andar poco. En verdad que una carreta, un jaunting-car le hubiesen prestado un gran servicio. Esta porción de los Broggerraghs es poco frecuentada. Se puede llegar á los pueblos de la región evitando aquel dédalo. *Hormiguita* no vió á nadie por allí.

Nuestro mozo y su perro, después de muchas vueltas, descansaron al pie de los árboles. Durante la tarde, marchando con más rapidez, consiguieron flanquear el punto máximo de altura de la región. A seguir el recorrido en un mapa, el compás no hubiera indicado más que cuatro ó cinco millas. Penosa jornada. Pero lo más rudo estaba hecho, y en dos horas llegarían á la extremidad oriental del desfiladero.

Hubiera sido imprudente arriesgarse después de la caída del sol. Entre aquellos altos taludes, la noche cae rápidamente. Desde las seis de la tarde la obscuridad era profunda. Valía más detenerse en aquel sitio, aunque allí no había ni posada ni granja. Era un lugar muy solitario, y *Hormiguita* no se sentía tranquilo. Por fortuna, Birk era un guardia vigilante y fiel, en el que se podía confiar.

Aquella noche tuvo por único abrigo una estrecha sinuosidad de las rocas, sobre la que caía una cortina de parietarias. Se echó sobre la tierra suave y seca. Birk se acostó á sus pies, y ambos se durmieron á la gracia de Dios.

Al día siguiente, al amanecer, se pusieron en camino. Tiempo incierto, húmedo y frío. Todavía una jornada de quince millas, y Cork aparecería en el horizonte. A las nueve, los desfiladeros de los montes Boggerraghs fueron franqueados.

Caminaban de prisa, pero con hambre. El zurrón estaba vacío; Birk iba de derecha á izquierda, con el hocico en tierra, buscando que comer; después volvía, y dirigiéndose á su amo, parecía decirle:

—¿Es que no se almuerza esta mañana?

—Pronto—le respondía *Hormiguita*.

En efecto; hacia las diez ambos hacían alto en el lugarejo de Dix-Miles-House.

Es este un sitio donde la bolsa del joven viajero se aligeró de un shilling en una modesta posada, que le ofreció la comida ordinaria de los irlandeses: patatas, manteca y un grueso pedazo de ese queso rojo llamado "Cheddar„. Birk tuvo desperdicios de la comida. Después de esto, y después del descanso, continuaron el viaje. Territorio siempre accidentado, cultivado de una y otra parte. Aquí y allá campos donde el labrador terminaba la recolección de la cebada y centeno, tardía en este clima.

Hormiguita no estaba solo en el camino. Se cruzaba con las gentes del campo, á las que daba los buenos días, que ellos le devolvían.

Pocos ó ningún niño, de esos que tienen por única ocupación correr tras los carruajes mendigando. Esto consistía en que los turistas se aventuraban raramente por aquella parte del condado. Si algún chicuelo hubiese venido á pedir limosna á *Hormiguita*, hubiera obtenido uno ó dos coopers.

El caso no se presentó.

A eso de las tres de la tarde, se llegó á un sitio donde el camino comienza á costear un río en una extensión de siete á ocho millas.

Era el Dripsey, un afluente del Lee, el que se va á perder en una de las extremas bahías del SO.

Si no quería dormir al raso la cercana noche, necesario era que *Hormiguita* siguiese hacia el pueblo de Woodside, á tres ó cuatro millas de Cork. ¡Un buen pedazo de camino que recorrer antes de la noche! Pero no le parecía imposible, ni á Birk tampoco.

—Vamos—se dijo—un último esfuerzo. Tendré tiempo de descansar allá abajo.

¡El tiempo! Sí. No es el tiempo lo que jamás le faltaría; sería el dinero. Bah, ¿de qué se inquietaba? Poseía cuatro libras en buen oro, sin contar lo que le quedaba de pence. Con estos fondos se camina semanas y semanas...

¡En camino, pues, y alarga las piernas, mozo! El cielo está cubierto, el viento ha calmado. Si aquello acaba en lluvia no habrá más abrigo que agazaparse bajo alguna piedra, y esto no es para regocijar, cuando había buenos rincones que coger en una de las posadas de Woodside.

Hormiguita y Birk caminaban rápidamente, y un poco antes de las seis de la tarde no distaban más que tres millas del pueblo, cuando Birk se detuvo y dejó oir un singular gruñido.

Hormiguita se detuvo también y miró á lo largo del camino...

No vió nada.

—¿Qué tienes, Birk?

Birk gruñó de nuevo. Después, lanzándose á la derecha corrió por el lado del río, cuya orilla no estaba más que á unos veinte pasos de distancia.

—Tiene sed, sin duda—pensó *Hormiguita*—y á fe mía que me da deseos de beber.

Y se dirigía hacia el Dripsey, cuando el perro, lanzando un ladrido más agudo, se precipitó en la corriente.

Hormiguita, muy sorprendido, llegó en algunos pasos á la orilla, é iba á llamar á su perro.

Allí había un cuerpo arrastrado por la rápida corriente; el cuerpo de un niño. El perro acababa de cogerle por sus vestidos, ó harapos, por decir mejor. Pero el Dripsey está lleno de remolinos que hacen muy peligroso su curso. Birk trataba de volver á la orilla, no sin trabajo, mientras el niño se agarraba convulsivamente á su piel.

Hormiguita sabía nadar; se recordará que Grip le había enseñado. No dudó, y comenzaba á desnudarse cuando haciendo un último esfuerzo, Birk consiguió poner el pie en la orilla.

Hormiguita no tuvo más que inclinarse y agarrar al niño por sus vestidos, depositándole en lugar seguro, mientras el perro se sacudía ladrando.

El niño tendría de seis á siete años lo más. Los ojos cerrados. Su cabeza se agitaba. Había perdido el conocimiento...

¡Cuál fue la sorpresa de *Hormiguita* cuando hubo apartado de su cara su cabellera mojada completamente! Era el chicuelo que el conde Ashton, dos semanas antes, había golpeado con su látigo en el camino de Trelingar-Castle, lo que había valido al joven groom un regaño por su intervención caritativa.

Desde hacía quince días, aquel pobre pequeño, vagaba por los caminos. Por la tarde había llegado al borde del Dripsey. Había querido apagar su sed, sin duda, le había faltado el pie, y caería en la corriente, y á no ser por Birk, arrastrado por su salvador instinto, no hubiera tardado en desaparecer entre los torbellinos.

Se trataba de volverle á la vida, y á esto se dedicó *Hormiguita*.

¡Desgraciado! Su cara larga, su cuerpo delgado y descarnado, decían todo lo que había sufrido; la fatiga, el frío, el hambre. Tocándole con la mano se sentía que su estómago estaba como un saco vacío. ¿Qué medio emplear para devolverle el conocimiento? ¡Ah! Haciéndole arrojar el agua que había tragado, oprimiéndole en el estómago, echándole aire por la boca. Sí... *Hormiguita* tuvo esta idea. Algunos instantes después el niño respiraba, abría los ojos, y sus labios dejaban escapar estas palabras:

—Tengo hambre... Tengo hambre.

¡I am hungry! este es el grito del irlandés, el grito de toda su vida, el último que arroja antes de morir.

Hormiguita poseía aún algunas provisiones. De un poco de pan y manteca hizo dos ó tres bocados, y los introdujo entre los labios del niño, que los devoró glotonamente.

Fue preciso moderarle. Las cosas entraban en él como el aire en una botella donde se hubiera hecho el vacío.

Entonces, enderezándose, sintió que le volvían las fuerzas. Sus ojos se fijaron en *Hormiguita*. Dudó, y después, reconociéndole:

—¿Tú? ¿Tú?—murmuró.

—Sí. ¿Te acuerdas?

—En el camino... No sé cuándo...

—Yo lo sé... niño...

—¡Oh, no me abandones!

—No... no... Yo te llevaré... ¿dónde ibas?

—Adelante... adelante.

—¿Dónde vives?

—No lo sé... En ninguna parte.

—¿Cómo has caído en el río? ¿Queriendo beber, sin duda?

—No...

—¿Te has resbalado?

—No... He caído á propósito.

—A propósito.

—Sí, sí, Ahora no quiero... si tú estás conmigo...

—¡Estaré, estaré!

Y á *Hormiguita* se le llenaron los ojos de lágrimas. ¡A los siete años esta horrible idea de morir! ¡La desesperación llevando á aquel niño á la muerte, la desesperación que viene de la desnudez, del abandono, del hambre!...

El niño había vuelto á cerrar sus párpados *Hormiguita* se dijo que no debía hacerle más preguntas. Esto quedaría para más tarde. Además, conocía su historia.

Era la de todos esos pobres seres... era la suya propia... Pero por lo menos, á él, dotado de una energía poco común, no le había jamás venido la idea de acabar con sus miserias. Convenía avisar. El niño no se encontraba en estado de poder andar algunas millas para llegar á Woodside. *Hormiguita* no hubiera podido llevarle hasta allí. Por otra parte, la noche se aproximaba, y lo esencial era encontrar un abrigo. En los alrededores no se veía ni una posada, ni una granja. A un lado del camino, el Drinsey, extenso, sin una barca. Al otro, bosques que se extendían por la izquierda hasta perderse de vista. Era, pues, preciso pasar lo noche en aquel sitio, al pie de un arbol, sobre un lecho de hierbas, cerca del fuego de un leño, si esto era necesario.

Al despuntar el día, cuando el niño tuviera ya fuerzas, ganarían á Woodside, y tal vez á Cork. Quedaba algo que comer aquella noche y guardar algunos pedazos para desayunarse al siguiente día.

Hormiguita tomó en sus brazos al niño, adormecido de fatiga. Seguido de Birk atravesó el camino, y entró unos veinte pasos en el bosque, ya bastante obscuro, entre esas robustas hayas seculares, que se cuentan por miles en aquella parte de Irlanda.

¡Qué satisfacción sintió al encontrar uno de esos largos troncos medio caído, horadado por los años! Era una especie de cuna, de nido si se quiere, donde podría poner á su pajarillo. El agujero está lleno de menuda tierra, y añadiendo una brazada de hierba se haría un cómodo lecho. Y hasta podría guardar á dos y dormir más calientes. Mientras dormía sentiría el niño que no estaba solo.

Un instante después estaba instalado en su lecho. Sus ojos no se cerraron, pero respiraba dulcemente, y no tardó en caer en un profundo sueño.

Hormiguita se ocupó entonces en secar los vestidos que su protegido—¡el protegido de *Hormiguita!*—debía volver á ponerse al siguiente día. Encendió un poco de leña seca, retorció los harapos y los puso á la llama, tendiéndolos después en una baja rama del haya.

Había llegado el momento de comer el pan, las patatas y el cheddar. El perro no fue olvidado, y aunque su parte no fue grande, no se quejaba. Su amo fue á tenderse en el agujero del haya, rodeando al niño con sus brazos, y acabó por sucumbir al sueño, mientras Birk vigilaba sobre el grupo dormido.

Al día siguiente, 18 de Septiembre, el niño se despertó el primero, asombrado de verse acostado en tan buena cama. Birk le dirigió un ladrido protector. ¿Acaso no había tomado parte en su salvación?

Hormiguita abrió los ojos casi en seguida, y el niño se arrojó á su cuello abrazándole.

—¿Cómo te llamas?—le preguntó.

—*Hormiguita*... ¿y tú?

—Bob...

—Pues bien Bob, vete á vestir.

Bob no se lo hizo repetir. Apenas recordaba que la víspera se había arrojado al río. ¿Acaso no tenía ahora una familia, un padre que no le abandonaría, ó por lo menos, un hermano mayor que ya le había remediado dándole un puñado de coopers en el camino de Trelingar-Castle? Se dejaba llevar por la confianza de sus pocos años, llena de esa familiaridad natural que distingue á los niños irlandeses. Por otra parte; á *Hormiguita* le parecía que el encuentro con Bob, le había creado nuevos deberes, los de la paternidad.

¡Qué contento se puso Bob, cuando tuvo una camisa blanca bajo sus vestidos tan sucios! ¡Y qué ojos abrió ante un trozo de pan, un pedazo de queso y una gruesa patata, asada en el rescoldo! Este desayuno fue tal vez la mejor comida que había hecho desde su nacimiento.

¿Su nacimiento? No había conocido á su padre; pero más favorecido por la suerte que *Hormiguita*, había conocido á su madre, —muerta de miseria cuando él tenía dos años—tres años—Bob no podía precisarlo. Despues había sido recogido en el asilo de una ciudad no demasiado grande, cuyo nombre ignoraba. Más tarde, por falta de fondos, el asilo se había cerrado, y Bob se encontró en la calle, sin saber por qué... ¡Bob no sabía nada! con los otros niños, la mayor parte sin familia. Había vivido en los caminos, acostándose en cualquier parte, comiendo cuando podía, hasta el día en que después de un ayuno de cuarenta y ocho horas, le vino el pensamiento de morir.

Tal era su historia, que él contó mientras mordía la patata, historia que no era una novedad para un antiguo pensionista de la

Hard, reducido al estado de máquina con Thornpipe y un *educado* de la *Raggel-School*.

En medio de su conversación, la cara inteligente de Bob, cambió repentinamente, sus ojos tan vivos se nublaron, y quedó pálido.

—¿Qué tienes? le preguntó *Hormiguita*.

—¿Tú no me dejarás solo? murmuró.

Era su gran temor.

—No, Bob.

—Entónces ¿me llevas?

—Sí, te llevo.

¿Dónde? A Bob le importaba poco con tal que *Hormiguita* le llevase con él.

—Pero tu mamá, ¿tu papá?

—No les tengo.

—¡Ah! dijo Bob; yo te querré mucho.

—También yo, y procuraremos arreglárnoslas.

—¡Oh! verás cómo yo corro trás los carruajes,—exclamó Bob. Te daré los coopers que me arrojen.

El pequeño no había nunca hecho otro oficio.

—No, Bob. No será preciso correr más trás los coches.

—¿Por qué?

—Porque el mendigar no está bien.

—¡Ah! dijo Bob quedando pensativo.

—Dime; ¿tienes buenas piernas?

—Sí, pero pequeñas aún.

—Pues bien; vamos á hacer una larga jornada hoy, para llegar esta noche á Cork.

—¿A Cork?

—Sí... Una hermosa ciudad, allá abajo, con barcos.

—Barcos... Ya sé...

—Y el mar—¿has visto el mar?

—No.

—Le verás... Se extiende lejos... lejos. Andando.

Y hélos ahí en camino, precedidos de Birk, que brincaba moviendo su cola.

Dos millas más lejos, el camino deja las orillas del Dripsey y se extiende por las del Lee que va á arrojarse en el fondo de la bahía de Cork. Se encontraron varios carruajes de turistas que se dirigían hacia la parte montañosa del condado.

Y entonces Bob gritó, llevado por su costumbre: ¡Cooper! ¡Cooper!

Hormiguita le detuvo.

—Te he dicho que no hagas más eso—repitió.

—¿Por qué?

—Porque está mal pedir limosna.

—¿Hasta cuando es para comer?

Hormiguita no respondió, y Bob quedó muy inquieto por su almuerzo hasta que se vió á la mesa en una posada del camino. Y á fe mía que por seis pence los tres se regalaron: el hermano mayor, el pequeño y el perro.

Bob no podía creer á sus ojos. *Hormiguita* tenía una bolsa que contenía shillings y aún quedaban en ella después de pagar al posadero.

—¿Cómo tienes ese dinero?

—Le he ganado trabajando.

—¿Trabajando? También yo querría trabajar... pero no sé,

—Yo te enseñaré, Bob.

—En seguida.

—No; cuando estemos allá abajo.

Si se quería llegar la misma noche, preciso era no perder un instante. *Hormiguita* y Bob se pusieron de nuevo en marcha con tal diligencia, que entre cuatro y cinco de la tarde llegaron á Woodside. En vez de dormir en una posada de este pueblo, valía más llegar hasta Cork, puesto que sólo restaban tres millas.

—¿No estás fatigado?—preguntó *Hormiguita*.

—No...vamos...vamos—respondió el niño.

Y después de una nueva comida que les dió fuerzas, ambos continuaron su jornada.

A las seis se detuvieron á la entrada de uno de los arrabales de la ciudad. Un posadero les ofreció una cama y se durmieron uno en brazos del otro.

FIN DEL CUADERNO SEGUNDO